CLAUDIA REYES

LA DOCTORA

SU TERAPIA ES UNA SENTENCIA.



LA DOCTORA

Claudia Reyes

El control es solo otra forma de miedo.

CONTENTS

Title Page
Epigraph
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19

Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Epílogo

CAPÍTULO 1

La báscula marcaba 54,0 kilos.

Alba se quedó mirando los números digitales hasta que parpadearon y se apagaron. Exactamente lo mismo que ayer. Y que anteayer. Y que todos los días de los últimos tres meses. Pisó de nuevo la superficie de cristal para asegurarse. 54,0. Perfecto.

Se envolvió en la toalla blanca —una de seis idénticas que compraba cada año en El Corte Inglés, siempre el mismo modelo— y salió del baño hacia la cocina. Su piso en el Eixample tenía esa luz de media mañana que le gustaba, la que entraba sesgada por los balcones modernistas y hacía que todo pareciera una fotografía de revista de decoración. Lo había elegido por eso. Y porque estaba lo suficientemente lejos de su antigua vida como para que nadie la reconociera, pero lo bastante cerca del centro como para que su consulta resultara accesible a cierto tipo de pacientes.

El tipo de paciente que podía permitirse doscientos euros por sesión.

El desayuno estaba ya preparado desde la noche anterior: yogur griego sin azúcar, treinta gramos de granola —pesados en su báscula de cocina digital—, diez arándanos. Café solo, sin leche. Siempre lo mismo. La repetición era un consuelo. La previsibilidad, un escudo.

Se sentó frente a la ventana y comió despacio, contando cada cucharada. Ocho cucharadas exactas. Ni una más. Afuera, Barcelona empezaba a desperezarse: algún turista madrugador con su mochila enorme, un repartidor de Glovo esquivando taxis, una mujer mayor paseando a un perro diminuto que temblaba de frío aunque era abril y hacía buena temperatura. Alba observaba sin ver realmente, con esa mirada que había perfeccionado durante años de terapia —tanto

como paciente primero, luego como profesional— que te permitía estar presente sin estar del todo allí.

Terminó el café y lavó el cuenco, la cuchara y la taza. Los dejó secando en el escurridor con la precisión de quien ha realizado ese gesto mil veces exactamente de la misma manera. Luego se permitió mirar el reloj: 8:47. Perfecto. Todo iba según lo previsto.

En el dormitorio, frente al armario abierto, eligió la ropa del día. Pantalón de vestir negro, camisa blanca de seda —discreta pero cara, el tipo de prenda que comunica profesionalidad sin llamar la atención—, blazer gris oscuro. Zapatos de tacón medio, también negros. Se vistió con movimientos automáticos, abrochando cada botón con cuidado.

El espejo del baño le devolvió la imagen que esperaba: una mujer de treinta y cuatro años, delgada, rubia, con un corte de pelo pulcro a la altura de los hombros. Maquillaje natural pero estudiado. Pendientes pequeños de plata. Sin anillos. Nunca anillos.

Alba Montes, psiquiatra.

Doctora Alba Montes, si querías ser preciso.

Se aplicó una última capa de pintalabios nude y se permitió sostener su propia mirada durante tres segundos. A veces —no siempre, pero a veces— había un destello de algo más en esos ojos verdes. Algo que no era profesionalidad ni control. Algo parecido al vacío.

Apartó la vista.

Eran las 9:15 cuando salió del edificio. El trayecto hasta la consulta duraba exactamente dieciocho minutos a pie, veinte si había mucho tráfico en los semáforos. Le gustaba caminar. El metro le producía claustrofobia desde hacía años —desde que, bueno, desde que muchas cosas le producían claustrofobia— y los taxis siempre olían a ambientador barato y a conversaciones forzadas.

Caminó por Paseo de Gracia con la cabeza alta, esquivando grupos de turistas que se detenían cada tres metros para hacerse fotos frente a edificios de Gaudí. Barcelona era así: una ciudad partida entre los que vivían en ella y los que la visitaban, y ambos

grupos fingían que el otro no existía. A Alba le parecía una metáfora apropiada para casi todo en la vida. Todos fingiendo que los demás no existen hasta que resulta imposible seguir haciéndolo.

Su consulta estaba en un primer piso de la calle Balmes, en un edificio señorial con portero y ascensor de época. Había elegido el espacio con el mismo cuidado con el que elegía todo: paredes color crema, sofá de cuero marrón claro, butaca ergonómica para ella, estanterías con libros estratégicamente colocados. Títulos serios: manuales de psiquiatría, ensayos sobre trauma, alguna biografía de Freud o Jung para dar el toque clásico. Nada demasiado personal. Nunca nada demasiado personal.

La luz natural entraba generosa por el balcón. Había una mesita auxiliar con una lámpara de diseño minimalista, una caja de pañuelos —siempre llena, siempre en el mismo sitio— y un pequeño reloj analógico que hacía tic-tac con discreción. Ese sonido constante ayudaba a algunos pacientes. A otros los ponía nerviosos. Alba lo sabía. Por eso estaba ahí.

Se quitó el abrigo y lo colgó en el perchero tras la puerta. Encendió el ordenador y revisó la agenda del día mientras se preparaba un té verde. Tres pacientes. Martes tranquilo.

10:00 - M.G.: Trastorno de estrés postraumático tras accidente de tráfico. 14:00 - L.R.: Depresión postparto, cuarta sesión. 17:00 - R.S.: Trastorno de ansiedad generalizada, disfunción sexual, amnesia disociativa.

Sus ojos se detuvieron en las últimas siglas. R.S.

Ricardo Solís.

Algo se removió en su estómago. No era nerviosismo. No exactamente. Era otra cosa. Algo más parecido a la anticipación. Como cuando sabes que vas a comerte un plato que has estado cocinando durante horas y por fin llega el momento de probarlo.

Alba abrió el cajón superior de su escritorio y sacó una carpeta de cartón manila. No era el expediente oficial de Ricardo —ese estaba archivado digitalmente, como mandaba la ley de protección de datos, con su contraseña y su encriptación—. Esta era

la carpeta que nadie más vería jamás. La que guardaba bajo llave en el cajón que solo ella abría.

Dentro había notas escritas a mano. Fechas. Gráficos. Fotografías impresas que había tomado con su móvil durante las sesiones. Ricardo inconsciente en el diván, la cabeza ligeramente ladeada, la boca entreabierta. Sus manos relajadas sobre el regazo. El cuello expuesto.

En la primera página del cuaderno había anotado, con su letra pequeña y precisa:

SESIÓN 72. FECHA: 23 DE ABRIL DE 2024.

DOSIFICACIÓN: 15 mg diluidos en té de hierbas. Efectivo en 12-15 minutos. Duración: 45-50 minutos de inconsciencia funcional.

SÍNTOMAS REPORTADOS POR PACIENTE:

- Lagunas de memoria (frecuencia aumentada: 4-5 episodios/día).
- Disfunción eréctil (total desde hace 3 semanas).
- Ansiedad generalizada.
- Ideación paranoide leve.
- Sueños recurrentes (mujer llorando, escenario no identificado).

PROGRESO GENERAL: Excelente.

Alba pasó las páginas despacio, leyendo anotaciones de sesiones anteriores. Había un placer casi táctil en ello. En ver cómo, semana tras semana, mes tras mes, Ricardo Solís se deshacía. Como una fotografía al sol. Como un edificio que se derrumba piso a piso desde dentro.

Cerró la carpeta y la devolvió al cajón. Giró la llave. Miró el reloj: 9:52.

Ocho minutos.

Se levantó y fue hasta el pequeño baño anexo a la consulta. Se lavó las manos con agua fría, despacio, frotando cada dedo. Se miró al espejo de nuevo. Esta vez no apartó la vista.

—Hoy es martes —se dijo en voz baja—. Sesión setenta y dos. Todo va según lo previsto.

Entonces, sin previo aviso, algo la golpeó.

Un olor.

Colonia cara mezclada con sudor. Vino tinto barato derramado sobre madera. El cuero de un sofá que no era suyo. Una mano en su nuca.

Alba cerró los ojos con fuerza y esperó a que pasara. Eran solo tres segundos. Nunca más de tres segundos. Había aprendido a controlarlos. Inspiró hondo por la nariz —uno, dos, tres— y soltó el aire despacio por la boca. Cuando abrió los ojos de nuevo, el recuerdo se había replegado. Como siempre. Como tenía que ser.

No había tiempo para eso. No hoy. No cuando faltaban seis minutos para que Ricardo Solís atravesara esa puerta con su mirada de hombre perdido y su voz de hombre roto y se sentara en el diván para contarle, una vez más, que no sabía qué le estaba pasando.

Alba volvió a su silla. Cruzó las piernas. Colocó su cuaderno de notas oficiales sobre el regazo —el que sí podía enseñar, el que estaba lleno de frases profesionales y neutrales—. Miró el reloj.

9:58.

Dos minutos.

Sonrió. Fue una sonrisa pequeña, apenas una curva en la comisura de los labios. El tipo de sonrisa que no llegaba a los ojos. El tipo de sonrisa que, si alguien la hubiera visto, le habría provocado un escalofrío.

Porque no había nada cálido en ella.

Nada humano.

Solo anticipación.

El timbre de la puerta sonó exactamente a las diez en punto.

Alba se levantó, alisó su falda con un gesto mecánico y fue a abrir.

—Buenos días, Ricardo —dijo con voz suave, profesional, amable—. Adelante. Siéntate donde quieras.

CAPÍTULO 2

Ricardo Solís no recordaba haber conducido hasta allí.

Estaba sentado en su coche, un Audi gris aparcado frente al número 47 de la calle Balmes, con las manos todavía aferradas al volante, y no tenía ni idea de cómo había llegado. Lo último que recordaba con claridad era estar en su piso de Sarrià, buscando las llaves. Luego... nada. Un agujero negro de veinte minutos. Y ahora estaba aquí.

No era la primera vez que le pasaba.

Tampoco sería la última.

Respiró hondo y soltó el volante. Sus manos temblaban ligeramente. Miró el reloj del salpicadero: 9:59. Bien. Al menos había llegado a tiempo. Eso era algo. Últimamente no estaba seguro de nada, pero podía llegar a tiempo a sus citas con la doctora Montes. Eso todavía funcionaba.

Salió del coche con cuidado, como si sus propias piernas pudieran traicionarlo en cualquier momento. Cerró con el mando a distancia y escuchó el pitido de confirmación. Bien. Pasos pequeños. Uno detrás de otro. Eso era todo lo que tenía que hacer.

El portal del edificio estaba abierto. Subió en el ascensor hasta el primer piso, viendo su reflejo distorsionado en los espejos emplomados. Un hombre de cuarenta y cinco años que aparentaba cincuenta y cinco. Ojeras marcadas. Barba de dos días aunque se había afeitado esa misma mañana. ¿O había sido ayer? Ya no estaba seguro. El traje —Armani, comprado cuando todavía le importaban esas cosas— le colgaba demasiado holgado. Había perdido peso. No sabía cuánto exactamente porque había dejado de pesarse, pero Carmen se lo recordaba cada dos días.

"Estás desapareciendo, Ricardo. Literalmente desapareciendo."

Tenía razón. La sentía.

La puerta de la consulta se abrió antes de que llamara. La doctora Montes estaba ahí, con su sonrisa amable y profesional, vestida como siempre: impecable, discreta, con ese aire de serenidad que a Ricardo le resultaba casi hipnótico.

—Buenos días, Ricardo —dijo ella—. Adelante. Siéntate donde quieras.

—Buenos días, doctora.

Entró y se dirigió automáticamente al sofá de cuero marrón. Nunca se sentaba en el diván. El diván le parecía demasiado... no sabía. ¿Freudiano? ¿Vulnerable? Era más fácil sentarse en el sofá, con los pies en el suelo, manteniendo cierta apariencia de control.

Aunque control era precisamente lo que ya no tenía.

La doctora Montes cerró la puerta con suavidad y se dirigió a su butaca frente a él. Se movía con una elegancia natural, sin prisa. Cruzó las piernas y apoyó un cuaderno sobre su regazo. Siempre el mismo cuaderno de tapa negra, siempre el mismo bolígrafo plateado.

—¿Cómo ha ido la semana? —preguntó ella, mirándolo directamente a los ojos.

Ricardo se pasó una mano por la cara. Por dónde empezar.

—Mal —dijo finalmente—. Peor que la anterior, si es posible.

—¿Más episodios?

—Sí. Ayer... —Hizo una pausa, intentando ordenar los fragmentos—. Ayer perdí tres horas. Tres horas enteras, doctora. Me desperté en el despacho de la galería sin recordar cómo había llegado allí. Tenía el móvil lleno de llamadas perdidas de Carmen. Al parecer había quedado con un cliente a comer y simplemente... no fui. Ni siquiera llamé para cancelar.

La doctora anotó algo en su cuaderno. Su expresión era serena, comprensiva. Sin juicio.

—¿Recuerdas qué estabas haciendo antes de ese apagón?

—Estaba en casa. Desayunando. Lucía me había preguntado algo sobre... no sé, algo del instituto. Y luego... nada. Lo siguiente que recuerdo es estar sentado frente al ordenador de la galería con las luces apagadas.

—¿Cómo te sentiste cuando te diste cuenta?

Ricardo soltó una risa amarga.

—¿Cómo cree que me sentí? Aterrorizado. Como si me estuviera volviendo loco.

—No te estás volviendo loco, Ricardo.

—¿Ah no? Porque desde aquí se ve bastante parecido.

La doctora Montes dejó el cuaderno a un lado y se inclinó ligeramente hacia delante. Tenía esa forma de mirarlo que hacía que Ricardo se sintiera visto. Realmente visto. No juzgado, no analizado, sino simplemente... visto.

—Lo que estás experimentando tiene una explicación —dijo ella con voz calmada—. Los episodios disociativos suelen ser una respuesta del cerebro a un estrés extremo o a un trauma no procesado. Tu mente está intentando protegerte de algo.

—¿De qué? No he tenido ningún trauma. Mi vida es... normal. Aburrida, incluso.

—El trauma no siempre es evidente. A veces está enterrado. Olvidado.

Ricardo se frotó las sienes. Le dolía la cabeza. Siempre le dolía la cabeza últimamente.

—¿Y lo otro? ¿Eso también es trauma no procesado?

La doctora Montes inclinó la cabeza ligeramente.

—¿A qué te refieres?

Ricardo bajó la vista. Esto era lo más difícil. Lo más humillante.

—No... no funciono. Sexualmente. Llevo tres semanas sin poder... ya sabe.

—Es un síntoma habitual en cuadros de ansiedad severa —dijo ella sin inmutarse, con la misma naturalidad con la que habría comentado el clima—. La disfunción eréctil está directamente relacionada con el estrés psicológico. No significa que haya nada físicamente mal en ti.

—Carmen piensa que tengo una aventura. O que ya no la deseo.

—¿Y es así?

—¡No! Claro que no. Pero ¿cómo se lo explico? "Lo siento, cariño, no es que no te desee, es que mi cerebro ha decidido sabotearme de todas las formas posibles." Suena genial. Muy tranquilizador.

Por primera vez en la conversación, la doctora Montes sonrió. Fue una sonrisa pequeña, casi imperceptible, pero estaba ahí.

—Las relaciones de pareja son complicadas cuando uno de los dos está atravesando un proceso terapéutico —dijo—. Carmen está asustada. Es normal. Tú también lo estás.

—Lucía también está asustada.

Al mencionar a su hija, algo cambió en la expresión de Ricardo. La tensión en sus hombros se aflojó un poco. Su voz se suavizó.

—Ayer la encontré llorando en su cuarto. Dice que tiene miedo de que me pase algo. Que me va a perder.

—¿Y qué le dijiste?

—Le mentí. Le dije que estaba bien. Que solo estaba cansado del trabajo.

—¿Por qué crees que fue una mentira?

Ricardo la miró fijamente.

—Porque no estoy bien, doctora. Y ambos lo sabemos.

Hubo un silencio. No incómodo, sino denso. Cargado.

La doctora Montes se levantó de su butaca y se dirigió a la mesita auxiliar donde había una pequeña tetera eléctrica y varias tazas de porcelana blanca.

—Voy a prepararte un té —dijo—. Te ayudará a relajarte.

—No hace falta, de verdad...

—Insisto. Me gusta cuidar a mis pacientes.

Ricardo la observó mientras preparaba el té con movimientos precisos, casi rituales. Echó agua caliente en una taza, añadió una bolsita de té de hierbas —¿manzanilla? ¿tila?— y lo dejó reposar. Luego añadió una cucharadita de miel y removió despacio.

—Aquí tienes.

Se lo entregó con una sonrisa cálida. Ricardo aceptó la taza y le dio un sorbo. Estaba caliente, dulce. Reconfortante.

—Gracias.

—De nada.

La doctora Montes volvió a su butaca y retomó su cuaderno.

—Mencionaste que has tenido sueños recurrentes. ¿Quieres hablarme de ellos?

Ricardo bebió otro sorbo. El té tenía un regusto extraño, ligeramente amargo bajo la miel, pero no desagradable.

—Son confusos. Fragmentados. Siempre hay una mujer... No le veo la cara, pero está llorando. Y yo... creo que yo hice algo. Algo malo.

—¿Qué crees que hiciste?

—No lo sé. Por eso son solo sueños, supongo. Pero se sienten... reales. Como si fueran recuerdos y no sueños.

La doctora anotó algo. Su rostro permanecía neutral, pero había algo en la forma en que sostenía el bolígrafo. Una ligera tensión en los dedos.

—¿Te has planteado que quizá tu inconsciente está intentando decirte algo?

Ricardo terminó el té y dejó la taza sobre la mesita. Se sentía raro. Más ligero. Como si el peso de su cabeza aumentara y disminuyera al mismo tiempo.

—¿Como qué?

—Como que hay algo en tu pasado que necesita salir a la luz. Algo que has enterrado.

—Pero yo no he enterrado nada. Mi vida es... es aburrida. Vendo arte. Voy a cenas. Juego al pádel los domingos. No hay grandes secretos.

—El cerebro es muy hábil ocultando cosas, Ricardo. Especialmente las que más nos duelen.

La voz de la doctora le llegaba ahora desde muy lejos, como si hablara desde el otro lado de un túnel. Ricardo parpadeó. La luz de la consulta parecía más intensa. ¿O más tenue? No estaba seguro.

—Me siento... mareado.

—Es normal. El té tiene un efecto relajante. Apoya la cabeza en el respaldo del sofá. Respira hondo.

Ricardo obedeció. Cerró los ojos. La voz de la doctora seguía ahí, calmada, constante.

—Vamos a probar algo —dijo ella—. Quiero que te relajes completamente. Deja que tu mente se desconecte. No intentes controlar nada. Solo... déjate ir.

—Está bien...

—Bien. Ahora, quiero que vuelvas a ese sueño. A la mujer que llora. ¿Puedes verla?

Ricardo asintió con los ojos cerrados. Podía verla. Estaba ahí, en algún lugar oscuro. Una habitación. No, una galería. Luz artificial. Cuadros en las paredes.

—Está... en una galería —murmuró.

—¿Qué galería?

—No lo sé. Hay... vino. Gente. Música de fondo.

—¿Y la mujer?

—Ella está... apartada. Sola. Tiene un vestido... feo. Demasiado grande. Parece incómoda.

—¿La conoces?

—No... no lo sé.

—¿Qué haces tú ahí?

—Yo... la miro. La observo. Ella no es... no es como las demás.

—¿Por qué?

Ricardo sintió una punzada de algo. ¿Culpa? ¿Vergüenza? No podía identificarlo.

—Porque ella es fácil. Es... vulnerable.

Las palabras salieron de su boca antes de que pudiera detenerlas. En cuanto las dijo, sintió una náusea repentina.

—¿Qué quieres decir con "fácil"? —preguntó la doctora, con voz suave pero insistente.

Ricardo intentó abrir los ojos pero no pudo. Estaba tan cansado. Tan increíblemente cansado.

—No lo sé... no... no quiero hablar de esto...

—Está bien. Descansa. Vamos a parar aquí.

El resto de la sesión se difuminó. Ricardo tuvo la vaga sensación de que pasó tiempo —¿diez minutos? ¿media hora?—, pero no podía estar seguro. Cuando finalmente abrió los ojos, la doctora Montes estaba sentada frente a él, mirándolo con expresión preocupada.

—¿Te encuentras bien?

—Yo... sí. Creo que me quedé dormido.

—Te relajaste profundamente. Es bueno. Tu cuerpo necesitaba descanso.

Ricardo se frotó la cara. Tenía la boca seca. La cabeza le daba vueltas.

—¿Qué hora es?

—Las once menos diez. Nuestra hora ha terminado.

Se levantó del sofá con cuidado. Las piernas le respondían, pero se sentía torpe. Como si estuviera ligeramente borracho.

—Creo que... creo que debería irme.

—Tómate tu tiempo. No hay prisa.

La doctora Montes se levantó también y le acompañó hasta la puerta. Antes de abrirla, le puso una mano en el brazo. Su tacto era suave, casi maternal.

—Ricardo, quiero que sepas que estás haciendo un trabajo muy valiente. Enfrentar el pasado no es fácil. Pero es necesario.

—No sé si soy valiente —dijo él—. Solo estoy... perdido.

—Por eso estoy aquí. Para ayudarte a encontrar el camino.

Ricardo asintió. Quería creerla. Necesitaba creerla.

—Gracias, doctora.

—Nos vemos el viernes. Y Ricardo... si necesitas hablar antes, no dudes en llamarme. Para eso estoy.

Salió de la consulta y bajó las escaleras lentamente, aferrándose a la barandilla. El mareo persistía. En la calle, la luz del sol le golpeó como un puñetazo. Tuvo que apoyarse contra la pared del edificio durante unos segundos, esperando a que el mundo dejara de moverse.

Alguien pasó a su lado —una mujer joven con auriculares— y le lanzó una mirada de preocupación, pero no se detuvo. Barcelona era así. Todos muy ocupados para detenerse.

Finalmente consiguió llegar al coche. Se sentó en el asiento del conductor y apoyó la frente contra el volante.

No recordaba qué más había dicho durante la sesión. Solo fragmentos. La mujer del vestido feo. La galería. Las palabras "ella es fácil".

¿Qué significaba eso?

¿Por qué sentía que había algo terrible en esas palabras?

Su móvil vibró. Un mensaje de Carmen: *"¿Cómo ha ido? Lucía y yo te esperamos para comer. Por favor, no te retrases."*

Ricardo miró el mensaje durante un largo rato. Luego arrancó el coche.

No recordaba el camino de vuelta a casa, pero sus manos sí. El cuerpo tiene memoria aunque la mente falle. Se dejó llevar.

En su consulta, Alba Montes cerraba el cajón con llave y sonreía levemente mientras anotaba en su cuaderno secreto:

Sesión 72 completada. Respuesta al tratamiento: óptima. Primera referencia verbal espontánea al evento. Progresión según lo previsto.

Próxima sesión: viernes 26 de abril.

Aumentar dosificación a 17 mg.

CAPÍTULO 3

Alba esperó cinco minutos después de que Ricardo se fuera.

No era necesario —el siguiente paciente no llegaba hasta las dos de la tarde—, pero la rutina importaba. Todo importaba. Los detalles, el timing, la precisión. En su trabajo, la diferencia entre el éxito y el fracaso estaba en los márgenes, en esos pequeños espacios que la mayoría de la gente no notaba pero que, acumulados, lo cambiaban todo.

Se levantó de la butaca y recogió la taza de té que Ricardo había dejado sobre la mesita. La llevó al pequeño baño anexo a la consulta y la lavó con agua caliente y jabón antibacterial. Dos veces. Luego la secó con papel y la guardó en el armario donde tenía otras cinco tazas idénticas. Nunca usaba la misma dos veces seguidas. No con él.

Volvió a la consulta principal y se quedó de pie frente a la ventana, observando la calle Balmes. Desde el primer piso se veía el tráfico constante, los autobuses que subían hacia Diagonal, las terrazas de los cafés donde la gente tomaba vermut antes de comer. Una pareja joven discutía en la acera de enfrente. El hombre gesticulaba exageradamente; la mujer lo miraba con los brazos cruzados. Drama cotidiano. Alba los observó sin interés real hasta que se separaron y cada uno se fue por su lado.

Miró el reloj. 11:17.

Hora de trabajar.

Fue hasta su escritorio y sacó del bolsillo de su blazer una pequeña llave dorada. La llave del cajón inferior derecho, el único que cerraba con pestillo. Lo abrió con cuidado y extrajo la carpeta de cartón manila que guardaba allí.

Esta era la parte importante.

La parte que nadie más vería jamás.

Se sentó en su butaca, cruzó las piernas y abrió la carpeta sobre su regazo. Dentro había tres cuadernos tamaño A5 de tapa dura negra. El primero contenía notas manuscritas. El segundo, tablas y gráficos. El tercero, fotografías impresas en papel fotográfico mate.

Alba abrió el primero y pasó las páginas hasta llegar a la última entrada.

SESIÓN 71 – VIERNES 19 DE ABRIL DE 2024

Dosificación: 15 mg Rohypnol diluido en infusión de manzanilla con miel. Administración a las 10:07. Efecto observable a los 13 minutos. Período de sedación: 47 minutos.

Síntomas reportados por paciente:

- Episodios de amnesia disociativa: aumento del 12% respecto a sesión anterior.
- Disfunción eréctil: total desde hace 19 días.
- Ideación paranoide: leve pero persistente (cree que Carmen sospecha infidelidad).
- Sueños recurrentes: incremento en frecuencia e intensidad. Descripción espontánea de "mujer llorando en espacio oscuro".

Observaciones durante sedación:

- Respuestas verbales espontáneas al estímulo dirigido: positivas.
- Referencia no solicitada a "galería de arte" y "mujer apartada".
- Tono emocional: culpa, vergüenza, ansiedad.
- No hay resistencia consciente al material emergente.

Evaluación general: Degradación cognitiva procede según cronograma establecido. Memoria a corto plazo severamente comprometida. Función ejecutiva decreciente. Libido prácticamente anulada.

Próxima fase: Incrementar dosificación a 17 mg para acelerar emergencia de recuerdos reprimidos. Paciente está cerca del punto de quiebre. Estimación: 4-6 semanas hasta revelación completa.

Alba releyó las notas despacio, saboreando cada palabra como si fuera un verso de poesía. Luego tomó su bolígrafo —un Montblanc que se había regalado cuando abrió la consulta— y añadió una nueva entrada.

SESIÓN 72 – MARTES 23 DE ABRIL DE 2024

Dosificación: 15 mg Rohypnol. Administración a las 10:12. Sedación efectiva de 48 minutos.

Progreso significativo: Paciente ha verbalizado por primera vez elementos clave del evento original sin estimulación directa. Uso espontáneo del término "fácil" para describir a mujer no identificada en contexto de galería. Registro emocional: vergüenza, culpa, negación.

Interpretación: Los recuerdos están emergiendo. La barrera de represión se debilita progresivamente. Paciente oscila entre consciencia parcial y bloqueo total. No sospecha intervención externa. Atribuye deterioro a "enfermedad mental".

Nota personal: Hoy ha dicho "ella es fácil" refiriéndose a una mujer en un vestido feo. No me reconoce. Ni siquiera como concepto. Para él, soy otra persona. Siempre lo he sido.

Próxima sesión: Viernes 26 de abril. Aumentar dosificación a 17 mg según lo previsto.

Cerró el cuaderno y lo dejó a un lado. Luego abrió el tercero, el de las fotografías.

Había al menos cuarenta imágenes. Todas tomadas durante las sesiones en las que Ricardo estaba inconsciente. En la mayoría

aparecía él recostado en el sofá o en el diván, con los ojos cerrados, la boca entreabierta, completamente vulnerable.

Alba había empezado a fotografiarlo en la sesión número quince. Al principio solo eran imágenes documentales: su rostro, sus manos, la postura de su cuerpo. Pero con el tiempo había empezado a hacer primeros planos. La línea de su mandíbula. El pulso visible en su cuello. Las venas azules en el dorso de sus manos.

No era morbo. No era deseo.

Era otra cosa.

Era verlo reducido. Indefenso. A merced de alguien más fuerte.

Pasó las fotografías lentamente, observando cómo Ricardo había ido cambiando a lo largo de los meses. En las primeras imágenes todavía tenía color en el rostro. Cierta plenitud en las mejillas. Ahora estaba demacrado. Ojeras profundas. Piel grisácea. El deterioro era visible, medible.

Hermoso, a su manera.

Alba cerró la carpeta y la guardó de nuevo en el cajón. Giró la llave. Se quedó sentada unos segundos más, con las manos sobre el regazo, respirando despacio.

Entonces, sin previo aviso, llegó.

Un destello.

Una galería de arte. Paredes blancas. Cuadros abstractos que no entendía. Gente elegante con copas de vino. Ella con un vestido azul marino que le quedaba grande, comprado en rebajas, sudando porque hacía calor y porque no sabía cómo comportarse en ese tipo de eventos.

Un hombre acercándose. Traje caro. Sonrisa de anuncio de dentífrico.

"¿Estás sola?"

"Sí. Vine con compañeros pero... se han ido."

"Qué lástima. Una mujer como tú no debería estar sola en una fiesta."

Una copa de vino. Tinto. Demasiado fuerte para su gusto pero no quería parecer maleducada.

Otra copa.

El suelo moviéndose.

"Ven, hay una pieza que quiero que veas. En la sala de atrás."

No, no quería ir. Pero sus piernas la llevaban de todas formas. Una mano en su espalda. Dedos en su nuca.

Una puerta cerrándose.

"Tranquila. No pasa nada."

Todo oscureciéndose—

Alba abrió los ojos de golpe.

Estaba de vuelta en su consulta. Las manos le temblaban ligeramente. Se las llevó al regazo y las apretó hasta que se detuvieron. Respiró hondo. Una vez. Dos veces. Tres.

El episodio había durado ocho segundos. Más que de costumbre. Pero no era grave. Podía manejarlo.

Se levantó y fue hasta el baño. Abrió el grifo y se echó agua fría en la cara, con cuidado de no arruinar el maquillaje. Se miró en el espejo. Los ojos verdes le devolvieron la mirada. Tranquilos. Controlados.

"No pasa nada", se dijo en voz baja. "Estás bien. Él es el que no está bien. Tú estás perfectamente."

Volvió a la consulta y se forzó a revisar su agenda del día. Dos pacientes más. Luego podría irse a casa. Cenar su ensalada medida al gramo. Hacer una hora de yoga. Pesarse antes de dormir.

Todo bajo control.

Su móvil vibró sobre el escritorio. Un mensaje de un número que tenía guardado como "L.S."

"Dra. Montes, soy Lucía, la hija de Ricardo Solís. Creo que ya nos conocimos brevemente. Me preguntaba si podría hablar con usted. Estoy muy preocupada por mi padre. No sé qué hacer."

Alba miró el mensaje durante un largo rato.

Lucía Solís. Diecisiete años. Estudiante de bachillerato. Ligeramente con sobrepeso, según había podido observar la semana pasada en la sala de espera. Pelo castaño recogido en una coleta. Sin maquillaje. Ropa cómoda, deportiva. El tipo de chica que todavía no sabía que existía. Que era invisible para los chicos de su edad. Que comía sus inseguridades en silencio.

Igual que Alba a los veintiséis.

Igual que cualquier mujer a la que nadie miraba.

Alba escribió una respuesta.

"Hola, Lucía. Claro que te recuerdo. Por supuesto que podemos hablar. ¿Te viene bien el jueves a las 18:00? Sin coste, naturalmente. Entiendo que esto debe ser muy difícil para ti."

La respuesta llegó casi de inmediato.

"Sí, perfecto. Muchísimas gracias, doctora. No sabe cuánto se lo agradezco."

Alba dejó el móvil sobre el escritorio y sonrió.

No fue una sonrisa amable.

Fue la sonrisa de alguien que acaba de ver la siguiente pieza encajar exactamente donde debe ir.

Se levantó, alisó su falda y fue a la cocina pequeña que tenía en la consulta. Abrió el armario donde guardaba las infusiones y sacó una caja de manzanilla. Luego abrió el cajón de abajo —el que cerraba con llave— y extrajo un pequeño frasco de cristal ámbar sin etiqueta.

Lo sostuvo frente a la luz. El líquido dentro era transparente, incoloro. Perfecto.

Rohypnol en solución. Quince miligramos por mililitro. Inodoro, insípido, virtualmente indetectable si se diluía correctamente.

La droga que Ricardo había usado con ella ocho años atrás.

La misma que ella había pasado dos años aprendiendo a sintetizar en secreto, consultando foros de química en la dark web,

comprando precursores en lotes pequeños desde direcciones diferentes, practicando hasta conseguir la concentración exacta.

La ironía era casi poética.

Alba guardó el frasco de nuevo en el cajón y lo cerró con llave. Luego preparó una infusión de manzanilla para ella misma. Sin nada más. Solo hierbas y agua caliente. Se la llevó a la ventana y la bebió despacio, mirando Barcelona bajo el sol de mediodía.

Lucía Solís vendría el jueves.

Ricardo Solís vendría el viernes.

Todo avanzaba según lo previsto.

Alba terminó su té, lavó la taza dos veces y la guardó. Luego se sentó en su butaca, cruzó las piernas y esperó a que llegara su siguiente paciente.

Una mujer que de verdad necesitaba ayuda.

Una mujer a la que Alba ayudaría de verdad. Porque era buena en su trabajo. Porque le importaba. Porque con todos los demás era la doctora que se suponía que debía ser.

Solo con Ricardo Solís era otra cosa.

Solo con él era el monstruo.

CAPÍTULO 4

Ricardo aparcó el coche en el garaje de su piso en Sarrià y se quedó sentado con el motor apagado durante cinco minutos completos.

No quería entrar.

No es que no quisiera ver a Carmen y a Lucía. Las quería. Dios, las quería tanto que a veces le dolía físicamente. Pero entrar significaba enfrentarse a sus miradas preocupadas, a las preguntas cuidadosas de Carmen que en realidad significaban "¿estás peor?", a la forma en que Lucía fingía que todo iba bien cuando era obvio que estaba aterrorizada.

Significaba fingir que todavía era el hombre de la casa. El padre. El marido. El que tenía las respuestas.

Cuando la verdad era que ya ni siquiera sabía qué día de la semana era la mitad del tiempo.

Finalmente salió del coche y subió en el ascensor hasta el sexto. El piso olía a comida casera —algo con tomate, probablemente salsa para pasta— y a ese ambientador de lavanda que Carmen compraba en el Mercadona. Olores familiares. Seguros. Pero últimamente todo lo seguro le parecía extrañamente hostil, como si en cualquier momento el suelo pudiera abrirse bajo sus pies.

—¿Papá?

Lucía apareció desde el salón. Llevaba un pijama de Bob Esponja que era demasiado infantil para sus diecisiete años pero que se negaba a tirar. El pelo castaño recogido en un moño despeinado. Sin maquillaje. Su hija nunca usaba maquillaje, ni siquiera cuando salía con amigas. Decía que era una "pérdida de tiempo" y que "los chicos son estúpidos de todas formas".

Ricardo siempre se había sentido secretamente orgulloso de eso. De que Lucía no necesitara validación externa. De que fuera... ella misma.

Ahora, mirándola en el pasillo de su casa, con esos ojos grandes y preocupados, solo sentía culpa.

—Hola, cariño.

Lucía se acercó y lo abrazó. Era casi tan alta como él. Cuando había pasado eso, no estaba seguro. Un día era una niña pequeña que jugaba con Barbies y al siguiente era casi una mujer.

—¿Cómo ha ido con la doctora? —preguntó ella, sin soltarlo todavía.

—Bien. Bien, creo.

—¿Crees?

Ricardo se apartó suavemente.

—Ha ido bien. Me ha ayudado a relajarme.

—Estás pálido.

—Estoy bien.

Lucía no parecía convencida, pero no insistió. En lugar de eso, lo tomó del brazo y lo llevó hacia la cocina.

—Mamá está terminando de cocinar. Dice que hoy comemos temprano porque tiene reunión por la tarde.

Carmen estaba frente a los fogones, removiendo una olla humeante. Ni siquiera se giró cuando Ricardo entró.

—Llegas tarde —dijo ella.

—Lo siento. Había tráfico.

—Siempre hay tráfico. El martes a mediodía siempre hay tráfico en Balmes. Lo sabes.

Su voz era neutra. Profesional. El tono que usaba con los clientes de su despacho de abogados cuando estaba molesta pero no podía demostrarlo. Ricardo lo conocía bien. Demasiado bien.

—Tienes razón. Debería haber salido antes.

Carmen finalmente se giró. Tenía cuarenta y dos años pero parecía mayor últimamente. Ojeras que el maquillaje ya no disimulaba del todo. Líneas de expresión que antes no estaban. Todavía era hermosa —siempre lo sería, con esa elegancia natural que Ricardo había adorado desde que la conoció—, pero había algo quebradizo en ella ahora. Algo cansado.

Él había hecho eso.

Él la estaba rompiendo.

—Siéntate —dijo Carmen—. La pasta estará lista en cinco minutos.

Ricardo se sentó a la mesa de la cocina. Lucía se sentó frente a él y sacó el móvil, desplazándose por Instagram con esa forma automática en que los adolescentes hacían todo. Carmen sirvió tres platos de pasta con salsa boloñesa y los puso sobre la mesa con movimientos eficientes.

Comieron en silencio durante los primeros minutos. El único sonido era el tintineo de los tenedores contra la loza y, ocasionalmente, algún coche pasando por la calle.

Finalmente, Carmen habló.

—¿Qué te ha dicho la doctora?

Ricardo masticó despacio. La pasta estaba buena, como siempre, pero sabía a cartón en su boca.

—Que los episodios son normales. Que es la forma que tiene mi cerebro de lidiar con estrés.

—¿Estrés de qué?

—No lo sé. De la vida.

—De la vida —repitió Carmen con un dejo de ironía—. Qué específico.

—Carmen...

—No, en serio. Me encantaría saber qué parte de tu vida es tan estresante. Trabajas cuatro horas al día vendiendo cuadros. No tienes hipoteca. No tienes deudas. Tu hija saca buenas notas y no te

da problemas. Yo tampoco te doy problemas. Entonces, ¿qué es exactamente lo que te estresa tanto?

Lucía levantó la vista del móvil.

—Mamá, por favor...

—Es una pregunta legítima, Lucía.

—Pero no ayuda.

Carmen dejó el tenedor sobre el plato con más fuerza de la necesaria.

—Nada ayuda. Lleva meses así y nada ayuda. Las pastillas no ayudan. La terapia no ayuda. Yo no ayudo.

—No es culpa tuya —dijo Ricardo.

—Entonces, ¿de quién es?

Silencio.

Ricardo miró su plato. No tenía respuesta para eso. O, más bien, tenía demasiadas respuestas y ninguna que pudiera decir en voz alta.

Carmen suspiró y se frotó las sienes.

—Lo siento. No quería... Estoy cansada. Y asustada. Y no sé qué hacer.

—Lo sé. Yo también.

—¿De verdad la doctora Montes cree que estás mejor?

—Creo que sí. Dice que estoy haciendo progresos.

—No lo parece.

—Dale tiempo.

—¿Cuánto tiempo más, Ricardo? ¿Cuánto tiempo más tengo que verte desaparecer delante de mis ojos?

La voz de Carmen se quebró al final de la frase. Lucía se levantó de la mesa y abrazó a su madre por detrás, apoyando la barbilla en su hombro.

—Está bien, mamá. Papá va a mejorar. ¿Verdad, papá?

Ricardo asintió, aunque no estaba seguro de creer sus propias palabras.

—Voy a mejorar.

Carmen se limpió los ojos con el dorso de la mano y se levantó bruscamente.

—Tengo que prepararme para la reunión. Terminad de comer.

Salió de la cocina sin mirar atrás. Ricardo escuchó la puerta del dormitorio cerrarse. No de un portazo, sino con ese clic suave y definitivo que de alguna manera era peor.

Lucía volvió a su silla y lo miró con esos ojos grandes que se parecían tanto a los de su madre que a veces le dolía.

—No le hagas caso. Está preocupada, nada más.

—Lo sé.

—Yo también estoy preocupada.

—Lo sé, cariño.

—Pero confío en ti. Sé que vas a mejorar.

Ricardo extendió la mano sobre la mesa. Lucía la tomó y la apretó con fuerza.

—Te quiero, papá.

—Yo también te quiero, Lucía. Más de lo que imaginas.

Terminaron de comer en un silencio más cómodo. Lucía le contó sobre un trabajo de literatura que tenía que entregar, sobre cómo su profesora de filosofía era "literalmente la persona más aburrida del universo", sobre cómo su amiga Martina se había peleado con su novio otra vez.

Ricardo intentó prestar atención. De verdad que lo intentó. Pero había algo raro en la luz de la cocina. Demasiado brillante. O demasiado tenue. No estaba seguro.

—¿Papá? ¿Me estás escuchando?

—Sí. Sí, perdona. Martina y su novio.

—Ya pasé de eso. Te estaba preguntando si te apetece que vayamos al cine este fin de semana. Hay una de terror que quiero ver.

—Claro. Me parece bien.

Lucía sonrió. Era una sonrisa genuina, de esas que le iluminaban toda la cara.

—Genial. Podemos ir el sábado por la tarde.

Ricardo asintió. El sábado. Eso era... ¿pasado mañana? ¿O faltaba una semana? No estaba seguro.

Se levantó para llevar su plato al fregadero y el mundo se inclinó.

No mucho. Solo unos grados. Pero fue suficiente para que tuviera que agarrarse al respaldo de la silla.

—¿Papá?

—Estoy bien. Solo... mareado.

Lucía se levantó de un salto y lo agarró del brazo.

—Siéntate. Voy a traerte agua.

—No hace falta...

Pero sus piernas no le obedecían. Se sentó de nuevo, con más fuerza de la que pretendía, y la silla crujió bajo su peso.

La cocina empezó a desdibujarse en los bordes. Las paredes blancas se volvieron grises. Luego más oscuras. Como si alguien estuviera bajando un regulador de luz muy despacio.

—Papá. Papá, mírame.

La voz de Lucía sonaba lejana. Distorsionada. Como si hablara desde debajo del agua.

Ricardo intentó enfocar la vista pero todo era borroso. Parpadeó. Una vez. Dos veces.

Cuando abrió los ojos de nuevo, ya no estaba en su cocina.

Estaba en un lugar oscuro. Húmedo. Olía a moho y a algo dulzón que le revolvía el estómago. Había paredes de ladrillo. Una puerta metálica. Una luz que parpadeaba en el techo.

No. Eso no era real. No podía ser real.

Parpadeó de nuevo.

Ahora estaba en un coche. Conduciendo. De noche. Las luces de la ciudad pasaban borrosas por la ventanilla. Alguien lloraba en el

asiento trasero.

No. Eso tampoco era real.

—¡Papá!

La voz de Lucía lo trajo de vuelta. De golpe. Como salir a la superficie después de estar bajo el agua demasiado tiempo.

Estaba en su cocina. Lucía lo sujetaba por los hombros, con la cara pálida y los ojos brillantes de lágrimas.

—Papá, por favor. Dime algo.

Ricardo parpadeó. La cocina volvió a enfocarse. Blanca. Luminosa. Real.

—Estoy... estoy aquí.

—¿Qué ha pasado? ¡No respondías! Te he llamado como diez veces y no respondías. Tenías los ojos abiertos pero era como si no me vieras.

—No lo sé. Yo... perdí... ¿cuánto tiempo?

—No sé. ¿Un minuto? ¿Dos? No lo sé, papá, me has asustado muchísimo.

Carmen apareció en el umbral de la cocina, todavía en bata pero con el móvil en la mano.

—¿Qué ha pasado?

—Ha tenido otro episodio —dijo Lucía, con voz temblorosa—. Peor que antes. No respondía. Estaba... no sé, ido.

Carmen se acercó y le puso una mano en la frente a Ricardo, como si fuera un niño con fiebre.

—Estás helado. Y sudando.

—Estoy bien.

—No estás bien. Nada de esto está bien.

Ricardo se levantó despacio, agarrándose a la mesa para mantener el equilibrio.

—Necesito... necesito acostarme un rato.

—Voy a llamar a la doctora Montes —dijo Carmen—. Esto no es normal. Los episodios están empeorando.

—No. No la llames. Ya tengo cita el viernes.

—El viernes está muy lejos.

—Estoy bien. Solo necesito descansar.

Caminó hacia el dormitorio con pasos lentos, consciente de que ambas lo observaban como si fuera un florero a punto de caerse de una repisa. Se tumbó en la cama sin quitarse los zapatos y cerró los ojos.

Las imágenes seguían ahí. La habitación oscura. El coche. El llanto.

¿Qué era eso?

¿Recuerdos? ¿Alucinaciones? ¿Sueños que se filtraban en la realidad?

No lo sabía.

Y eso era lo que más miedo le daba.

Desde el pasillo, escuchó a Lucía hablando con Carmen en voz baja.

—Voy a ir con él a la próxima sesión. No me importa lo que diga. Necesito hablar con la doctora Montes. Necesito saber qué le pasa.

—De acuerdo. Yo también iré.

—No, mamá. Tú lo pones nervioso. Iré yo sola.

—Lucía...

—Por favor. Confía en mí.

Hubo un silencio. Luego Carmen suspiró.

—Está bien. Pero si la doctora dice algo preocupante, me llamas inmediatamente.

—Lo prometo.

Ricardo escuchó pasos alejándose. La puerta del dormitorio se abrió ligeramente y vio la silueta de Lucía recortada contra la luz del pasillo.

—¿Papá? ¿Necesitas algo?

—No. Gracias, cariño.

—Voy a ir contigo el viernes. A tu sesión con la doctora Montes.

—No hace falta...

—No es negociable. Voy a ir. Necesito entender qué está pasando.

Ricardo no tenía fuerzas para discutir.

—Está bien.

Lucía se acercó y le dio un beso en la frente.

—Descansa. Todo va a salir bien. Ya lo verás.

Cerró la puerta al salir.

Ricardo se quedó tumbado en la oscuridad, escuchando los sonidos amortiguados de la casa. Carmen en el salón, hablando por teléfono con alguien de su trabajo. Lucía en su cuarto, con música de fondo.

Sonidos normales.

Sonidos seguros.

Pero por debajo de todo eso, en algún lugar profundo de su cerebro, Ricardo escuchaba otra cosa.

Una mujer llorando.

Y su propia voz diciendo: "Tranquila. No pasa nada."

Se tapó los oídos con las manos, pero el sonido no se iba.

Nunca se iba.

CAPÍTULO 5

El jueves a las seis menos cuarto, Alba estaba revisando las notas de su último paciente cuando escuchó el timbre de la sala de espera.

Era temprano. Lucía Solís no debía llegar hasta las seis, pero Alba ya había aprendido que la gente nerviosa siempre llegaba antes. Quince minutos. Veinte si estaban muy ansiosos. Era como si presentarse con antelación les diera cierta ilusión de control sobre una situación que los superaba.

Alba guardó el cuaderno en el cajón —el oficial, no el otro— y se levantó para abrir la puerta que separaba la consulta de la pequeña sala de espera.

Lucía estaba de pie junto a la ventana, mirando la calle. Llevaba vaqueros oscuros, zapatillas Converse desgastadas y una sudadera gris demasiado grande que le llegaba casi hasta las rodillas. El pelo castaño recogido en una coleta alta. Sin maquillaje. Las uñas cortas, sin pintar, mordidas en las puntas.

Se giró cuando escuchó la puerta y Alba pudo verla completamente.

Diecisiete años. Metro sesenta y cinco aproximadamente. Unos sesenta y cinco kilos, quizá setenta. Complexión robusta pero no obesa. Mejillas llenas. Caderas anchas. El tipo de cuerpo que los adolescentes crueles llamarían "gordo" aunque no lo fuera realmente. Solo era... sólido. Normal. Real.

Como Alba a los veintiséis.

—Hola —dijo Lucía, con una sonrisa tímida—. Siento llegar tan pronto. He salido del instituto y... bueno, no sabía qué hacer mientras esperaba.

—No te preocupes. Pasa, por favor.

Alba le sostuvo la puerta y Lucía entró a la consulta con pasos cautelosos, como si pisara terreno sagrado. Sus ojos recorrieron las estanterías, el sofá de cuero, la butaca donde Alba se sentaba. Había algo de asombro en su expresión. De intimidación.

—Siéntate donde te sientas cómoda —dijo Alba, cerrando la puerta tras ellas.

Lucía eligió el sofá, en el extremo izquierdo, con el cuerpo girado hacia el respaldo como si quisiera ocupar el menor espacio posible. Se abrazó una rodilla contra el pecho.

Alba se sentó en su butaca y cruzó las piernas. No sacó su cuaderno todavía. Primero había que crear confianza.

—Gracias por recibirme —dijo Lucía—. Sé que está ocupada y que esto no es... no sé, oficial. Mi padre no sabe que estoy aquí.

—Lo que hablemos aquí es confidencial. No le diré nada a tu padre si no quieres.

—Es que no quiero preocuparlo más. Ya tiene bastante.

—Entiendo. Cuéntame, ¿qué te preocupa?

Lucía bajó la mirada hacia sus manos. Se las frotó nerviosamente, entrelazando los dedos.

—Mi padre se está... deshaciendo. No sé cómo explicarlo de otra forma. Es como si cada día fuera menos él. Tiene esos episodios donde se queda como... en blanco. Y dice cosas raras. Y se olvida de todo. Ayer se olvidó de que habíamos quedado para cenar juntos. Me quedé esperándole en el restaurante durante una hora.

—¿Se lo comentaste?

—Sí. Se sintió fatal. Lloró. Mi padre nunca llora.

Alba asintió lentamente, sin decir nada. Dejó que el silencio se asentara. Era una técnica básica: la gente llenaba los silencios con verdades que normalmente escondían.

—Mi madre está... —Lucía hizo una pausa, buscando la palabra correcta—. Está furiosa. No lo dice, pero lo noto. Creo que piensa que mi padre tiene una aventura. O que está con drogas.

Algo así. Pero yo sé que no. Conozco a mi padre. Algo le está pasando y él no sabe qué es.

—¿Y tú cómo te sientes con todo esto?

Lucía levantó la vista. Tenía los ojos brillantes, pero no lloraba.

—Aterrorizada. Siento que lo estoy perdiendo. Y no hay nada que pueda hacer.

—Sentirse impotente es una de las peores cosas que podemos experimentar —dijo Alba con voz suave—. Especialmente cuando se trata de alguien a quien queremos.

—¿Usted cree que va a mejorar? ¿De verdad?

Alba sostuvo su mirada durante tres segundos completos antes de responder.

—Creo que tu padre está haciendo un trabajo muy difícil. Está enfrentándose a cosas que ha mantenido enterradas durante mucho tiempo. Y eso no es fácil. Pero sí, creo que puede mejorar.

No era mentira. No exactamente. Ricardo estaba enfrentándose a cosas enterradas. Solo que no por elección propia.

—¿Puedo preguntarle algo? —dijo Lucía.

—Por supuesto.

—¿Qué le pasa? Exactamente. Sé que tiene que mantener confidencialidad y todo eso, pero... necesito entenderlo. Al menos un poco.

Alba se inclinó ligeramente hacia delante, con los codos apoyados en los reposabrazos de la butaca.

—Tu padre sufre de lo que llamamos amnesia disociativa con episodios de despersonalización. Es una respuesta del cerebro a un trauma psicológico. Básicamente, su mente está intentando protegerlo de recuerdos o emociones que son demasiado dolorosos para procesar conscientemente.

—¿Qué tipo de trauma?

—Eso es algo que tu padre tiene que descubrir. Y lo está haciendo. Poco a poco.

Lucía asimiló la información en silencio. Se mordió el labio inferior.

—¿Y mientras tanto? ¿Qué hago yo? ¿Cómo le ayudo?

—Haces exactamente lo que estás haciendo. Estar ahí. Creer en él. No todos tienen a alguien que crea en ellos, ¿sabes? Tu padre tiene suerte de tenerte.

Algo cambió en la expresión de Lucía. Como si esas palabras hubieran tocado algo profundo. Sus ojos se humedecieron y esta vez sí lloró. Lágrimas silenciosas que se deslizaron por sus mejillas.

Alba se levantó con naturalidad, tomó la caja de pañuelos de la mesita auxiliar y se la ofreció. Lucía cogió uno y se limpió la cara con movimientos bruscos.

—Perdón. No quería...

—No tienes que disculparte por llorar. Este es un espacio seguro.

Lucía asintió y se sonó la nariz. Alba volvió a su butaca pero esta vez no cruzó las piernas. Se inclinó hacia delante, con los codos en las rodillas, más cerca. Más accesible.

—Lucía, ¿puedo preguntarte algo personal?

—Sí.

—¿Cómo estás tú? No en relación a tu padre. Tú. ¿Cómo te sientes contigo misma?

La pregunta pareció cogerla por sorpresa. Lucía parpadeó.

—¿Conmigo misma?

—Sí. En tu vida. En el instituto. Con tus amigos.

Lucía se encogió de hombros.

—Bien. Supongo. No lo sé. Normal.

—Normal cómo.

—Pues... voy a clase. Estudio. Salgo con mis amigas de vez en cuando. No me meto en problemas.

—¿Tienes novio?

—No. —Lucía soltó una risa corta, sin humor—. Los chicos no... no me ven. Soy invisible.

—¿Por qué crees que eres invisible?

Lucía se señaló a sí misma con un gesto vago.

—Míreme. No soy exactamente el tipo de chica que los chicos buscan.

—¿Qué tipo de chica crees que buscan?

—No lo sé. Delgadas. Con el pelo bonito. Que sepan maquillarse. Que usen ropa ajustada. Yo no soy... eso.

Alba la observó en silencio durante unos segundos. Luego dijo:

—¿Sabes qué veo cuando te miro?

Lucía negó con la cabeza.

—Veo a una chica de diecisiete años que está pasando por algo increíblemente difícil y aun así ha tenido el coraje de venir aquí a buscar ayuda. Veo a alguien que se preocupa más por su padre que por sí misma. Veo inteligencia, fuerza y compasión. Eso es lo que veo.

Lucía se quedó mirándola con la boca ligeramente abierta.

—Yo... gracias.

—No tienes que agradecérmelo. Es la verdad.

Hubo un momento de silencio cómodo. Alba lo dejó respirar. Luego preguntó:

—¿Te apetece un café? ¿O un té?

—Café estaría bien.

Alba se levantó y fue hasta la pequeña cocina anexa. Preparó dos cafés en la cafetera Nespresso —tenía cápsulas de varios tipos para diferentes gustos— y volvió con dos tazas de porcelana.

—¿Con azúcar?

—Dos, por favor.

Alba le echó dos terrones de azúcar y removió. Le pasó la taza a Lucía, que la aceptó con ambas manos, como si necesitara el

calor.

Se sentaron en un silencio cómodo durante unos minutos, bebiendo café. Alba observaba a Lucía con atención periférica, notando cada gesto. La forma en que soplaba el café antes de beber. Cómo se mordía el labio inferior cuando pensaba. El tic nervioso de tocar la coleta con la mano libre.

—¿Puedo volver? —preguntó Lucía de repente—. Sé que esto es raro y que en realidad usted es la doctora de mi padre, pero... me siento mejor. Después de hablar con usted.

Alba fingió considerar la pregunta, aunque la respuesta ya estaba decidida desde antes de que Lucía pusiera un pie en la consulta.

—Por supuesto que puedes volver. Pero hagamos una cosa: tus sesiones son solo tuyas. No hablaremos de tu padre. Hablaremos de ti. ¿Te parece bien?

—Pero no puedo pagar...

—No te preocupes por eso. Considerémoslo... apoyo familiar. Sin coste.

—No sé qué decir.

—Di que sí.

Lucía sonrió. Fue una sonrisa genuina, de esas que transformaban completamente su rostro.

—Sí. Gracias, doctora Montes.

—Llámame Alba.

—¿De verdad?

—Aquí, en estas sesiones, sí. Creo que nos irá mejor si nos tratamos como dos personas hablando, no como doctora y paciente.

—Está bien. Gracias, Alba.

Terminaron el café charlando de cosas ligeras. El instituto. Las amigas de Lucía. Una serie de Netflix que ambas estaban viendo. Alba se mostró cálida, accesible, interesada. Y era genuino. Realmente le caía bien Lucía. Era inteligente, perceptiva, honesta.

Lo que hacía todo más complicado.

O más fácil, dependiendo de cómo se mirara.

A las siete menos cuarto, Alba acompañó a Lucía hasta la puerta.

—¿Cuándo puedo volver? —preguntó la chica.

—¿Qué te parece la semana que viene? ¿Mismo día, misma hora?

—Perfecto.

—Y Lucía... —Alba le puso una mano en el brazo, suave pero firme—. Quiero que sepas que puedes confiar en mí. Lo que me cuentes aquí no sale de aquí. Eres importante. Tu bienestar es importante.

Lucía asintió, con los ojos brillantes de nuevo.

—Lo sé. Gracias.

Se fue con una última sonrisa. Alba cerró la puerta y se quedó de pie en la sala de espera durante unos segundos, mirando el lugar donde Lucía había estado sentada.

Diecisiete años. Insegura. Invisible para los chicos. Buscando validación. Necesitando que alguien la viera.

Igual que Alba a los veintiséis. Solo que más joven. Más vulnerable.

Alba volvió a la consulta y se sentó en su butaca. Sacó su cuaderno secreto del cajón y lo abrió en una página en blanco. Escribió:

LUCÍA SOLÍS – PRIMERA SESIÓN – 25 DE ABRIL DE 2024

Observaciones iniciales:

- Baja autoestima relacionada con apariencia física.
- Sentimiento de invisibilidad social.
- Necesidad de validación externa.
- Vínculo emocional fuerte con figura paterna.
- Vulnerable, confiada, buscando guía.

Potencial: Alto. Muy alto.

Nota: Ve en mí lo que necesita ver. Alguien que la entiende. Alguien en quien puede confiar.

Alba dejó el bolígrafo sobre el cuaderno y se quedó mirando las palabras.

Había dos caminos desde aquí.

Podía ayudar a Lucía genuinamente. Ser la mentora que necesitaba. Guiarla hacia la confianza en sí misma. Hacer su trabajo como terapeuta.

O podía usar esa confianza.

Moldearla.

Dirigirla hacia donde necesitaba que fuera.

Por un momento —solo un momento—, Alba sintió algo parecido a la duda. Un destello de consciencia de que estaba mirando a una chica de diecisiete años y considerándola como una pieza en un tablero.

Pero entonces recordó.

Recordó tener veintiséis años y sentirse exactamente como Lucía se sentía ahora. Invisible. Insegura. Necesitando validación.

Recordó a un hombre que vio esa vulnerabilidad y la usó.

Recordó despertarse sangrando.

Recordó al juez diciendo "pruebas insuficientes".

Recordó no poder tener hijos.

La duda se evaporó.

Alba cerró el cuaderno y lo guardó bajo llave.

Lucía volvería la semana siguiente.

Y Alba sabría exactamente qué hacer.

CAPÍTULO 6

Viernes, 17:00.

Alba llevaba preparada desde las cuatro de la tarde.

Había cancelado su último paciente del día —una excusa sobre un "imprevisto familiar" que nadie cuestionaría— y había dedicado las últimas tres horas a convertir su consulta en un quirófano improvisado.

Primero, las preparaciones básicas. Cerró las cortinas del balcón, dejando solo la luz de la lámpara de pie en la esquina. Una luz suave, tenue, que no molestaría a los ojos pero permitía ver con claridad. Bajó la calefacción dos grados. El frío ayudaba a mantener la lucidez.

Luego, las herramientas.

Del cajón inferior de su escritorio —el que cerraba con llave— sacó una bolsa de lona negra. La colocó sobre la mesita auxiliar y la abrió con cuidado, como un cirujano preparando su instrumental.

Dentro había:

Tres jeringas hipodérmicas de 5ml, selladas en sus envases estériles. Dos viales de cristal con etiquetas manuscritas: "Bromuro de pancuronio 2mg/ml" y "Midazolam 5mg/ml". Un vial más pequeño sin etiquetar. Rohypnol en solución. Guantes de nitrex azules, talla S. Torundas de alcohol en paquetes individuales. Un tensiómetro digital de muñeca. Una pequeña cámara Fujifilm Instax Mini, de esas que imprimían fotos al instante. Un bisturí quirúrgico desechable. Dos tubos de ensayo para muestras de sangre.

Alba sacó cada objeto y lo colocó sobre la mesita con precisión milimétrica. Todo en orden. Todo controlado.

No era médica. Nunca había estudiado medicina. Pero había pasado los últimos seis años aprendiendo. Foros de farmacología en la dark web. Manuales de anestesia descargados de bibliotecas universitarias. Vídeos de YouTube sobre técnicas de venopunción. Había practicado primero en naranjas, luego en muslos de pollo, finalmente en su propio brazo hasta que pudo clavar una aguja en una vena sin temblar.

El conocimiento no era difícil de conseguir. Solo hacía falta motivación.

Y Alba tenía motivación de sobra.

Miró el reloj: 16:47. Trece minutos.

Fue al baño y se lavó las manos tres veces con jabón antibacterial. Se miró en el espejo. Hoy llevaba el pelo recogido en un moño bajo, perfectamente liso. Camisa blanca de seda, pantalones de vestir negros, zapatos planos. La ropa que usaba siempre que sabía que tendría que moverse con precisión.

Se aplicó una capa extra de pintalabios. Nude, discreto. Quería que Ricardo la recordara —en la medida en que pudiera recordar algo— como profesional, pulcra, confiable.

Volvió a la consulta y preparó el té. Hoy usaría manzanilla con un toque de jengibre. El jengibre enmascaraba cualquier sabor residual del Rohypnol mejor que la miel sola. Puso agua a hervir en la tetera eléctrica y sacó dos tazas de porcelana blanca. Una para Ricardo. Otra para ella, sin nada más que té puro, porque las apariencias importaban.

Mientras el agua hervía, sacó el vial de Rohypnol y una jeringa de 1ml del cajón de la cocina. Midió exactamente 1,7ml de la solución —17mg, como había calculado— y los depositó en la taza destinada a Ricardo. Añadió el agua hirviendo, la bolsita de manzanilla y jengibre, y removió durante treinta segundos completos hasta que el medicamento se disolvió por completo.

Le añadió una cucharadita de miel. Removió de nuevo.

Dejó las dos tazas en una bandeja de madera.

El timbre sonó exactamente a las cinco en punto.

Alba respiró hondo una vez, exhaló despacio, y fue a abrir.

Ricardo estaba peor que el martes. Más demacrado. Las ojeras más profundas. El traje le colgaba como si fuera dos tallas más grande. Había algo en sus ojos —una mirada perdida, como de animal herido— que habría generado compasión en cualquier persona normal.

Alba no sintió nada.

—Buenas tardes, Ricardo. Pasa.

—Buenas tardes, doctora.

Entró arrastrando los pies. Se dejó caer en el sofá de cuero con un suspiro largo y tembloroso.

—¿Cómo ha ido la semana? —preguntó Alba, tomando asiento en su butaca.

—Mal. Muy mal. He tenido... no sé cuántos episodios. He perdido la cuenta. Ayer estuve casi dos horas sin saber dónde estaba. Carmen quiere llevarme al hospital. Y Lucía... —Se frotó la cara con ambas manos—. Lucía está aterrorizada.

—Lo sé. Ha venido a verme.

Ricardo levantó la vista bruscamente.

—¿Qué?

—El jueves. Me pidió una cita. Estaba preocupada por ti y necesitaba hablar con alguien.

—Pero... ¿puede hacer eso? Quiero decir, ¿no es raro? Usted es mi terapeuta.

—Técnicamente no hay problema ético —dijo Alba con voz calmada—. Yo no la estoy tratando a ella. Solo hablamos. La escuché. Necesitaba desahogarse.

—¿Qué le dijo?

—Eso es confidencial, Ricardo. Igual que lo que tú me cuentas es confidencial.

—Pero es mi hija...

—Lo sé. Y es por eso precisamente que respeto su privacidad. Como respeto la tuya.

Ricardo asintió lentamente, aunque no parecía convencido.

—Quiere venir hoy. A la sesión. Espera abajo, en el coche.

Algo frío recorrió la columna de Alba. No. No podía dejar que Lucía entrara. No hoy. No cuando tenía todo preparado.

—Entiendo que esté preocupada —dijo con tono profesional —. Pero creo que sería contraproducente que estuviera aquí durante la sesión. Tu terapia es tuya. Tener a un familiar presente podría inhibirte.

—Pero quiere hablar con usted. Preguntarle sobre mi... diagnóstico. Mi tratamiento.

—Y podemos hacer eso. Pero en otra sesión. Una específica para eso. ¿Qué te parece si coordinamos una cita para la semana que viene? Los tres juntos. Así puedo explicarle todo con calma.

Ricardo lo consideró. Alba podía ver el conflicto en su rostro: no quería decepcionar a Lucía, pero tampoco tenía energía para discutir.

—Está bien. Se lo diré.

—Perfecto. ¿Por qué no bajas y le explicas? Puedes decirle que haremos una sesión familiar el próximo jueves. Yo te espero aquí.

Ricardo asintió y se levantó con esfuerzo. Salió de la consulta y Alba escuchó sus pasos bajando las escaleras.

Se acercó a la ventana con cuidado, manteniéndose a un lado para no ser vista desde la calle. Abajo, vio a Ricardo hablando con alguien en un coche gris. Lucía. Incluso desde el primer piso podía ver su expresión de decepción. Pero finalmente asintió. Ricardo le dio un beso en la frente y el coche arrancó.

Alba volvió a su butaca.

Dos minutos después, Ricardo regresó.

—Ya está. No le ha gustado, pero lo ha entendido.

—Es normal que esté preocupada. Hablaremos con ella la semana que viene, te lo prometo.

Ricardo se dejó caer de nuevo en el sofá. Se veía exhausto.

—¿Te apetece un té? —preguntó Alba—. Te ayudará a relajarte.

—No sé si...

—Insisto. Hoy has venido muy tenso. El té te hará bien.

Fue a buscar las dos tazas a la cocina. Le entregó la suya a Ricardo —la que contenía 17mg de Rohypnol— y se quedó con la otra.

—Gracias —murmuró él.

Bebió un sorbo. Luego otro. Alba bebió del suyo también, manteniendo el contacto visual. Normalidad. Rutina.

—Háblame de los episodios de esta semana —dijo ella—. ¿Qué es lo que recuerdas?

Ricardo bebió más té mientras hablaba. Le contó sobre perderse en el camino a la galería. Sobre despertarse en su coche sin saber cómo había llegado ahí. Sobre las imágenes que le asaltaban: habitaciones oscuras, gente llorando, sensación de haber hecho algo terrible pero sin saber qué.

Alba asentía, tomaba notas en su cuaderno oficial. Hacía las preguntas correctas. Mostraba preocupación profesional.

Y observaba.

A los once minutos, Ricardo empezó a parpadear más despacio.

A los trece, su voz se volvió ligeramente arrastrada.

A los quince, la taza se le resbaló de las manos. Alba la agarró antes de que cayera al suelo.

—Me siento... raro —murmuró Ricardo.

—Es el cansancio acumulado —dijo Alba con voz suave—. Tu cuerpo necesita descansar. Túmbate en el diván. Vamos.

Lo ayudó a levantarse —pesaba más de lo que parecía— y lo guió hasta el diván de cuero negro en el otro extremo de la consulta. Ricardo se tumbó con torpeza, la cabeza sobre el cojín pequeño, los brazos a los lados.

—Solo cierra los ojos —dijo Alba—. Relájate.

Ricardo obedeció. En menos de un minuto, estaba completamente inconsciente.

Alba esperó treinta segundos más, observando el movimiento de su pecho. Respiración lenta, profunda, regular. Perfecto.

Fue hasta la puerta de entrada de la consulta y echó el pestillo. Luego regresó, se quitó la chaqueta y se puso los guantes de nitrex.

Trabajó con eficiencia mecánica.

Primero, el tensiómetro. Le colocó el brazalete en la muñeca derecha y apretó el botón. La máquina zumbó suavemente. 118/76. Pulso: 52 ppm. Bien. Estable.

Anotó los números en su cuaderno secreto.

Luego preparó las inyecciones.

La primera jeringa: 2mg de bromuro de pancuronio. Un relajante muscular. No era estrictamente necesario —Ricardo ya estaba inconsciente—, pero Alba lo usaba como medida de seguridad. Si por alguna razón despertaba parcialmente, los músculos no le responderían.

Le subió la manga de la camisa, localizó la vena basílica en el antebrazo —practicada después de meses— y limpió la zona con una torunda de alcohol. Esperó a que se secara. Insertó la aguja con un ángulo de 15 grados. Sangre oscura fluyó hacia atrás en la jeringa, confirmando que estaba en vena. Inyectó despacio. Cinco segundos. Retiró la aguja, presionó con algodón.

Segunda jeringa: 5mg de midazolam. Un amnésico potente. Esto aseguraba que aunque Ricardo tuviera algún recuerdo fragmentado de la sesión, sería borroso, confuso, descartable como un sueño.

Misma vena. Misma técnica. Inyección lenta.

Esperó dos minutos, observando. Ricardo no se movió. Su respiración seguía constante.

Alba tomó la cámara Instax y empezó a fotografiar.

Primero, el rostro. Un primer plano. Los ojos cerrados, la boca entreabierta. La vulnerabilidad absoluta.

Luego el cuello. La manzana de Adán. El pulso visible en la arteria carótida.

Las manos. Los dedos largos, elegantes. Las mismas manos que la habían empujado contra una pared ocho años atrás.

Cada fotografía salía de la cámara con un zumbido mecánico. Alba las dejaba sobre la mesita, esperando a que se revelaran.

Cuando terminó con las fotos, sacó el bisturí.

No iba a hacerle daño. No de esa forma. Pero necesitaba una muestra.

Le subió más la manga y limpió la parte interior del antebrazo con alcohol. Con el bisturí hizo una incisión superficial de medio centímetro. Sangre brotó en una línea fina. Alba colocó un tubo de ensayo debajo, dejando que se llenara hasta la mitad.

Presionó con gasa estéril hasta que dejó de sangrar. Aplicó un vendaje pequeño que quedaría oculto bajo la manga de la camisa.

La sangre era para sus registros. La analizaba en casa con un kit que había comprado en internet. Monitoreaba los niveles de testosterona, cortisol, función hepática. Todo bajando, deteriorándose, exactamente como debía.

Guardó el tubo en la bolsa de lona.

Miró el reloj. Habían pasado veinticinco minutos.

Todavía quedaba tiempo.

Alba se sentó en la butaca frente al diván y simplemente... lo observó.

Ricardo Solís. Cuarenta y cinco años. Marchante de arte. Esposo. Padre.

Violador.

Había violado a cinco mujeres que Alba conociera. Probablemente más. Había usado su dinero, su posición, sus contactos para enterrar cada caso. Había seguido con su vida como si nada. Se había casado. Había tenido una hija. Había construido

una existencia respetable sobre los cuerpos de las mujeres que había destruido.

Y ahora estaba aquí, a su merced.

Inconsciente. Indefenso. Degradándose poco a poco.

Alba no sintió satisfacción. No exactamente. Era algo más frío que eso. Más puro.

Era justicia.

No la justicia del sistema, que lo había liberado. Sino otra clase. La que ocurría en los márgenes. La que nadie veía pero que restauraba el equilibrio de todas formas.

A los cuarenta y cinco minutos, Ricardo empezó a moverse.

Un parpadeo. Un gemido suave. Los dedos contrayéndose.

Alba guardó rápidamente todas las herramientas en la bolsa de lona y la metió en el cajón bajo llave. Guardó las fotografías Instax en su cuaderno secreto. Se quitó los guantes y los tiró en la bolsa de basura que después quemaría en casa.

Se sentó en su butaca, cruzó las piernas, abrió su cuaderno oficial.

Cuando Ricardo abrió los ojos, Alba estaba escribiendo notas con expresión concentrada.

—¿Doctora? —Su voz salió pastosa, confusa.

—Hola, Ricardo. ¿Cómo te sientes?

—Yo... ¿qué ha pasado?

—Te quedaste dormido. Has estado descansando durante casi una hora.

Ricardo se incorporó con dificultad, desorientado. Miró alrededor como si no reconociera la habitación.

—No... no recuerdo...

—Es normal. Estabas exhausto. Tu cuerpo necesitaba descansar.

—¿He dicho algo?

—Nada importante. Solo murmullos. Nada coherente.

Ricardo se frotó la cara. Tenía los ojos vidriosos, perdidos.

—Me duele la cabeza.

—Es la tensión acumulada. Te voy a dar un ibuprofeno.

Alba fue a la cocina, le trajo un vaso de agua y dos pastillas. Ricardo las tragó sin cuestionar.

Se quedaron sentados en silencio durante unos minutos. Alba dejó que Ricardo se reorientara a su propio ritmo. Finalmente, él miró el reloj en la pared.

—¿Las seis y cuarto? He perdido más de una hora.

—Has descansado. Eso es bueno.

—No se siente como descanso. Se siente como... como un agujero negro.

—Tu cerebro está procesando mucho, Ricardo. Es normal que estés cansado.

Ricardo se levantó con cuidado, probando su equilibrio. Alba se levantó también, lista para sujetarlo si era necesario, pero logró mantenerse de pie.

—Debería irme. Lucía me está esperando.

—Claro. Nos vemos el martes. Y recuerda: el jueves vendrá Lucía para la sesión familiar.

—Sí. Gracias, doctora.

Alba lo acompañó hasta la puerta. Antes de abrir, le puso una mano en el brazo.

—Ricardo, estás haciendo un trabajo muy valiente. Sé que no lo parece, pero estás progresando.

—No lo siento así.

—Lo sé. Pero confía en el proceso.

Ricardo asintió, aunque no parecía convencido. Salió al rellano y bajó las escaleras agarrándose a la barandilla.

Alba cerró la puerta y echó el pestillo.

Volvió a la consulta y se quedó de pie en el centro, mirando el diván donde Ricardo había estado inconsciente durante cuarenta y

cinco minutos.

Luego fue a su escritorio, sacó el cuaderno secreto y escribió:

SESIÓN 73 – VIERNES 26 DE ABRIL DE 2024

Dosificación: 17mg Rohypnol + 2mg bromuro de pancuronio + 5mg midazolam.

Duración de inconsciencia: 47 minutos.

Muestras obtenidas: Sangre (5ml). Fotografías (8).

Signos vitales: Estables. TA: 118/76. Pulso: 52 ppm.

Observaciones: Deterioro físico acelerado. Pérdida de peso evidente (aprox. 8kg desde inicio del tratamiento). Confusión post-sedación más pronunciada. Amnesia total del período de inconsciencia.

Nota personal: Hoy lo he mirado durante diez minutos completos mientras dormía. He intentado sentir algo. Odio. Satisfacción. Culpa. No he sentido nada. Eso debería preocuparme. No lo hace.

Próxima sesión: Martes 30 de abril. Sesión estándar.

Sesión familiar con Lucía: Jueves 2 de mayo.

Alba cerró el cuaderno y lo guardó bajo llave.

Se quitó los zapatos y se tumbó en el diván todavía tibio donde Ricardo había estado. Cerró los ojos.

El olor de su colonia permanecía en el cuero. La misma que usaba hace ocho años. Alba lo reconocía.

Inspiró profundamente.

Y por primera vez en meses, sonrió.

Una sonrisa verdadera.

Una sonrisa que no tenía nada de humano.

CAPÍTULO 7

Lunes, 10:00.

Alba abrió la puerta de la sala de espera y encontró a Mercedes García sentada en el extremo del sofá, con las manos entrelazadas sobre el regazo y la mirada fija en el suelo.

Cuarenta y dos años. Profesora de primaria. Casada durante dieciocho años con un hombre que la había golpeado durante diecisiete de ellos.

—Buenos días, Mercedes. Adelante.

Mercedes se levantó con movimientos pequeños, controlados, como si ocupar demasiado espacio pudiera ser peligroso. Entró a la consulta y se sentó en el mismo sitio de siempre: el sofá, en el extremo derecho, con el bolso en el regazo como un escudo.

Alba cerró la puerta y se sentó en su butaca. No sacó el cuaderno todavía. Primero había que establecer contacto.

—¿Cómo ha ido la semana?

Mercedes tardó unos segundos en responder. Cuando lo hizo, su voz salió apenas en un susurro.

—Ha vuelto.

Alba sintió que algo se tensaba en su pecho.

—¿Cuándo?

—El miércoles. Apareció en el colegio a la hora de salida. Me esperó en el aparcamiento.

—¿Te hizo algo?

—No. Solo... habló. Dijo que quería disculparse. Que había estado yendo a terapia. Que había cambiado. —Mercedes soltó una

risa amarga—. Como si cinco sesiones con un psicólogo fueran a cambiar diecisiete años de...

No terminó la frase. No hacía falta.

—¿Qué le dijiste?

—Le dije que no. Que la orden de alejamiento sigue vigente y que si no se iba, llamaría a la policía.

—Bien. Eso está muy bien, Mercedes.

—Pero no se fue. Se quedó ahí, mirándome. Y yo... —Su voz se quebró—. Yo tuve miedo. Después de seis meses sin verlo, pensé que ya no tendría miedo. Pero lo tuve. Como siempre.

Alba se inclinó ligeramente hacia delante.

—El miedo no desaparece porque queramos que desaparezca. Es una respuesta aprendida. Tu cerebro ha pasado diecisiete años asociando a esa persona con peligro. Va a llevar tiempo reprogramar esa respuesta.

—¿Cuánto tiempo?

—No lo sé. Cada persona es diferente. Pero lo importante es que hiciste lo correcto. Le pusiste límites. No cediste.

—Tuve ganas de ceder. Por un segundo, cuando me miró con esos ojos de... de cachorro arrepentido. Pensé: "¿Y si ha cambiado de verdad?"

—¿Y luego?

—Luego recordé la última vez que me rompió dos costillas. Y se me pasó.

Alba asintió.

—¿Llamaste a la policía?

—Sí. Hice un acta. Violación de la orden de alejamiento. Me dijeron que si vuelve a acercarse, pueden arrestarlo.

—Perfecto. Has hecho exactamente lo que debías.

Mercedes se limpió los ojos con un pañuelo arrugado que sacó del bolso.

—¿Por qué es tan difícil? Sé que es un maltratador. Sé que me hizo daño. Sé que volverá a hacerlo si vuelvo con él. Entonces, ¿por

qué una parte de mí todavía quiere creer que puede cambiar?

—Porque durante diecisiete años aprendiste a sobrevivir creyendo que podía cambiar. Era tu mecanismo de defensa. Cada vez que te golpeaba y luego se disculpaba, te aferrabas a la esperanza de que "esta vez" sería diferente. Porque la alternativa era aceptar que estabas atrapada con alguien que nunca cambiaría. Y eso era demasiado doloroso.

—Pero ya no estoy atrapada.

—No. Ya no lo estás. Y esa parte de tu cerebro que todavía quiere creer en él va a necesitar tiempo para entenderlo. Pero lo entenderá. Ya lo está haciendo.

Pasaron el resto de la sesión repasando estrategias de seguridad. Alba le recordó que cambiara su rutina, que no fuera siempre por los mismos sitios, que mantuviera el móvil cargado. Le sugirió que hablara con la dirección del colegio sobre instalar medidas de seguridad adicionales. Le dio el número de una asociación de mujeres maltratadas donde podría encontrar apoyo grupal.

Cuando Mercedes se fue, cincuenta minutos después, se veía más centrada. Más fuerte. No curada —eso llevaría años— pero mejor.

Alba cerró la puerta tras ella y se quedó de pie en la sala de espera durante unos segundos.

Mercedes era real. Su dolor era real. Y Alba podía ayudarla. Era buena en esto. Ayudando a gente que de verdad lo necesitaba.

Miró el reloj: 11:05. Tenía quince minutos antes del siguiente paciente.

Fue a la cocina y se preparó un té verde. Se lo bebió de pie, mirando por la ventana. Barcelona bajo un cielo gris. Parecía que iba a llover.

A las 11:30 llegó Jordi Bosch.

Veintiocho años. Ingeniero informático. Había sufrido un accidente de tráfico seis meses atrás. No había resultado herido

físicamente —ni un rasguño—, pero desde entonces no podía subirse a un coche sin sufrir un ataque de pánico.

—¿Has probado lo que hablamos? —preguntó Alba una vez que Jordi se hubo acomodado en el sofá.

—Sí. El lunes fui al aparcamiento. Me acerqué al coche. Abrí la puerta.

—¿Y?

—Y me quedé ahí, de pie, durante diez minutos. No pude entrar. Cada vez que intentaba meterme, era como si... como si el aire se volviera sólido. No podía respirar.

—Pero te acercaste. Abriste la puerta. Eso es progreso.

—No se siente como progreso. Se siente patético. Soy un hombre de veintiocho años que no puede subirse a un puto coche.

—Eres un hombre de veintiocho años cuyo cerebro está intentando protegerlo de algo que asocia con peligro mortal. No es patético. Es humano.

Jordi se frotó la cara con ambas manos.

—Mi jefe me ha dicho que si no vuelvo a la oficina presencialmente en dos semanas, me va a despedir. No puedo seguir teletrabajando indefinidamente.

—¿Has considerado usar transporte público?

—El metro me da claustrofobia. Los autobuses también. Es como si mi cerebro hubiera decidido que todos los vehículos son trampas mortales.

Alba anotó algo en su cuaderno.

—Vamos a probar algo diferente. Exposición gradual con técnicas de anclaje. Quiero que esta semana vayas al aparcamiento otra vez, pero esta vez vas a llevar algo que te haga sentir seguro. Un objeto. Algo que puedas tocar cuando sientas que el pánico empieza.

—¿Como qué?

—Lo que tú quieras. Una piedra. Una moneda. Un llavero. Lo importante es que sea algo táctil, algo que puedas manipular con las

manos mientras respiras. Y cuando sientas el pánico, quiero que te concentres en ese objeto. En su textura, su peso, su temperatura. Ancla tu mente en lo físico.

—¿Y eso funciona?

—No siempre. Pero a veces sí. Y si funciona, aunque sea un poco, será más de lo que tienes ahora.

Jordi asintió lentamente.

—Vale. Lo intentaré.

Trabajaron el resto de la sesión en ejercicios de respiración. Alba le enseñó la técnica 4-7-8: inhalar durante cuatro segundos, mantener durante siete, exhalar durante ocho. Le hizo practicar hasta que pudo hacerlo sin pensar.

—¿Sabes lo que más rabia me da? —dijo Jordi antes de irse —. Que el otro conductor se fue como si nada. Ni siquiera paró. Y yo soy el que está jodido. ¿Dónde está la justicia en eso?

Alba sostuvo su mirada.

—No la hay. A veces la gente hace daño y se va sin consecuencias. Pero tú sigues aquí. Sigues luchando. Eso cuenta.

Jordi sonrió, aunque fue una sonrisa triste.

—Gracias, doctora.

—Nos vemos la semana que viene. Y Jordi... aunque no puedas entrar en el coche todavía, el hecho de que lo intentes ya es valentía.

Cuando Jordi se fue, Alba tenía dos horas libres antes del siguiente paciente. Normalmente habría aprovechado para almorzar —una ensalada comprada en el Carrefour de la esquina, doscientas calorías exactas—, pero hoy no tenía hambre.

En su lugar, abrió el cajón secreto.

Sacó el cuaderno negro y pasó las páginas lentamente, releyendo las anotaciones de las últimas semanas. Sesión tras sesión de Ricardo Solís. El deterioro meticulosamente documentado. Las fotografías. Los análisis de sangre. Todo ordenado, categorizado, perfecto.

Había empezado esto con un objetivo claro: destruirlo. Hacerle sentir lo que ella había sentido. Quitarle el control. Reducirlo a nada.

Y estaba funcionando.

Ricardo se estaba deshaciendo. Física, mental, emocionalmente. En tres meses había perdido ocho kilos, su memoria era un desastre y su vida sexual estaba anulada. Su esposa lo miraba con desconfianza. Su hija estaba aterrorizada.

Debería sentirse satisfecha.

Debería sentirse victoriosa.

Pero lo que sentía era... nada.

Vacío.

Alba cerró el cuaderno y lo guardó. Luego sacó su móvil y abrió la aplicación de notas. Había algo que había escrito hace meses, cuando todo esto empezó. Un recordatorio.

"El objetivo no es hacerle daño. El objetivo es hacerle entender. Cuando ya no tenga control sobre su propio cuerpo, su propia mente, su propio futuro... cuando sepa lo que es estar a merced de alguien más fuerte... entonces lo entenderá. Entonces habrá justicia."

¿Lo entendía ya?

No estaba segura.

Ricardo todavía no sabía que ella era su víctima. Todavía confiaba en ella. Todavía la veía como su salvadora.

Eso tendría que cambiar.

Pronto.

A las seis de la tarde, después del último paciente del día, Alba cerró la consulta y caminó de vuelta a su piso en el Eixample.

Era una caminata de veinte minutos que hacía casi siempre, a menos que lloviera. Le gustaba moverse. Quemar calorías. Mantener el control.

Pasó por el Carrefour y compró su cena: una ensalada César sin pollo, un yogur griego sin azúcar, una manzana. Pagó en la caja automática sin hablar con nadie.

En casa, se quitó los zapatos en la entrada y los alineó perfectamente junto a los otros cuatro pares idénticos. Se quitó la ropa de trabajo y la metió en la cesta de ropa sucia. Se duchó con agua caliente, luego fría durante los últimos treinta segundos para activar la circulación.

Se pesó. 54,1 kilos.

Cien gramos más que por la mañana.

Un destello de pánico la atravesó. ¿Qué había comido? ¿Dónde estaban esos cien gramos? ¿El té con miel? ¿El café de media mañana? ¿Había calculado mal las calorías?

Respiró hondo. Una vez. Dos veces. Tres.

Cien gramos era fluctuación normal. Retención de líquidos. El ciclo menstrual. Nada grave.

Mañana volvería a estar en 54,0.

Se vistió con ropa cómoda —pantalones de yoga, camiseta vieja de una carrera solidaria a la que nunca fue— y cenó su ensalada frente al ordenador, viendo un capítulo de una serie danesa sobre una detective con problemas. Le gustaban las series nórdicas. La gente era fría, directa, sin sentimentalismos innecesarios.

Después de cenar, hizo una hora de yoga siguiendo un vídeo de YouTube. Posturas de equilibrio. Concentración. Control.

Lavó los platos dos veces.

Se cepilló los dientes durante tres minutos exactos.

Se acostó a las once en punto.

Y no pudo dormir.

Se quedó tumbada en la oscuridad, mirando el techo, con la mente yendo en círculos.

Pensó en Mercedes, que había tenido el coraje de dejar a su maltratador después de diecisiete años. En Jordi, que luchaba contra su propio cerebro para recuperar una vida normal.

Pensó en Lucía, que vendría el jueves y confiaría en ella porque no tenía a nadie más.

Pensó en Ricardo, inconsciente en el diván, a su merced.

¿Qué era ella?

¿Terapeuta? ¿Vengadora? ¿Víctima? ¿Perpetradora?

Todas y ninguna.

Giró hacia un lado y miró la mesilla de noche. Sobre ella había una fotografía en un marco pequeño. Era de hace nueve años, antes del ataque. Alba a los veinticinco, en una fiesta de fin de curso de su residencia. Sonriendo. Veinticinco kilos más pesada. El pelo oscuro y largo. Ropa holgada. Feliz.

No reconocía a esa persona.

Esa mujer había muerto en una sala de almacenamiento de una galería de arte. Lo que había sobrevivido era otra cosa. Algo nuevo. Algo más duro.

Algo que no sentía culpa cuando inyectaba drogas a un hombre inconsciente.

Algo que podía mirar a los ojos a una chica de diecisiete años y considerarla como pieza en un tablero.

Alba cerró los ojos y se obligó a respirar lenta, profundamente, hasta que el sueño llegó.

Soñó con habitaciones oscuras.

Con manos en su cuello.

Con una voz diciendo "tranquila, no pasa nada" mientras todo se oscurecía.

Despertó a las tres de la mañana, empapada en sudor frío.

Se levantó, fue al baño y se lavó la cara con agua helada.

Se miró en el espejo.

Ojos verdes. Pelo rubio. Cincuenta y cuatro kilos. Doctora Alba Montes. Profesional respetada. Terapeuta compasiva.

Excepto que no lo era.

No del todo.

No con él.

Volvió a la cama y no durmió más esa noche.

A las seis de la mañana se levantó, se pesó (54,0 kilos, perfecto), desayunó su yogur con granola y arándanos, y se preparó para otro día.

Otro día de ser dos personas a la vez.

La que ayudaba.

Y la que destruía.

Y ya no sabía cuál de las dos era real.

CAPÍTULO 8

Ricardo no podía dormir.

Eran las tres y cuarto de la mañana y llevaba dos horas tumbado en la cama, mirando el techo, escuchando la respiración profunda de Carmen a su lado. Ella dormía de espaldas a él, como siempre últimamente. Ni siquiera en sueños se acercaba ya.

No la culpaba.

Él tampoco querría estar cerca de sí mismo.

Se levantó con cuidado, intentando no despertar a Carmen, y salió del dormitorio descalzo. La casa estaba oscura y silenciosa. Desde el pasillo se oía el ronroneo suave del frigorífico en la cocina. Por la ventana del salón entraba la luz anaranjada de las farolas de la calle.

Ricardo fue hasta la cocina y se sirvió un vaso de agua del grifo. La bebió despacio, de pie frente a la ventana, mirando Barcelona de noche. Desde el sexto piso se veía la ciudad extenderse como un circuito eléctrico: luces de coches que se movían por las arterias principales, ventanas iluminadas donde otra gente tampoco podía dormir, el parpadeo lejano de un avión cruzando el cielo.

Dejó el vaso en el fregadero y se quedó ahí, con las manos apoyadas en el borde de la encimera.

Algo no estaba bien.

Más allá de lo obvio —los episodios de amnesia, los mareos, la disfunción sexual, el deterioro general de su salud mental—, había algo más. Algo que se movía en los bordes de su consciencia. Como una sombra que solo podías ver con el rabillo del ojo y que desaparecía cuando intentabas mirarla directamente.

Cerró los ojos e intentó concentrarse.

¿Qué era?

Un recuerdo. O algo parecido a un recuerdo. Fragmentado, borroso, como visto a través de un cristal empañado.

Una habitación. No, una sala. Grande. Paredes blancas. Techos altos. Cuadros colgados.

Una galería.

Ricardo abrió los ojos. El corazón le latía más rápido.

Sí. Una galería de arte. ¿Cuándo? ¿Dónde? No estaba seguro. Pero podía verla. O casi. Podía sentir el espacio. El olor a pintura fresca y vino tinto barato. El murmullo de conversaciones superpuestas.

Cerró los ojos de nuevo, forzando la imagen a hacerse más nítida.

Gente. Mucha gente. Vestidos elegantes. Trajes caros. Copas de vino en manos con manicura perfecta. Él estaba ahí, con un vaso en la mano. ¿De qué? ¿Vino? ¿Whisky? No lo recordaba.

Estaba hablando con alguien. Un marchante. ¿Martínez? ¿Jiménez? No importaba. Conversación aburrida sobre tendencias del mercado, sobre un artista emergente que no emergería nunca.

Y entonces la vio.

Apartada. Sola. En un rincón cerca de una escultura horrible de metal oxidado.

Una mujer.

Ricardo apretó los ojos con más fuerza, intentando enfocar la imagen.

¿Qué aspecto tenía?

Joven. Veintipocos, quizá. Pelo oscuro. ¿Largo? ¿Corto? No estaba seguro. Un vestido. Azul. No, marino. Demasiado grande. Le quedaba mal. Como si lo hubiera comprado en rebajas y no hubiera encontrado su talla.

Estaba incómoda. Se notaba. La forma en que sostenía su copa de vino —con ambas manos, como si fuera un salvavidas—. La

forma en que miraba a su alrededor sin hacer contacto visual con nadie.

Fuera de lugar.

Vulnerable.

Fácil.

Ricardo abrió los ojos de golpe.

Esa palabra. ¿Por qué había pensado esa palabra?

"Fácil."

El corazón le martilleaba ahora en el pecho. Fue hasta el salón y se dejó caer en el sofá, respirando con dificultad.

¿Qué significaba "fácil"? ¿Fácil de qué?

Cerró los ojos otra vez. El recuerdo seguía ahí, desarrollándose como una película.

Se acercó a ella. La mujer del vestido azul marino.

"¿Estás sola?"

Ella se sobresaltó ligeramente. No esperaba que nadie le hablara.

"Sí. Vine con compañeros pero... se han ido ya."

"Qué lástima. Una mujer como tú no debería estar sola en una fiesta."

¿De verdad había dicho eso? Sonaba a algo que diría. Encantador. Seguro. El tipo de frase que funcionaba porque tenía la cara adecuada, el traje adecuado, la sonrisa adecuada.

Ella se sonrojó. Apartó la mirada. Se tocó el pelo nerviosamente.

Le gustaba. Claro que le gustaba. Nadie como ella rechazaba atención de alguien como él.

"¿Quieres otra copa?"

"No debería... tengo que conducir."

"Una no te hará daño. Vamos. Te traigo algo mejor que esto." Señaló su copa de vino tinto barato.

Ella dudó. Pero asintió. Porque era educada. Porque no sabía decir que no. Porque chicas como ella no rechazaban oportunidades así.

Ricardo fue a la barra. Pidió dos copas de vino blanco. Mejor. Más caro. Mientras el camarero servía, Ricardo—

Se detuvo.

Ahí había un hueco. Un fragmento perdido. Como cuando una película se salta unos segundos.

Lo siguiente que recordaba era volver con las dos copas. Darle una a ella. Brindar.

Ella bebió. Sonrió. Dijo algo. ¿Qué? No lo recordaba. Pero bebió. Y volvió a beber.

Conversaron. ¿De qué? Arte, quizá. Él fingió interés en su opinión sobre los cuadros. Ella se animó. Empezó a hablar más. A relajarse.

Bebió más.

Y entonces—

Ricardo se levantó del sofá bruscamente.

Se sentía enfermo. Mareado. Como si el suelo se moviera bajo sus pies.

Fue al baño del pasillo y se echó agua fría en la cara. Se miró en el espejo. Estaba pálido. Sudoroso. Los ojos demasiado abiertos.

¿Qué estaba recordando?

¿Qué había pasado con esa mujer?

Intentó volver al recuerdo pero ahora era más difícil. Como si su cerebro hubiera levantado un muro de protección.

Fragmentos. Solo fragmentos.

Una mano en su espalda baja. Guiándola.

"Hay una pieza en la sala de atrás que tienes que ver."

El clic de una puerta cerrándose.

Una habitación más pequeña. Más oscura. Cuadros apoyados contra la pared. Cajas de embalaje.

La mujer girándose hacia él. Confundida. "¿Qué...?"

Y entonces—

Nada.

Negro.

Como si alguien hubiera apagado un interruptor.

Ricardo salió del baño y volvió al salón. Se sentó en el sofá con la cabeza entre las manos.

¿Qué le había hecho a esa mujer?

No lo sabía.

Pero lo sentía.

Sentía la culpa como un peso físico en el pecho. Como algo vivo que se retorcía en sus entrañas.

Había hecho algo terrible.

Algo imperdonable.

Miró el reloj de pared: 3:42 AM.

Sin pensar, tomó su móvil de la mesita de café y buscó en sus contactos. Ahí estaba. "Dra. A. Montes - Emergencias".

Ella le había dicho que podía llamar en cualquier momento. "Para eso estoy", había dicho.

Pulsó el botón de llamada antes de poder cambiar de opinión.

Dos tonos. Tres. Cuatro.

Tal vez no contestaría. Eran casi las cuatro de la mañana. Era ridículo esperar que—

Click.

"¿Ricardo?" La voz de la doctora Montes sonaba sorprendentemente despierta. Sin rastro de sueño. "¿Estás bien?"

"Yo... lo siento. No debería haber llamado. Es muy tarde."

"No te preocupes. ¿Qué ha pasado?"

Ricardo se frotó la cara con la mano libre.

"Estoy... estoy recordando algo. Creo. No sé si es un recuerdo real o una alucinación o qué, pero..."

"Respira hondo. Cuéntamelo despacio."

"Hay una mujer. En una galería de arte. Hace... no sé cuánto tiempo. Años, creo. Y yo... yo hice algo. Algo malo."

Silencio al otro lado de la línea. Luego:

"¿Qué crees que hiciste?"

"No lo sé. No puedo... no puedo ver más allá de cierto punto. Pero siento que fue terrible. Lo siento aquí." Se golpeó el pecho. "Como si mi cuerpo recordara aunque mi mente no pueda."

"Está bien. Eso es normal en casos de memoria reprimida. El cuerpo guarda la memoria del trauma incluso cuando la mente la bloquea."

"Pero, ¿y si el trauma no es mío? ¿Y si soy yo el que causó el trauma?"

Otra pausa.

"¿Crees que lastimaste a alguien?"

Ricardo cerró los ojos. Las lágrimas le quemaban detrás de los párpados.

"Creo que sí. No sé qué hice exactamente, pero... sí. Creo que lastimé a alguien."

"Ricardo, escúchame. Lo que estás experimentando es muy importante. Son recuerdos emergentes. Tu mente está intentando procesar algo que ha mantenido enterrado durante mucho tiempo. Pero no podemos forzarlo. Si intentas recordar demasiado rápido, tu cerebro volverá a bloquearlo."

"Necesito saber qué hice. Necesito recordar."

"Y lo harás. Pero de forma segura. En terapia. Conmigo. ¿Puedes esperar hasta el martes?"

"Eso es... son tres días."

"Lo sé. Pero vamos a trabajar esto juntos. De forma controlada. ¿De acuerdo?"

Ricardo se limpió los ojos con el dorso de la mano.

"De acuerdo."

"Mientras tanto, quiero que hagas algo por mí. Cuando sientas que los recuerdos vienen, no luches contra ellos. Pero

tampoco los fuerces. Solo déjalos venir. Obsérvelos como si fueran una película. Sin juzgar. Sin intentar cambiarlos. Solo mira."

"¿Y si lo que veo es... horrible?"

"Entonces lo enfrentaremos juntos. Pero Ricardo..." La voz de la doctora se suavizó. "El hecho de que estés sintiendo culpa es importante. Significa que tienes consciencia moral. Significa que, sea lo que sea lo que pasó, te importa. Eso cuenta."

Ricardo asintió, aunque ella no podía verlo.

"Gracias, doctora. Siento haberla despertado."

"No me has despertado. No estaba durmiendo."

"¿También tiene insomnio?"

Una pausa breve.

"A veces. Viene con el trabajo."

"Debe ser difícil. Escuchar los problemas de gente como yo todo el día."

"No es difícil. Es para lo que estoy aquí."

Ricardo escuchó algo en su voz. Algo que no pudo identificar. ¿Cansancio? ¿Tristeza? ¿O era solo su imaginación?

"Descansa, Ricardo. Y llámame si necesitas algo. En cualquier momento. Lo digo en serio."

"Lo haré. Gracias."

Colgó.

Se quedó sentado en el sofá durante mucho tiempo, con el móvil en la mano, mirando la pantalla negra.

La doctora Montes estaba despierta a las cuatro de la mañana. ¿Por qué? ¿También ella tenía demonios? ¿También ella cargaba con cosas que no podía procesar?

Le gustaba eso. Que no fuera perfecta. Que fuera humana.

Confiaba en ella. Completamente. Más que en Carmen, incluso. Porque Carmen lo miraba con miedo y decepción. Pero la doctora Montes lo miraba con... comprensión. Sin juicio. Como si entendiera que la gente podía hacer cosas terribles y aun así merecer redención.

Volvió al dormitorio y se tumbó en la cama. Carmen seguía durmiendo, ajena a todo.

Ricardo cerró los ojos.

La mujer del vestido azul seguía ahí, en los bordes de su consciencia. Esperando.

"Lo siento", susurró en la oscuridad. "Quien quiera que seas. Lo siento mucho."

Y por primera vez en meses, se durmió.

No fue un sueño tranquilo.

Soñó con habitaciones oscuras y puertas que se cerraban.

Soñó con manos que empujaban.

Soñó con una voz —su propia voz— diciendo "tranquila, no pasa nada" mientras alguien lloraba.

Despertó a las ocho de la mañana empapado en sudor, con el corazón desbocado y la certeza absoluta de que era culpable de algo imperdonable.

Solo que no sabía exactamente de qué.

Todavía.

Al otro lado de la ciudad, en su piso del Eixample, Alba Montes colgó el teléfono y se quedó sentada en la cama en la oscuridad.

Había contestado al primer tono. Porque estaba despierta, como siempre. Porque el insomnio era su estado natural desde hacía ocho años.

Ricardo estaba recordando.

Fragmentos. Imágenes. Sensaciones. Todavía no sabía que la mujer del vestido azul era ella. Todavía no conectaba los puntos.

Pero estaba cerca.

Muy cerca.

Alba fue hasta la ventana y miró Barcelona de noche. Las mismas luces que Ricardo estaba mirando desde Sarrià. La misma ciudad. Pero mundos diferentes.

Él la había llamado pidiendo ayuda.
A ella.
A la mujer que estaba destruyéndolo sistemáticamente.
La ironía era casi perfecta.
Alba apoyó la frente contra el cristal frío de la ventana.
"Estamos cerca", susurró. "Muy cerca del final."
Pero no estaba segura de si hablaba con Ricardo.
O consigo misma.

CAPÍTULO 9

Ocho años atrás Barcelona, 15 de julio de 2016

Alba no quería estar ahí.

Estaba de pie en la esquina de la Galería Blanc, cerca de una escultura de metal retorcido que probablemente costaba más que su salario de un año, sosteniendo una copa de vino tinto que ya estaba tibio y preguntándose cuánto tiempo más tendría que quedarse antes de poder irse sin parecer maleducada.

Media hora, decidió. Treinta minutos más y se inventaría una excusa. Dolor de cabeza. Cansancio. Un paciente en crisis. Cualquier cosa.

Miró el reloj de su móvil: 21:47. Podía irse a las diez y cuarto. Perfectamente razonable.

—¿Alba? ¿Sigues aquí?

Se giró. Era Marta, una de las otras residentes de psiquiatría del Hospital Clínic. Llevaba un vestido negro ceñido que le quedaba perfecto, el tipo de vestido que Alba nunca se atrevería a usar. Tacones altos. Maquillaje impecable. El pelo recogido en un moño elegante.

Todo lo que Alba no era.

—Sí, aquí sigo —dijo Alba, intentando sonar casual.

—¿Has visto a los demás? Creo que se han ido ya. Raúl tenía guardia mañana temprano y Clara dijo algo sobre quedar con su novio.

—No, no los he visto.

Marta le lanzó una mirada que Alba conocía bien. Lástima. Pena por la chica gorda que nadie invitaba a nada, que se quedaba

sola en las fiestas, que comía su almuerzo en la sala de descanso del hospital mientras los demás iban a tomar cañas.

—¿Te quedas? Hay un artista que quiero conocer. Dicen que es el próximo gran talento emergente o algo así. Puras tonterías, seguramente, pero nunca se sabe.

—No, yo... creo que me voy a ir pronto. Estoy cansada.

—Como quieras. —Marta le dio un apretón rápido en el brazo —. Nos vemos el lunes.

Se alejó con sus tacones repiqueteando contra el suelo de mármol, y Alba se quedó sola otra vez.

Miró a su alrededor. La galería era enorme, con techos altos y paredes blancas impolutas donde colgaban cuadros abstractos que Alba no entendía. Gente elegante circulaba con copas de vino, conversando en voz baja sobre composición y paleta de colores y otras cosas que sonaban importantes pero que Alba sospechaba que la mitad no entendía realmente.

Se sentía como una impostora.

El vestido azul marino que llevaba —comprado en las rebajas de Mango tres semanas atrás— le quedaba demasiado grande. Talla 44 porque la 42 no le entraba bien en las caderas, pero ahora le colgaba holgado en los hombros. Los zapatos eran planos, cómodos, sensatos. Nada de tacones. Nunca tacones. No con sus ochenta y nueve kilos.

No llevaba maquillaje más allá de un poco de rímel y pintalabios rosado que se había puesto en el baño del hospital antes de venir. El pelo largo y oscuro lo llevaba suelto, sin peinar realmente, solo cepillado.

Se sentía invisible.

Y odiaba sentirse invisible.

Pero también odiaba ser vista.

Era una contradicción que no sabía cómo resolver.

Bebió un sorbo de vino. Estaba malo. Ácido. Demasiado barato para un evento que pretendía ser sofisticado. Alguien había

escatimado en algo.

Miró el reloj otra vez: 21:51. Todavía veinticuatro minutos.

Suspiró y se apoyó ligeramente contra la pared, intentando parecer interesada en el cuadro que tenía delante. Era una mancha azul gigante sobre fondo blanco. Según la plaquita de al lado, se titulaba "Vacío interior nº 3" y costaba doce mil euros.

Alba pensó que podría pintar algo así en cinco minutos. Pero nadie le pagaría doce mil euros por ello.

—Es horrible, ¿verdad?

La voz llegó desde su derecha. Masculina. Cálida. Con un toque de humor.

Alba se giró.

Un hombre estaba de pie junto a ella, mirando el mismo cuadro con expresión divertida. Cuarenta y tantos, calculó Alba. Quizá cuarenta y cinco. Traje gris perfectamente cortado. Camisa blanca sin corbata. Zapatos caros. Pelo oscuro con algunas canas en las sienes. Rostro... atractivo. No guapo de forma evidente, pero sí atractivo. Mandíbula fuerte. Ojos oscuros. Sonrisa fácil.

—¿Perdón? —dijo Alba.

—El cuadro. Es horrible. Una mancha azul. Y cobran doce mil euros por ello. Es un robo a plena luz del día. Bueno, a plena luz de galería. —Sonrió—. Pero supongo que no podemos decirlo en voz alta. Nos echarían.

Alba sintió que se relajaba ligeramente.

—Pensaba lo mismo. Pero no sé nada de arte. Probablemente hay alguna profundidad que no estoy viendo.

—No la hay. Créeme. Llevo veinte años en este negocio. A veces una mancha azul es solo una mancha azul. —Le tendió la mano—. Ricardo Solís.

Alba dudó un segundo, luego le estrechó la mano. Su apretón era firme pero no agresivo.

—Alba Ramírez.

—¿Primera vez en una inauguración?

—¿Tan evidente es?

Ricardo se rió.

—Un poco. Tienes esa mirada de "¿qué hago aquí?" que todos tenemos la primera vez. Créeme, yo también la tuve. Hace mucho tiempo.

—¿Y ahora ya no?

—Ahora finjo que entiendo de lo que habla la gente. Funciona sorprendentemente bien.

Alba sonrió a pesar de sí misma.

—¿A qué te dedicas? —preguntó él.

—Soy... estoy haciendo la residencia de psiquiatría. En el Clínic.

—Ah. Una doctora. Impresionante.

—Todavía no soy doctora. Solo residente.

—Pero lo serás. —Ricardo le lanzó una mirada evaluativa, pero no incómoda. Más bien... interesada—. ¿Y qué hace una futura psiquiatra en una galería de arte un viernes por la noche?

—Vine con compañeros del hospital. Pero creo que ya se han ido.

—¿Te dejaron sola? Qué maleducados.

Alba se encogió de hombros.

—Tenían cosas que hacer. No pasa nada.

—Sí pasa. Una mujer como tú no debería estar sola en una fiesta.

Alba parpadeó. ¿"Una mujer como tú"? ¿Qué significaba eso?

Ricardo debió notar su confusión porque añadió rápidamente:

—Quiero decir, eres médico. Debes tener historias fascinantes. Gente loca haciendo cosas locas. Mucho más interesante que hablar de manchas azules.

—En realidad, los pacientes psiquiátricos no suelen hacer cosas "locas". Esa es una idea equivocada muy—

Se detuvo. Estaba dando una lección. Como siempre. Era uno de sus defectos: convertir cualquier conversación en una clase magistral.

Pero Ricardo sonreía.

—Me lo merezco. He usado un término ofensivo. Perdón. ¿Pacientes con... desafíos mentales?

—Mejor.

—¿Ves? Ya estás cumpliendo tu papel de doctora. Corrigiendo al ignorante.

Alba no sabía si se estaba burlando de ella o no. Pero no parecía malicioso. Solo... juguetón.

—¿Y tú? —preguntó ella—. ¿A qué te dedicas?

—Vendo arte. Tengo una galería en Sarrià. Menos pretenciosa que esta. —Señaló alrededor con un gesto vago—. Trabajo con artistas emergentes. Les ayudo a vender. Me quedo con un porcentaje. No es glamoroso, pero paga las facturas.

—Suena interesante.

—Suena aburrido, pero aprecio la educación. —Ricardo miró su copa de vino—. ¿Ese es el tinto de mierda que están sirviendo?

—Sí.

—No puedo permitirlo. Espera aquí.

Antes de que Alba pudiera protestar, Ricardo se alejó hacia la barra improvisada en el otro extremo de la sala. Alba lo observó moverse entre la multitud con esa confianza fácil de alguien que estaba acostumbrado a espacios así. Alguien que pertenecía.

Volvió dos minutos después con dos copas de vino blanco.

—Prueba esto. Es infinitamente mejor.

—No debería... tengo que conducir luego.

—Una copa no te hará daño. Además, este es bueno de verdad. Albariño. De una bodega en Galicia que descubrí el año pasado.

Alba vaciló. Pero sería maleducado rechazarlo después de que se había tomado la molestia. Aceptó la copa.

—Gracias.

—De nada.

Brindaron. Alba bebió un sorbo. Ricardo tenía razón: era muchísimo mejor. Suave, afrutado, fresco.

—¿Ves? Te dije que merecía la pena.

Siguieron hablando. Ricardo le preguntó por su trabajo, por qué había elegido psiquiatría, qué tipo de pacientes veía. Alba se sorprendió a sí misma contándole cosas. Sobre un paciente con esquizofrenia que había tenido un avance importante esa semana. Sobre lo difícil que era equilibrar empatía con distancia profesional. Sobre cómo a veces se sentía completamente fuera de su profundidad.

Ricardo escuchaba. De verdad escuchaba. No miraba por encima de su hombro buscando a alguien más interesante. No interrumpía con anécdotas sobre sí mismo. Solo... escuchaba.

Y por primera vez en mucho tiempo, Alba se sintió vista.

—¿Más vino? —preguntó Ricardo, señalando su copa vacía.

Alba miró. ¿Cuándo se lo había terminado? Ni siquiera se había dado cuenta.

—No debería...

—Venga. Solo una más. Luego te dejo ir a casa.

Algo en la forma en que lo dijo —"te dejo ir"— le produjo un pequeño escalofrío. Pero lo descartó. Era solo una expresión.

—Está bien. Una más.

Ricardo sonrió y volvió a la barra.

Alba se quedó ahí, sintiéndose... bien. Ligeramente mareada, pero bien. El vino le había dado una calidez agradable en el estómago. Y hablar con Ricardo era fácil. No tenía que fingir. No tenía que ser más delgada o más guapa o más interesante.

Podía ser ella misma.

Ricardo volvió con dos copas más.

—Por las psiquiatras valientes que soportan gente como yo —brindó.

Alba se rió y brindó con él.

Bebió.

Siguieron hablando. Sobre Barcelona. Sobre la gentrificación del Raval. Sobre el precio imposible de los pisos. Sobre cómo Ricardo había nacido en la ciudad pero ya no la reconocía.

Alba bebió más vino.

Y entonces, sin previo aviso, la sala se inclinó ligeramente.

Solo un poco. Apenas perceptible. Como estar en un barco en aguas tranquilas.

Alba parpadeó. Se agarró al borde de la mesa que tenía al lado.

—¿Estás bien? —preguntó Ricardo.

—Sí. Solo... un poco mareada. El vino.

—Quizá deberías sentarte. Hay una sala más tranquila en la parte de atrás. Con menos gente. Menos ruido.

—No, estoy bien. Es solo que...

La sala volvió a inclinarse. Esta vez más.

Las luces parecían demasiado brillantes. Los sonidos demasiado fuertes. El murmullo de conversaciones se convirtió en un rugido indistinguible.

—Ven —dijo Ricardo, tomándola suavemente del codo—. Vamos a sacarte de aquí. Necesitas aire.

Alba quería decir que no. Que podía irse sola. Que solo necesitaba... ¿qué necesitaba?

No lo sabía.

Las piernas le pesaban. Como si fueran de plomo.

—Por aquí —dijo Ricardo, guiándola.

Alba dejó que la guiara. No tenía mucha opción. Sus piernas se movían pero no sentía que las estuviera controlando ella.

Atravesaron la sala principal. Luego un pasillo más estrecho. Había menos gente aquí. Menos luz.

—Hay una pieza en la sala de almacenamiento que quiero que veas —dijo Ricardo—. Es increíble. No está expuesta todavía pero el artista es amigo mío.

¿Sala de almacenamiento?

Eso no sonaba bien.

Alba intentó detenerle pero su boca no respondía correctamente.

"No... quiero..."

Las palabras salieron arrastradas. Ininteligibles.

Ricardo abrió una puerta. La habitación detrás era pequeña, oscura. Olía a pintura y a cartón. Había cuadros apoyados contra las paredes. Cajas.

"Entra. Solo un segundo."

Algo en su voz había cambiado. Ya no era cálida. Era... otra cosa.

Alba intentó retroceder pero Ricardo tenía su mano en la espalda baja. Empujando. Suave pero firme.

Entró a la habitación.

La puerta se cerró detrás de ellos.

Click.

"¿Qué...?" La voz de Alba era un susurro.

Ricardo se giró hacia ella. La sonrisa había desaparecido. Lo que quedaba era otra cosa. Algo frío. Calculador.

"Tranquila", dijo. "No pasa nada."

Pero sí pasaba.

Algo pasaba.

Alba intentó caminar hacia la puerta pero sus piernas no funcionaban. Se tambaleó.

Ricardo la agarró. Fácilmente. Como si no pesara nada.

"Shhh. Vas a estar bien."

No.

No iba a estar bien.

Alba lo supo con una claridad terrible y absoluta.

Pero su cuerpo no le respondía.

Su boca no formaba palabras.

Solo podía ver mientras Ricardo la guiaba —la arrastraba— hacia el fondo de la habitación.

"He estado observándote toda la noche", dijo él, con voz casual. Conversacional. "Sabía que vendrías sola. Chicas como tú siempre están solas."

Chicas como tú.

"Y sabía que dirías que sí. Al vino. A venir aquí. Porque chicas como tú no rechazan atención de hombres como yo. ¿Verdad?"

Alba quería gritar.

Pero no podía.

El mundo se estaba oscureciendo en los bordes. Como si alguien estuviera bajando las luces muy despacio.

Lo último que vio con claridad fue el rostro de Ricardo.

Los mismos ojos oscuros que habían parecido cálidos hace veinte minutos.

Ahora solo estaban... vacíos.

Y entonces todo se volvió negro.

CAPÍTULO 10

Alba volvió en sí por fragmentos.

Primero, el dolor.

Agudo. Desgarrador. Entre las piernas. En la parte baja de la espalda. En la nuca donde su cabeza había golpeado contra algo duro.

Luego, la confusión.

¿Dónde estaba? La habitación era oscura. Olía a pintura y a algo más. Algo orgánico. Sudor. ¿Sangre?

Intentó moverse.

No podía.

Su cuerpo no respondía. Como si estuviera desconectado de su cerebro. Podía sentirlo —Dios, podía sentir demasiado— pero no podía controlarlo.

Algo pesado sobre ella. Presión en el pecho. En los muslos.

Un ruido. Respiración agitada que no era suya.

Y entonces, como si alguien hubiera encendido una luz terrible dentro de su cabeza, Alba entendió.

No estaba sola.

Ricardo.

Ricardo estaba—

No.

No, no, no, no.

Alba intentó gritar pero su garganta no producía sonido. Solo un gemido ahogado que ni siquiera sonaba humano.

—Shhh. —La voz de Ricardo llegaba desde muy lejos. Desde otro universo—. Ya casi termino.

Ya casi termino.

Como si fuera un trámite. Una tarea. Algo que tachar de una lista.

Alba sintió que su mente se fracturaba.

Una parte de ella estaba ahí, en esa habitación oscura, sintiendo cada segundo de lo que estaba pasando. El peso. El dolor. La violación de su cuerpo de la forma más literal posible.

Pero otra parte —la parte que acabaría dominando, la parte que le permitiría sobrevivir— se separó.

Se elevó.

Flotó hacia el techo y miró hacia abajo.

Desde ahí arriba podía ver la escena con una claridad terrible y clínica.

Una habitación de almacenamiento. Aproximadamente cuatro metros por cinco. Cuadros apoyados contra las paredes. Cajas de cartón apiladas. Una luz fluorescente parpadeante en el techo.

En el suelo, cerca de la puerta: un vestido azul marino arrugado. Ropa interior. Un zapato.

Y en el centro de la habitación: dos cuerpos.

Uno encima. Uno debajo.

El de encima se movía con una eficiencia mecánica. Haciendo lo que había venido a hacer.

El de debajo estaba inmóvil. Los ojos abiertos pero sin ver. La boca entreabierta. Un hilo de saliva en la comisura de los labios. Las piernas abiertas en un ángulo antinatural.

Ese cuerpo de abajo era suyo.

Alba lo sabía de forma abstracta.

Pero no lo sentía como suyo.

No podía.

Si lo sentía como suyo, si reconocía que eso le estaba pasando a ella, se volvería loca.

Así que observó desde arriba. Como una cámara de seguridad. Como un testigo. Como alguien viendo una película horrible que no podía apagar.

Observó mientras Ricardo terminaba.

Observó mientras se apartaba, se abrochaba los pantalones, se alisaba la camisa.

Observó mientras se agachaba junto al cuerpo —junto a su cuerpo— y decía:

"Tranquila. Ya pasó."

Como si fuera algo que le hubiera pasado a ella. Un accidente. Una tormenta. No algo que él había hecho deliberadamente.

"Te drogué", dijo Ricardo con una voz extrañamente educada. Conversacional. "Rohypnol. En el segundo vino. Probablemente no recuerdes esto. La mayoría no recuerda. Pero por si acaso..."

Se inclinó más cerca. Alba podía oler su colonia cara mezclada con sudor.

"Tú querías esto. Viniste aquí conmigo. Bebiste el vino. Dijiste que sí. ¿Entiendes? Dijiste que sí."

No había dicho que sí.

No había dicho nada.

No había podido.

"Si se lo cuentas a alguien", continuó Ricardo, "nadie te va a creer. Mírate. ¿Quién va a creer que yo te forcé? Podría tener a quien quisiera. ¿Por qué te elegiría a ti?"

Cada palabra era un cuchillo.

Peor que el dolor físico.

Porque sabía que tenía razón.

Nadie la creería.

Una chica gorda y fea acusando a un hombre atractivo y rico.

"Además", añadió Ricardo, poniéndose de pie, "probablemente ni siquiera recuerdes esto mañana. El Rohypnol es

muy bueno para eso. Así que... olvídalo. Fue solo una noche. Nada importante."

Nada importante.

Alba escuchó pasos. La puerta abriéndose. Cerrándose.

Silencio.

Se quedó ahí, tumbada en el suelo frío, incapaz de moverse.

Esa parte de ella que flotaba sobre su cuerpo seguía observando. Documentando. Porque si no documentaba, si no convertía esto en algo clínico y objetivo, no sobreviviría.

Observó mientras los minutos pasaban.

Cinco.

Diez.

Quince.

Lentamente, muy lentamente, el efecto de la droga empezó a disiparse.

Primero los dedos. Pudo moverlos. Apenas. Como si pertenecieran a otra persona.

Luego los brazos. Pesados. Torpes.

Las piernas.

Alba se incorporó apoyándose en los codos. El mundo giró violentamente. Se quedó quieta, esperando a que parara.

No paró.

Vomitó. Vino blanco y bilis. Sobre el suelo de cemento.

Se limpió la boca con el dorso de la mano.

Miró hacia abajo.

Estaba desnuda de cintura para abajo. Había sangre en sus muslos. No mucha. Pero suficiente.

Suficiente para saber que esto había pasado de verdad.

No era una pesadilla.

No era una alucinación.

Había pasado.

Alba se arrastró hacia donde estaba su ropa. Cada movimiento enviaba ondas de dolor a través de su cuerpo. Entre las piernas. En la espalda. En el abdomen.

Se puso la ropa interior con manos temblorosas. El vestido. Los zapatos.

Se puso de pie apoyándose contra la pared.

Tenía que salir de ahí.

Abrió la puerta con cuidado. El pasillo estaba vacío. Desde la sala principal llegaba todavía el murmullo de conversaciones. La fiesta continuaba. Como si nada.

Alba caminó por el pasillo. Un paso. Otro. Las piernas apenas la sostenían.

Pasó junto a un baño. Entró.

Se miró en el espejo.

Una desconocida le devolvió la mirada.

Pelo revuelto. Rímel corrido. Labios hinchados. Ojos... vacíos.

Alba se lavó la cara. El agua fría le quemaba la piel.

Se arregló el pelo como pudo.

Se limpió el rímel de debajo de los ojos.

Intentó parecer... normal.

Porque si parecía normal, podría fingir que era normal.

Podría fingir que esto no había pasado.

Salió del baño.

Atravesó la sala principal. Nadie la miró. Por supuesto que no. Era invisible. Siempre lo había sido.

Salió a la calle.

El aire de julio era cálido y húmedo. Barcelona de noche. Luces. Coches. Gente riendo en las terrazas.

El mundo seguía funcionando como si nada.

Como si ella no acabara de ser violada en una sala de almacenamiento.

Alba caminó hasta su coche. Un Seat Ibiza viejo aparcado tres calles más allá.

Se sentó en el asiento del conductor.

Cerró la puerta.

Y entonces, solo entonces, se permitió temblar.

No lloró.

Todavía no.

Solo se quedó sentada, temblando, con las manos agarradas al volante.

¿Cuánto tiempo? No lo sabía. Cinco minutos. Una hora. El tiempo había dejado de tener sentido.

Finalmente arrancó el coche.

Condujo a casa en piloto automático. No recordaría después cómo llegó. Qué calles tomó. Si respetó los semáforos.

Solo recordaría llegar.

Su piso en Gràcia. Un cuarto piso sin ascensor. Pequeño. Barato. Pero suyo.

Subió las escaleras agarrándose a la barandilla. Cada escalón era una agonía.

Abrió la puerta.

Cerró con llave detrás de ella.

Dejó el bolso en el suelo.

Fue directa al baño.

Se quitó la ropa. Todo. El vestido azul marino que nunca volvería a usar. La ropa interior manchada de sangre. Todo fue a parar al suelo.

Se metió en la ducha.

Abrió el agua. Caliente. Tan caliente que le quemaba la piel.

Se frotó. Los brazos. Las piernas. Entre las piernas donde todavía podía sentirlo.

Se lavó el pelo tres veces.

Se enjabonó cuatro.

No era suficiente.

Nunca sería suficiente.

Porque no podía lavarse por dentro.

El agua se volvió fría. Alba ni siquiera se había dado cuenta de cuánto tiempo llevaba ahí.

Cerró el grifo.

Se quedó de pie en la ducha, goteando, mirando el desagüe.

Rosa. El agua era rosa.

Sangre diluida.

Alba salió de la ducha. Se envolvió en una toalla. Se miró en el espejo empañado.

Todavía esa desconocida.

Se fue a la cama y se tumbó encima de las sábanas, todavía mojada, todavía envuelta en la toalla.

Cerró los ojos.

Su mente le ofrecía fragmentos. Imágenes. Sensaciones.

Las apartó.

Si las miraba, se desmoronaría.

Así que no las miró.

Se quedó tumbada en la oscuridad y esperó a que llegara el sueño.

No llegó.

Pasaron tres días.

Alba no fue al hospital. Llamó diciendo que tenía gripe. Fiebre. Nada grave. Volvería el lunes.

Se quedó en el piso.

No comió. No podía. Cada vez que intentaba tragar, su garganta se cerraba.

Bebió agua. Apenas.

Durmió en fragmentos de veinte minutos. Cada vez que cerraba los ojos, estaba de vuelta en esa habitación.

El cuarto día, se despertó con un dolor agudo en el abdomen.

Fue al baño y vio la sangre.

No era su período. Faltaban dos semanas.

Era otra cosa.

El dolor empeoró durante el día. Como si alguien le clavara un cuchillo y lo retorciera.

A las ocho de la noche, Alba ya no podía estar de pie.

Llamó a un taxi. Le pidió que la llevara a urgencias del Hospital Clínic.

El trayecto fue una tortura. Cada bache en la carretera enviaba ondas de agonía a través de su cuerpo.

En urgencias, una enfermera la vio inmediatamente. El dolor debía ser evidente en su rostro.

—¿Cuánto llevas sangrando? —preguntó la enfermera.

—Horas. No lo sé.

—¿Estás embarazada?

—No. No puedo... no creo.

La enfermera miró algo en su cara. Algo que la hizo cambiar de tono.

—¿Te ha hecho daño alguien?

Alba no respondió.

La enfermera apretó los labios.

—Voy a llamar a un médico. Espera aquí.

Veinte minutos después, Alba estaba en una camilla siendo examinada por una doctora que no conocía. Una ginecóloga de guardia.

La doctora era profesional. Amable. Pero Alba podía ver la preocupación en sus ojos.

—Tienes laceraciones vaginales severas —dijo después del examen—. Y una posible perforación uterina. Voy a necesitar hacerte una ecografía. ¿Puedes decirme qué pasó?

Alba miró el techo. Las luces fluorescentes parpadeaban ligeramente.

—Me agredieron. Hace cuatro días.

—¿Denunciaste?

—No.

—¿Por qué no?

Porque nadie me creería.

Porque tenía razón.

Porque mírame.

—No lo sé.

La doctora se sentó en el taburete rodante junto a la camilla.

—Alba, las lesiones que tienes son graves. Hay infección. Por eso tienes dolor. Necesito operarte. Limpiar las heridas. Probablemente antibióticos intravenosos durante varios días. Y después... después tendríamos que hablar sobre las consecuencias a largo plazo.

—¿Qué consecuencias?

La doctora vaciló.

—Prefiero no especular hasta tener los resultados de la ecografía. Pero quiero que estés preparada para la posibilidad de que haya daño permanente.

Daño permanente.

Dos palabras que cambiarían todo.

Alba asintió.

—Está bien.

—¿Quieres que llamemos a la policía? Puedes denunciar todavía. Hay un kit de violación que podemos—

—No. No quiero denunciar.

—Alba...

—No.

La doctora suspiró pero no insistió.

—Está bien. Es tu decisión. Pero voy a documentar todo en tu historia clínica. Por si cambias de opinión.

La operaron esa noche.

Anestesia general. Alba se durmió contando hacia atrás desde diez.

Nueve.

Ocho.

Siete.

Negro.

Despertó en una habitación de hospital. Luz grisácea entrando por la ventana. ¿Mañana? ¿Qué hora era?

Una enfermera estaba tomando sus constantes.

—¿Cómo te sientes?

—Rara. Aturdida.

—Es normal. La anestesia tardará unas horas en desaparecer del todo.

—¿Qué... qué pasó?

—La doctora vendrá a hablar contigo. Descansa.

La doctora llegó dos horas después.

Se sentó junto a la cama con una carpeta en las manos.

—¿Cómo estás?

—Dolorida.

—Es normal. Te hemos dado analgésicos pero van a pasar unos días hasta que te sientas mejor. —Hizo una pausa—. Alba, hemos tenido que hacer una reparación bastante extensa. Las laceraciones eran profundas. Había infección en el útero y en las trompas de Falopio. Hemos hecho todo lo posible por preservar tu fertilidad, pero...

Alba sintió que se le congelaba la sangre.

—¿Pero?

—Pero el daño era considerable. Las trompas tienen cicatrices severas. Es posible que queden bloqueadas. Y el útero... hay perforación que hemos reparado, pero el tejido cicatricial podría dificultar la implantación.

—¿Qué significa eso?

La doctora la miró con una compasión que Alba odió.

—Significa que probablemente no puedas quedarte embarazada. Y si lo consigues, será difícil mantener el embarazo. Lo siento mucho.

Probablemente no puedas quedarte embarazada.

Alba escuchó las palabras pero no las procesó. No todavía.

—¿Hay algo que pueda hacer?

—Podemos esperar. Ver cómo cicatriza. Hacerte pruebas en unos meses. Pero quiero ser honesta contigo: las probabilidades no son buenas.

Alba asintió lentamente.

—Está bien. Gracias por decírmelo.

La doctora le puso una mano en el brazo.

—Sé que esto es terrible. Pero quiero que sepas que hay opciones. Adopción. Gestación subrogada si consigues óvulos viables. No es el fin de todo.

Pero lo era.

No del mundo.

Pero sí del mundo que Alba había imaginado.

La doctora se fue.

Alba se quedó tumbada en la cama del hospital, mirando el techo.

Ricardo Solís no solo la había violado.

Le había robado su futuro.

Le había quitado la posibilidad de tener hijos.

Había tomado algo que ni siquiera sabía que quería hasta que supo que no podía tenerlo.

Y lo había hecho en veinte minutos en una sala de almacenamiento.

Como si no fuera nada importante.

Alba cerró los ojos.

Y por primera vez desde aquella noche, lloró.

No paró durante horas.

CAPÍTULO 11

Alba pasó cinco días en el hospital.

Antibióticos intravenosos cada seis horas. Analgésicos que la dejaban flotando en una bruma gris donde el dolor era real pero distante. Enfermeras que entraban y salían, tomando constantes, cambiando vías, preguntando siempre con esa voz suave y cuidadosa: "¿Cómo estás? ¿Necesitas algo?"

No necesitaba nada.

Todo lo que había necesitado ya se lo habían quitado.

El tercer día, una mujer vino a verla. No llevaba bata blanca. Vestía vaqueros y una camiseta, con una identificación colgada del cuello.

—Hola, Alba. Soy Patricia Ruiz. Soy trabajadora social del hospital. ¿Puedo sentarme?

Alba asintió.

Patricia acercó una silla a la cama y se sentó con movimientos lentos, no amenazantes.

—La doctora García me ha puesto al tanto de tu situación. Sé que esto es increíblemente difícil. Solo quiero que sepas que estoy aquí para ayudarte. Con lo que necesites.

—Estoy bien.

—No tienes que estar bien.

Alba la miró. Patricia tenía unos cuarenta años, pelo rizado recogido en una coleta, ojos oscuros que habían visto cosas. Muchas cosas.

—Sé que no quieres denunciar —dijo Patricia—. Y es tu decisión. Nadie puede forzarte. Pero quiero darte información, por si acaso cambias de opinión.

Alba no dijo nada.

Patricia continuó de todas formas.

—Tienes hasta diez años para denunciar una agresión sexual en España. No hay límite de tiempo inmediato. Si decides hacerlo, hay protocolos. Un kit de violación, aunque después de cuatro días... bueno, las muestras biológicas probablemente no servirían. Pero tienes el informe médico. Eso es evidencia. Las lesiones están documentadas.

—Nadie me va a creer.

Las palabras salieron de Alba sin pensarlas. Crudas. Verdaderas.

—¿Por qué dices eso?

—Porque míreme. Y mire a él. ¿Quién va a creer que un hombre como Ricardo Solís necesitó violarme? Dirán que lo inventé. Que fue consensual y me arrepentí después.

Patricia se inclinó ligeramente hacia delante.

—¿Sabes quién es? ¿El que te agredió?

—Sí. Me dijo su nombre. Ricardo Solís. Tiene una galería de arte en Sarrià.

Patricia sacó una libreta del bolso y anotó algo.

—Eso es importante. Que sepas quién es. Muchas víctimas no pueden identificar a su agresor.

—No soy una víctima.

Las palabras salieron con más fuerza de la que Alba pretendía.

Patricia la miró con algo parecido a la comprensión.

—Tienes razón. Eres una superviviente. Pero Alba... si no denuncias, él puede hacerlo otra vez. A otra mujer.

Eso golpeó a Alba como un puñetazo.

Otra mujer.

¿Cuántas más antes que ella? ¿Cuántas después?

—Si denuncio... ¿qué pasa?

—Vas a comisaría. Haces una declaración formal. La policía abre una investigación. Buscan pruebas. Entrevistan testigos. Eventualmente, si hay suficiente evidencia, el caso va a juicio.

—¿Y si no hay suficiente evidencia?

Patricia vaciló.

—Entonces el caso se desestima.

—¿Cuántos casos de violación se desestiman?

Otra pausa. Más larga.

—Muchos. Demasiados.

—Entonces, ¿para qué denunciar?

—Porque a veces funciona. Porque aunque este caso se desestimara, queda registrado. Si agrede a otra mujer y ella denuncia, hay un patrón. Y porque... —Patricia se detuvo, eligiendo sus palabras con cuidado—. Porque denunciar te da cierto control de vuelta. No sobre lo que pasó, eso ya pasó. Pero sobre lo que pasa después.

Control.

Alba llevaba días sintiéndose fuera de control. Desde aquella noche en la sala de almacenamiento, su cuerpo, su vida, su futuro... nada había estado bajo su control.

—¿Me ayudarías? —preguntó Alba—. ¿Con la denuncia?

—Por supuesto. Te acompaño a la comisaría cuando estés lista. Puedo estar presente durante la declaración si quieres. Y te pongo en contacto con una asociación de víctimas... perdón, de supervivientes de agresión sexual. Tienen grupos de apoyo. Abogados que trabajan gratis.

Alba asintió lentamente.

—Está bien. Lo haré.

Dos días después, cuando le dieron el alta del hospital, Patricia la recogió en un coche pequeño y la llevó a la comisaría de los Mossos d'Esquadra en Les Corts.

El edificio era gris, funcional, deprimente. Entraron por una puerta lateral a una sala de espera con sillas de plástico naranja y

carteles sobre prevención de robos.

Patricia habló con alguien en recepción. Cinco minutos después, una agente uniformada las hizo pasar a una sala pequeña. Paredes blancas. Mesa de metal. Tres sillas. Una cámara en la esquina.

La agente se presentó como Mònica Torres. Treinta y pocos años. Expresión seria pero no unkind.

—Vas a hacer una declaración formal —explicó—. La grabaremos en vídeo. Necesito que cuentes todo lo que recuerdes sobre la agresión. Con el máximo detalle posible. Fechas, horas, lugares, descripción del agresor. Sé que es difícil, pero cuanto más específica seas, mejor.

Alba asintió.

La agente encendió la cámara.

—Declaración de Alba Ramírez Montes, 22 de julio de 2016, 11:35 horas. Presente Patricia Ruiz, trabajadora social. Agente Mònica Torres tomando declaración. Alba, por favor, cuenta con tus palabras lo que pasó.

Alba respiró hondo.

Y contó.

Todo. Desde la galería de arte hasta el hospital. El vino. La sala de almacenamiento. El Rohypnol. Ricardo Solís. Lo que hizo. Lo que dijo después.

Su voz fue plana. Clínica. Como si estuviera describiendo algo que le había pasado a otra persona.

Porque en cierto modo, así era como se sentía.

La agente Torres tomaba notas. Ocasionalmente interrumpía para hacer preguntas.

"¿A qué hora llegaste a la galería?"

"¿Cuántas copas de vino tomaste exactamente?"

"¿Dijiste en algún momento explícitamente que no?"

Esa última pregunta hizo que Alba se detuviera.

—No podía hablar. La droga... no podía mover la boca.

—Pero antes de que te llevara a la sala de almacenamiento, ¿dijiste que no querías ir?

—Intenté. Las palabras no salían correctamente.

—¿Intentaste resistirte físicamente?

—No podía moverme.

—Entiendo. Solo necesito ser clara para el informe.

Cuando Alba terminó, habían pasado dos horas. Tenía la garganta seca. Le dolía la cabeza. Quería irse a casa y meterse en la cama y no salir nunca más.

—Muy bien —dijo la agente Torres, apagando la cámara—. Voy a abrir una investigación. Necesitaremos tu informe médico del hospital. Tu ropa de esa noche.

—La tiré.

La agente frunció el ceño.

—¿Toda?

—Sí. No podía... no quería verla.

—Está bien. No pasa nada. Tenemos el informe médico. Eso es importante. —Torres cerró su libreta—. Vamos a contactar a Ricardo Solís para interrogarlo. También vamos a ir a la galería, ver si hay cámaras de seguridad.

—Las hay. En la sala principal. Vi una cuando entré.

—Perfecto. Eso puede ayudar. Establecer que estabas ahí, que hablaste con él.

Patricia intervino.

—¿Cuánto tiempo suele llevar una investigación así?

—Depende. Semanas. Meses. Si encontramos evidencia suficiente, va a la fiscalía. Ellos deciden si hay caso para llevarlo a juicio.

—¿Y si no hay evidencia suficiente?

Torres miró a Alba con una expresión que Alba ya estaba aprendiendo a odiar. Lástima mezclada con realismo.

—Entonces el caso se archiva. Pero vamos a hacer todo lo posible. Te lo prometo.

Pasaron tres semanas.

Alba volvió al hospital para seguir con la residencia. Nadie sabía lo que había pasado. Había dicho que tuvo apendicitis. Una mentira fácil que nadie cuestionó.

Trabajaba. Atendía pacientes. Hacía sus rotaciones. Funcionaba.

Pero por dentro estaba muerta.

No comía. Había perdido ocho kilos. La ropa le colgaba.

No dormía. Dos, tres horas por noche como mucho. El resto del tiempo se quedaba despierta, mirando el techo, reproduciendo aquella noche una y otra vez.

No salía. Solo casa-hospital-casa.

Evitaba espejos.

Cuando no tenía más remedio que mirarse —al lavarse los dientes, al ponerse el uniforme del hospital—, veía a una extraña.

Y entonces, un martes por la mañana, la agente Torres la llamó.

—Alba, necesito que vengas a comisaría. Hay novedades.

El tono de su voz hizo que el estómago de Alba se contrajera.

—¿Qué tipo de novedades?

—Prefiero explicártelo en persona.

Alba fue esa misma tarde.

Patricia la acompañó otra vez. Se estaba convirtiendo en una presencia constante. Una de las pocas personas que Alba podía soportar.

La agente Torres las recibió en la misma sala de antes. Esta vez había una carpeta gruesa sobre la mesa.

—Hemos completado la investigación preliminar —empezó Torres—. Hay cosas buenas y cosas... complicadas.

Alba se preparó.

—Dime.

—Lo bueno: las cámaras de la galería confirman que llegaste a las 21:30, que hablaste con Ricardo Solís durante aproximadamente cuarenta minutos, y que saliste a las 23:15. Sola. Caminando con dificultad.

—¿Y eso es bueno?

—Establece que estuviste ahí. Que interactuaste con él. Y que saliste en estado de aparente angustia. Es consistente con tu declaración.

—¿Qué es lo complicado?

Torres abrió la carpeta.

—Hemos interrogado a Ricardo Solís. Vino con su abogado. Lo niega todo.

Por supuesto que lo negaba.

—¿Qué dice que pasó?

—Dice que hablaron en la galería. Que tú flirteaste con él. Que te ofreció vino, tú aceptaste. Que te pusiste "cariñosa" y le pediste que te enseñara "algo privado". Que fueron juntos a una sala de almacenamiento. Que tuvieron relaciones sexuales consensuales. Y que después te arrepentiste y por eso estás inventando esto.

Cada palabra era una bofetada.

—Eso es mentira.

—Lo sé. El problema es que tenemos tu palabra contra la suya.

—Tengo el informe médico. Las lesiones.

—Sí. Y eso es importante. Pero su abogado argumenta que las lesiones son consistentes con sexo consensual "brusco". Que algunas personas disfrutan de ese tipo de encuentros.

Alba sintió que la habitación se inclinaba.

—Yo no... eso no fue...

Patricia le puso una mano en el brazo.

—Respira. Todos sabemos que es mentira.

Torres continuó, con voz más suave.

—También están el análisis toxicológico. Te hicieron uno en el hospital, ¿verdad?

—Sí. Pero fue cuatro días después de la agresión.

—Exacto. Y el Rohypnol se metaboliza rápidamente. En 24-48 horas normalmente ya no es detectable. Tu análisis salió limpio.

—Porque esperé demasiado.

—Lo sé. Pero desde el punto de vista legal, no hay evidencia física de que te drogaran.

Alba sintió que las paredes se cerraban.

—Entonces, ¿qué? ¿No hay caso?

—Hay caso. Tenemos tu declaración. El informe médico. Las cámaras. Testigos que te vieron en la galería. Pero... —Torres vaciló —. Tengo que ser honesta contigo. Va a ser difícil. Es tu palabra contra la suya. Y él tiene recursos. Un abogado caro. Contactos.

—Y yo no.

—Tú tienes la verdad.

—¿Y eso importa?

Silencio.

Ese silencio lo decía todo.

Torres cerró la carpeta.

—He enviado el caso a la fiscalía. Van a revisar la evidencia y decidir si procede llevarlo a juicio. Eso puede llevar semanas.

—¿Y mientras tanto?

—Mientras tanto... vive tu vida. Sé que es imposible, pero intenta no obsesionarte. Te llamaré en cuanto sepa algo.

Alba se levantó.

—Gracias. Por intentarlo.

—No me des las gracias todavía. Esto apenas empieza.

Torres tenía razón.

Apenas estaba empezando.

Seis semanas después, la fiscal llamó.

Alba estaba en casa, preparándose para ir al hospital, cuando sonó el teléfono. Número desconocido.

—¿Alba Ramírez?

—Sí.

—Soy la fiscal Elena Saura. Llamo sobre tu denuncia contra Ricardo Solís.

El corazón de Alba se aceleró.

—¿Han decidido?

—Sí. He revisado toda la evidencia. La declaración, el informe médico, las grabaciones de seguridad, la declaración del acusado. Y lamento decirte que no voy a llevar el caso a juicio.

El mundo se detuvo.

—¿Por qué?

—No hay suficiente evidencia para una condena probable. Es tu palabra contra la suya. No hay testigos del acto en sí. No hay pruebas biológicas debido al tiempo transcurrido. Las lesiones, aunque severas, pueden interpretarse de múltiples formas. Un buen abogado defensor desmantelaría el caso en menos de una hora.

—Pero pasó. Yo no estoy mintiendo.

—Te creo. Personalmente, te creo. Pero creer no es suficiente. Necesito evidencia que convenza a un juez y un jurado más allá de duda razonable. Y no la tengo.

—Entonces, ¿qué? ¿Él queda libre?

—No hay cargos que presentar. Técnicamente, sí.

Alba se sentó en el suelo de su cocina. Las piernas no la sostenían más.

—¿Y si lo hace otra vez? ¿A otra mujer?

—Si otra mujer denuncia, y hay más evidencia, se puede reabrir la investigación. Tu denuncia queda archivada. Sirve para establecer un patrón.

—¿Un patrón? ¿Cuántas mujeres tienen que ser violadas antes de que sea un patrón suficiente?

La fiscal suspiró.

—Sé que esto no es lo que querías oír. Sé que es injusto. El sistema no es perfecto. De hecho, a menudo falla a las víctimas de agresión sexual. Pero es el sistema que tenemos.

—¿Eso es todo? ¿Caso cerrado?

—Caso archivado por falta de pruebas. Lo siento mucho, Alba. De verdad.

Colgó.

Alba se quedó sentada en el suelo de la cocina con el teléfono en la mano.

Caso archivado.

Falta de pruebas.

Ricardo Solís había arruinado su vida, le había robado su futuro, la había dejado marcada para siempre.

Y no habría consecuencias.

Ninguna.

Alba se levantó despacio y fue al baño. Se miró en el espejo.

La mujer que le devolvió la mirada ya no era quien había sido hace dos meses. Diez kilos más delgada. Ojos hundidos. Piel pálida. Pelo sin brillo.

Un fantasma.

Pero algo ardía en esos ojos. Algo nuevo. Algo duro.

Si el sistema no le daría justicia, tendría que encontrarla ella misma.

Pero no todavía.

Todavía no era lo suficientemente fuerte.

Todavía estaba rota.

Pero algún día.

Algún día, Ricardo Solís entendería lo que le había hecho.

Algún día, pagaría.

Alba se lo prometió a sí misma en el espejo de su baño.

Una promesa.

La última promesa.

Y esta vez, nadie la rompería.

CAPÍTULO 12

Alba intentó seguir con su vida.

Volvió al hospital. Hizo sus rotaciones. Atendió pacientes. Estudió para los exámenes. Funcionaba.

Pero tres semanas después de que el caso fuera archivado, recibió una carta certificada.

La abrió de pie en el rellano de su piso, con las llaves todavía en la mano.

Era del bufete de abogados Méndez & Asociados.

Estimada Srta. Ramírez:

Representamos a nuestro cliente, el Sr. Ricardo Solís, en relación con las falsas acusaciones que usted presentó contra él ante los Mossos d'Esquadra el pasado mes de julio.

Nuestro cliente ha sufrido daño considerable a su reputación personal y profesional como resultado de sus alegaciones infundadas. Ha experimentado angustia emocional, pérdida de oportunidades de negocio y deterioro de sus relaciones personales.

Dado que la Fiscalía ha archivado el caso por falta absoluta de evidencia, quedando así demostrada la falsedad de sus acusaciones, le notificamos que nuestro cliente se reserva el derecho de emprender acciones legales contra usted por difamación y daños y perjuicios.

Como gesto de buena voluntad, nuestro cliente está dispuesto a no proceder con dichas acciones legales si usted firma una declaración jurada reconociendo que las acusaciones fueron infundadas y se compromete a no volver a contactar a nuestro cliente ni a hablar públicamente sobre este asunto.

Adjunto encontrará el documento para su firma. Le rogamos lo devuelva en un plazo de 10 días hábiles.

Atentamente, Fernando Méndez Méndez & Asociados

Alba leyó la carta tres veces.

Luego entró a su piso, cerró la puerta con llave y vomitó en el fregadero de la cocina.

Cuando dejó de temblar, llamó a Patricia.

—Han... me han enviado una carta. El abogado de Ricardo Solís. Dice que va a demandarme por difamación si no firmo algo diciendo que mentí.

—¿Qué? Ese hijo de puta. Alba, no firmes nada. ¿Me oyes? Nada.

—Pero dice que me va a demandar...

—Es una táctica de intimidación. Muy común. Intentan asustarte para que te retractes. No tienen base legal. El caso fue archivado por falta de pruebas, no porque demostraran que mentías. Son cosas diferentes.

—No puedo permitirme un abogado si me demanda.

—No te va a demandar. Te lo prometo. Es todo humo. Quiere que te asustes y desaparezcas. No le des ese poder.

Alba se aferró al teléfono como a un salvavidas.

—¿Estás segura?

—Completamente. Voy a contactar con un abogado que conozco. Trabaja con casos de este tipo. Le pasaré la carta. Él se encargará.

—No tengo dinero para...

—Trabaja gratis en estos casos. No te preocupes por eso.

Alba colgó y se quedó sentada en el suelo de la cocina con la carta en la mano.

Ricardo Solís no solo la había violado.

Ahora intentaba hacerla callar.

Borrar lo que había pasado.

Convertirla en la mentirosa.

En la culpable.

El abogado que Patricia recomendó se llamaba Javier Ortega. Cincuenta y tantos años, con el cansancio de quien llevaba décadas luchando batallas perdidas pero seguía luchando de todas formas.

Se reunieron en un café cerca de la comisaría.

—He visto cientos de casos como el tuyo —dijo Javier, después de leer la carta—. Es intimidación pura y dura. No van a demandarte. Costaría más de lo que ganarían, y además tendrían que probar que mentiste deliberadamente. Lo cual no pueden hacer porque no mentiste.

—¿Entonces qué hago?

—Nada. No respondas. No firmes nada. Guarda la carta por si acaso, pero no hagas nada.

—¿Y si demanda de todas formas?

—No lo hará. Pero si lo hace, me encargaré yo. Sin coste para ti.

—¿Por qué? ¿Por qué me ayuda gratis?

Javier se recostó en la silla y bebió un sorbo de café.

—Porque llevo treinta años viendo cómo el sistema falla a mujeres como tú. Y no puedo cambiar el sistema. Pero puedo ayudar a una persona a la vez. Es poco. Pero es algo.

Alba sintió que algo se aflojaba en su pecho. No mucho. Pero un poco.

—Gracias.

—No me des las gracias. Solo... no dejes que te hagan creer que tú eres la culpable. Eso es lo que quieren. Que interiorices la vergüenza que debería ser de ellos.

Alba asintió, aunque no estaba segura de creerlo todavía.

Dos semanas después, Alba estaba haciendo una rotación en urgencias cuando vio a una mujer entrar.

Veintipocos años. Rubia. Vestido de fiesta roto en el hombro. Máscara de maquillaje corrido. Caminando como si le doliera cada

paso.

Alba reconoció esa mirada.

La había visto en su propio espejo.

La mujer habló en voz baja con la enfermera de triaje. Luego la llevaron a una sala privada.

Alba no debería haber escuchado. Violación de confidencialidad del paciente. Pero lo hizo de todas formas.

—Agresión sexual —escuchó que la enfermera le decía al médico de guardia—. Hace aproximadamente tres horas. Ha venido directamente. Quiere hacer el kit de violación.

El médico asintió y entró a la sala.

Alba siguió con su trabajo. Atendió a un hombre con una fractura de muñeca. A una niña con fiebre alta. A un anciano con dolor en el pecho.

Pero su mente estaba en esa sala privada.

Dos horas después, cuando salía de su turno, vio a la mujer rubia sentada en la sala de espera. Ya no llevaba el vestido roto. Alguien le había dado ropa de hospital. Pantalones de quirófano. Camiseta verde.

Alba se acercó sin pensar.

—Hola. Soy Alba. Residente de psiquiatría. ¿Estás bien? Bueno, es una pregunta estúpida. Obviamente no estás bien. Lo que quiero decir es... ¿necesitas hablar con alguien?

La mujer la miró con ojos rojos e hinchados.

—No lo sé. No sé qué necesito.

—¿Estás esperando a alguien?

—A la policía. Dijeron que vendrían a tomarme declaración.

Alba se sentó a su lado.

—¿Puedo esperarte? No tienes que estar sola.

La mujer asintió y empezó a llorar en silencio. Alba no dijo nada. Solo se quedó ahí.

Veinte minutos después llegó una agente. No era Mònica Torres. Era otra, más joven, con expresión de quien acababa de terminar un turno largo y quería irse a casa.

—¿Carla Mendoza? Soy la agente Ruiz. Vengo a tomar tu declaración sobre la agresión.

Carla asintió y se levantó.

—¿Puedo... puede venir ella? —Señaló a Alba.

La agente miró a Alba con escepticismo.

—¿Eres familiar?

—Soy... amiga —mintió Alba.

—Está bien. Vamos.

Las llevó a una sala pequeña. Diferente a la que Alba recordaba, pero igualmente deprimente. Mismas sillas de plástico. Misma cámara en la esquina.

La agente encendió la grabadora y empezó con las preguntas.

Y Alba las escuchó todas otra vez.

"¿Habías bebido?"

"¿Qué llevabas puesto?"

"¿Dijiste explícitamente que no?"

"¿Intentaste resistirte físicamente?"

"¿Por qué fuiste a su casa si no lo conocías?"

"¿Habías tenido relaciones sexuales con él antes?"

Cada pregunta era un cuchillo. No para Carla, que las respondía con voz temblorosa, sino para Alba, que las había respondido todas hace dos meses.

Las mismas preguntas.

Como si la víctima fuera la sospechosa.

Como si tuviera que demostrar que no había querido ser violada.

Carla terminó su declaración llorando. La agente le pasó una caja de pañuelos con expresión aburrida.

—Muy bien. Vamos a abrir una investigación. Te llamaremos si necesitamos más información.

—¿Eso es todo?

—Por ahora, sí. Hemos hecho el kit de violación. Eso irá al laboratorio. Tardan unas semanas. Mientras tanto, intenta descansar. Y no contactes al agresor.

—No voy a...

—Algunas víctimas lo hacen. Solo te lo advierto.

Salieron de la sala. Carla se giró hacia Alba.

—Gracias por quedarte. No sé si habría podido... sola.

—¿Tienes dónde ir? ¿Alguien con quien quedarte?

—Voy a llamar a mi hermana. Vive en Badalona.

—Bien. No estés sola esta noche.

Carla asintió. Luego preguntó, con voz muy pequeña:

—¿Crees que le pasará algo? ¿Al que me hizo esto?

Alba quiso mentir. Quiso decir "sí, claro, lo van a meter en la cárcel".

Pero no pudo.

—No lo sé. El sistema... no siempre funciona.

—¿Te ha pasado a ti? —Carla la miraba fijamente—. La forma en que hablas. Como si lo supieras.

Alba vaciló.

—Sí. Me pasó. Hace dos meses.

—¿Y... consiguieron al que lo hizo?

—No. El caso se archivó. Falta de pruebas.

Carla empezó a llorar otra vez.

—Entonces, ¿para qué sirve denunciar?

—Porque queda registrado. Y si lo hace otra vez, hay un patrón. Y porque... —Alba se detuvo. Buscó las palabras correctas—. Porque aunque el sistema falle, tú habrás hecho lo correcto. No es tu culpa que el sistema esté roto.

Pero incluso mientras lo decía, Alba se preguntaba si lo creía.

Esa noche, Alba no pudo dormir.

Se quedó tumbada en la cama, mirando el techo, pensando en Carla.

En todas las Carlas.

Todas las mujeres que denunciaban y el sistema las fallaba.

Todas las mujeres que no denunciaban porque sabían que el sistema las fallaría.

Todos los Ricardo Solís del mundo que seguían con sus vidas sin consecuencias.

A las tres de la mañana, Alba se levantó y encendió el ordenador.

Buscó "Ricardo Solís galería de arte Barcelona".

Su galería tenía página web. Elegante. Profesional. Fotos de exposiciones. Artistas representados. Una foto de Ricardo sonriendo, con traje, delante de un cuadro abstracto.

Como si fuera una persona normal.

Como si no fuera un depredador.

Alba siguió buscando.

Encontró una entrevista en una revista de arte de hace tres años. Ricardo hablaba sobre su "pasión por descubrir nuevo talento". Sobre cómo el arte podía "transformar vidas".

Le daban ganas de vomitar.

Buscó más.

Redes sociales. Instagram de la galería. Facebook. LinkedIn.

Ricardo Solís tenía una vida completa y pública.

Esposa. Carmen Vidal, abogada. Guapa, elegante, exitosa.

Una hija. Lucía. Doce años en las fotos más recientes. Sonrisa tímida. Con aparato dental.

Alba se quedó mirando las fotos durante mucho tiempo.

Ricardo Solís había construido una vida perfecta.

Familia. Negocio. Reputación.

Mientras Alba todavía se despertaba gritando.

Mientras todavía no podía comer sin que se le cerrara la garganta.

Mientras todavía evitaba su propio reflejo porque no reconocía a la mujer del espejo.

Y no habría justicia.

Nunca la habría.

A menos que...

No.

Alba cerró el ordenador.

No podía pensar así.

No podía...

Pero la semilla ya estaba plantada.

Tres días después, Javier Ortega la llamó.

—Buenas noticias. El bufete de Ricardo Solís ha retirado su amenaza. No van a demandar.

—¿Por qué?

—Porque les mandé una carta muy educada explicando que si procedían, haríamos pública toda la evidencia del caso. Incluido el informe médico. Y aunque el caso fue archivado, el informe sigue siendo bastante condenatorio. No les interesa que salga a la luz.

—Entonces... ¿se acabó?

—Se acabó. Puedes seguir con tu vida.

Alba colgó.

Seguir con tu vida.

Como si fuera tan fácil.

Como si pudiera simplemente "seguir" después de que le quitaran todo.

Se miró en el espejo del baño.

Había perdido trece kilos. El pelo se le caía a mechones. Tenía ojeras permanentes.

Pero había algo más.

Algo en sus ojos.

Algo duro. Frío. Decidido.
El sistema la había fallado.
Pero eso no significaba que Ricardo Solís quedara impune.
Solo significaba que la justicia tendría que venir de otro lugar.
Alba se hizo una promesa ese día.
No sabía cómo.
No sabía cuándo.
Pero algún día, Ricardo Solís pagaría por lo que hizo.
Y no sería el sistema quien lo haría pagar.
Sería ella.

CAPÍTULO 13

Septiembre de 2016

Alba perdió veinte kilos en cuatro meses.

No fue intencional. Al principio. Simplemente no podía comer. Cada vez que intentaba tragar, su garganta se cerraba. Como si su cuerpo recordara lo que su mente intentaba olvidar.

Desayuno: medio yogur. Si tenía suerte.

Almuerzo: una manzana. Quizá.

Cena: nada. Solo té.

El peso se caía de su cuerpo como hojas de un árbol en otoño. Ochenta y nueve kilos. Ochenta y cinco. Ochenta. Setenta y cinco.

Los compañeros del hospital empezaron a notar.

"Alba, ¿estás bien? Te veo muy delgada."

"¿Has estado enferma?"

"Deberías comer más."

Sonrisas educadas. "Estoy bien. Solo estresada con los exámenes."

Nadie insistía. Era más fácil creer la mentira.

En octubre, Alba se miró en el espejo y no reconoció a la mujer que le devolvió la mirada.

Pómulos marcados. Clavículas visibles. Cintura estrecha. Brazos delgados.

Esta no era ella.

Pero tampoco era quien había sido antes.

Era alguien nuevo. Alguien intermedio. Alguien que estaba desapareciendo.

Diciembre de 2016

Alba empezó a buscar información.

No sobre violación. No sobre trauma. Ya sabía demasiado sobre eso.

Buscó sobre Ricardo Solís.

Se convirtió en una obsesión silenciosa. Cada noche, después del hospital, se sentaba frente al ordenador y buscaba.

Artículos en revistas de arte.

Entrevistas.

Menciones en eventos sociales.

Fotos en Instagram.

Construyó un perfil completo en su cabeza.

Ricardo Solís. Cuarenta y cinco años. Casado con Carmen Vidal desde hace dieciocho años. Una hija, Lucía, de doce años. Galería de arte en Sarrià. Ingresos anuales estimados: entre 150.000 y 200.000 euros. Miembro del Club Náutico de Barcelona. Jugaba al pádel los domingos. Tenía un Audi gris.

Una vida perfecta.

Una vida que había construido sobre los cuerpos de mujeres que había destrozado.

Una noche, Alba encontró algo.

Un foro de víctimas de agresión sexual. Anónimo. Encriptado.

Leyó durante horas. Historias como la suya. Mujeres describiendo sus agresiones. El fracaso del sistema. La impunidad de los agresores.

Y en una de esas historias, un nombre.

Ricardo Solís.

Alba se incorporó bruscamente.

Leyó el testimonio completo.

Una mujer —nombre ficticio: Lucía82— describía una agresión en 2014. En una galería de arte. Un hombre que le ofreció vino. Una sala privada. Rohypnol. Todo igual.

La mujer había denunciado. El caso se archivó. Falta de pruebas.

Alba siguió buscando en el foro.

Encontró otra.

Otro nombre diferente. Otra fecha. 2012.

Misma historia. Galería. Vino. Rohypnol. Violación.

Otra denuncia. Otro archivo.

Alba buscó más.

Encontró tres más.

Cinco mujeres en total. Que Alba supiera.

Cinco denuncias archivadas.

Ricardo Solís era un depredador en serie.

Y el sistema lo sabía.

Y no hacía nada.

Abril de 2017

Alba terminó la residencia de psiquiatría.

No con honores. Apenas pasó. Pero lo hizo.

Sus supervisores le recomendaron "tomar un descanso". Dijeron que se veía "frágil". Que necesitaba "cuidarse".

Alba sonrió y asintió y mintió diciendo que lo haría.

En lugar de eso, se inscribió en un doctorado de psiquiatría forense.

Trauma. Memoria. Amnesia disociativa. Neuropsicología del estrés postraumático.

Quería entender.

No solo lo que le había pasado a ella.

Sino cómo funcionaba la mente de alguien como Ricardo Solís.

Y cómo podría romperse.

Julio de 2017

Alba se pesó: 62 kilos.

Había perdido veintisiete kilos en un año.

La ropa que usaba antes —talla 42, talla 44— le colgaba ridículamente. Compró ropa nueva. Talla 38. Luego talla 36.

Se cortó el pelo. Ya no largo y oscuro. Ahora corto, rubio. Un cambio radical.

Se miró en el espejo.

Esta mujer era delgada. Rubia. Con los pómulos marcados y los ojos grandes. El tipo de mujer que la gente miraba.

El tipo de mujer que Ricardo Solís nunca habría elegido.

Porque Ricardo Solís elegía mujeres invisibles. Mujeres que nadie echaría de menos. Mujeres que nadie creería.

Alba ya no era invisible.

Y eso era intencional.

Septiembre de 2018

Alba estaba en su piso cuando llegaron las noticias.

Estaba estudiando —un artículo sobre farmacología de las benzodiacepinas— cuando su móvil vibró con una notificación.

EL PAÍS: Caso La Manada: La Audiencia de Navarra condena a los cinco acusados por abuso sexual, no por violación.

Alba dejó lo que estaba haciendo y leyó el artículo completo.

Cinco hombres. Una mujer de dieciocho años. San Fermín, 2016. Mismo año que su violación.

La habían llevado a un portal. La habían violado en grupo. Todo grabado en vídeo.

Y el tribunal había decidido que no era violación.

Era "abuso sexual".

Porque, según el tribunal, no hubo violencia ni intimidación.

Solo aprovechamiento de la inconsciencia de la víctima.

Alba leyó el veredicto tres veces.

Luego fue al baño y vomitó.

Después se sentó en el suelo del baño y lloró.

No por ella.

Por esa chica de dieciocho años.

Por todas las mujeres.

Porque si cinco hombres violando a una mujer inconsciente no era violación, entonces ¿qué era?

¿Qué era lo que le había pasado a Alba?

¿Abuso sexual? ¿Aprovechamiento? ¿Algo menor? ¿Algo que no importaba?

Esa noche, algo se rompió definitivamente en Alba.

O quizá se endureció.

Se convirtió en piedra.

En acero.

En algo inquebrantable.

El sistema no las protegería.

Nunca lo haría.

Así que tendría que protegerse ella misma.

De la única forma que quedaba.

Octubre de 2018

Alba empezó a entrenar.

Gimnasio cinco días a la semana. Pesas. Cardio. Yoga.

No para perder más peso. Ya estaba en 58 kilos y era suficiente.

Entrenaba para estar fuerte.

Fuerte físicamente.

Fuerte mentalmente.

Fuerte de formas que nunca había sido.

También empezó terapia. Con una psicóloga especializada en trauma. Dos veces por semana durante seis meses.

Habló de la violación. Del caso archivado. De la transformación de su cuerpo. De la obsesión con Ricardo Solís.

Su terapeuta le sugirió que dejara ir. Que perdonara. No a Ricardo —él no merecía perdón—, sino a sí misma. Que aceptara que no podía cambiar lo que había pasado. Que solo podía controlar cómo respondía.

Alba escuchó educadamente.

Y mintió diciendo que lo intentaría.

Pero no tenía intención de perdonar.

Ni de olvidar.

Ni de seguir adelante.

Junio de 2019

Alba estaba en el gimnasio cuando su móvil vibró.

NOTIFICACIÓN: Caso La Manada: El Tribunal Supremo condena a los cinco acusados por violación. Sentencia de 15 años de cárcel.

Alba paró de correr en la cinta. Leyó la notificación completo.

El Tribunal Supremo había anulado el veredicto anterior.

Había reconocido que sí fue violación.

Quince años de cárcel. Para cada uno.

Era... justicia.

Tardía. Tres años después de la agresión. Pero justicia al fin.

Alba debería sentirse aliviada.

Esperanzada.

Validada.

Pero no sintió nada de eso.

Porque para ella ya era tarde.

Tres años. Tres años desde su agresión.

Si el sistema pudiera funcionar —si quisiera funcionar—, ¿por qué había tardado tres años?

¿Cuántas mujeres más habían sido agredidas en esos tres años?

¿Cuántas Carlas? ¿Cuántas Albas?

No.

El veredicto de La Manada era una excepción. Una anomalía.

La mayoría de los casos seguirían archivándose.

La mayoría de los Ricardo Solís seguirían libres.

Y Alba ya había tomado su decisión.

Meses atrás.

Cuando el primer veredicto dijo "abuso sexual, no violación".

Cuando entendió que el sistema nunca cambiaría lo suficientemente rápido.

No para ella.

No para las mujeres como ella.

Salió del gimnasio y caminó a casa bajo el sol de Barcelona.

En su piso, abrió el ordenador.

Y empezó a investigar en serio.

No sobre Ricardo Solís.

Ya sabía todo lo que necesitaba sobre él.

Esta vez buscó otra cosa.

Rohypnol. Química. Síntesis. Precursores.

Benzodiacepinas. Efectos. Dosificación. Metabolismo.

Amnesia anterógrada. Neuropsicología. Memoria.

Pasó seis meses estudiando.

Tomando notas. Haciendo cálculos.

Practicando.

Enero de 2020

Alba sintetizó su primera dosis de Rohypnol.

No fue fácil. Los precursores eran difíciles de conseguir. Compró cantidades pequeñas desde direcciones diferentes. Usó la

dark web. Pagó en Bitcoin.

Tardó cinco intentos en conseguir la concentración correcta.

Pero lo logró.

Quince miligramos por mililitro. Exactamente lo que necesitaba.

Lo probó primero en ella misma. Una dosis pequeña. Cinco miligramos.

Quería saber cómo se sentía.

La sensación llegó a los diez minutos.

Mareo. El mundo inclinándose. Las extremidades pesadas.

Y luego... nada.

Despertó tres horas después en el sofá.

No recordaba nada. Solo fragmentos borrosos.

Perfecto.

Exactamente lo que Ricardo Solís había usado en ella.

Ahora ella sabía cómo usarlo.

Marzo de 2022

Alba abrió su consulta privada.

Paseo de Gracia. Elegante. Profesional.

Había pasado los últimos dos años especializándose en psiquiatría. Trauma. TEPT. Trastornos disociativos.

Era buena en su trabajo. De verdad buena.

Ayudaba a gente. Genuinamente.

Pero eso no era todo lo que hacía.

También empezó a hacer networking.

Eventos de arte. Galerías. Inauguraciones.

No para vender. No para comprar.

Solo para estar. Para que la vieran.

Para que su nombre circulara.

Doctora Alba Montes. Psiquiatra. Especialista en trauma.

Lo dejó caer en conversaciones.

Con galeristas. Con coleccionistas. Con marchantes.

Plantó semillas.

Y esperó.

Julio de 2022

Funcionó.

Un cliente —un coleccionista que había conocido en una exposición— le preguntó si podría recomendar a un terapeuta para un amigo.

"Tiene problemas de ansiedad. No quiere ir a un sitio público. ¿Aceptas pacientes privados?"

"Por supuesto."

El amigo resultó ser un marchante de arte.

Que conocía a Ricardo Solís.

Alba escuchó. Asintió. Tomó notas.

Tres semanas después, otro contacto. Esta vez más directo.

"Conozco a alguien que podría necesitar tus servicios. Ricardo Solís. ¿Te suena?"

Alba fingió pensar.

"Creo que he oído el nombre. ¿Galería en Sarrià?"

"Exacto. Está... bueno, no debería decir esto, pero está pasando por un mal momento. Su mujer cree que debería ver a alguien. Pero es muy reservado. Necesitaría alguien discreto."

"Entiendo. Puedo ser muy discreta."

"Perfecto. Le daré tu número."

Alba colgó.

Y sonrió.

Seis años.

Seis años desde aquella noche en la galería.

Seis años de transformación.

De planificación.

De espera.

Y ahora, Ricardo Solís vendría a ella.

Voluntariamente.

Pondría su mente —su vida— en sus manos.

Y no tendría ni idea.

Ni idea de que su nueva terapeuta era la mujer del vestido azul marino.

La mujer a la que había violado.

La mujer que había destrozado.

La mujer que ya no existía.

Porque Alba había muerto en aquella sala de almacenamiento.

Lo que había sobrevivido era otra cosa.

Algo más frío.

Más calculador.

Algo que había pasado seis años preparándose para este momento.

Alba abrió su cuaderno —el secreto, no el oficial— y escribió:

PLAN: RICARDO SOLÍS

Objetivo: No matarlo. Eso sería demasiado fácil. Demasiado rápido.

El objetivo era destruirlo lentamente. Como él la había destruido a ella.

Quitarle el control de su cuerpo. De su mente. De su vida.

Hacerle sentir lo que ella había sentido.

La impotencia. La confusión. El terror.

Y cuando estuviera completamente roto, cuando ya no pudiera funcionar, cuando su vida se hubiera desmoronado...

Solo entonces le diría quién era ella.

Solo entonces vería su rostro y entendería.

Ojo por ojo.

Cuerpo por cuerpo.
Futuro por futuro.
Alba cerró el cuaderno.
Se pesó: 54,0 kilos.
Se miró en el espejo.
La mujer que le devolvió la mirada ya no era una víctima.
Era otra cosa.
Algo que el sistema había creado cuando la había fallado.
Algo que el sistema debería temer.
Pero no lo haría.
Porque el sistema nunca aprendía.
Y Alba ya no le importaba el sistema.
Solo le importaba Ricardo Solís.
Y la promesa que se había hecho.
La última promesa.
Estaba a punto de cumplirse.

CAPÍTULO 14

Octubre de 2022

Ricardo Solís no llamó inmediatamente.

Alba esperó. Una semana. Dos semanas. Tres.

Siguió con su vida. Atendió pacientes. Trabajó casos reales. Mercedes, la profesora que escapó de su marido maltratador. Jordi, el ingeniero con TEPT por el accidente. Otros más.

Era buena terapeuta. Genuinamente buena. Eso importaba.

Porque si solo fuera venganza, si solo fuera odio, entonces Ricardo tendría razón. Sería exactamente lo que él dijo que era: nada importante.

Pero era más que eso.

Era alguien que ayudaba a gente de verdad.

Y también alguien que destruiría a un hombre que lo merecía.

Las dos cosas podían ser ciertas al mismo tiempo.

La llamada llegó un martes por la tarde.

Número desconocido.

—¿Doctora Montes?

—Sí.

—Me llamo Ricardo Solís. Me han recomendado su consulta. Miguel Ángel Torres me dio su número. ¿Tiene disponibilidad para un nuevo paciente?

La voz.

Alba la reconoció inmediatamente. Grave. Culta. La misma voz que había dicho "tranquila, no pasa nada" seis años atrás.

Respiró hondo. Una vez. Tranquila. Profesional.

—Por supuesto. ¿Cuándo le vendría bien?

—¿Qué tal... esta semana? Si es posible. He estado... retrasándolo demasiado.

—Déjeme ver mi agenda. —Alba fingió consultar, aunque ya sabía que tenía huecos libres. Los había dejado libres a propósito—. ¿Le viene bien el viernes a las cinco?

—Perfecto.

—Estupendo. Le mando la dirección por mensaje. ¿Necesita que le envíe el cuestionario previo a la sesión o prefiere rellenarlo aquí?

—Aquí, si no le importa. No soy muy de... papeleo.

—Sin problema. Nos vemos el viernes entonces. Calle Balmes, 47, primer piso.

—Gracias, doctora.

Colgó.

Alba se quedó sentada con el teléfono en la mano durante cinco minutos completos.

Había funcionado.

Seis años de planificación. De transformación. De espera.

Y ahora Ricardo Solís vendría a su consulta.

Se sentaría en su sofá.

Le confiaría sus problemas.

Pondría su mente en sus manos.

Y no tendría ni idea de quién era ella.

Alba abrió el cajón secreto de su escritorio. Sacó una fotografía. Era vieja, impresa en papel fotográfico que se había amarilleado en los bordes.

La foto que su madre le había tomado el día que terminó la carrera de medicina. Alba a los veinticinco años. Ochenta y nueve kilos. Pelo largo y oscuro. Sonrisa tímida. Vestido azul que le quedaba mal.

La puso junto a un espejo.

Se miró.

Cincuenta y cuatro kilos. Pelo rubio cortado a la altura de los hombros. Pómulos marcados. Mandíbula definida. Ojos que habían visto demasiado.

No había nada —absolutamente nada— que conectara a estas dos mujeres.

Ricardo Solís no la reconocería.

Porque la mujer que había violado ya no existía.

Viernes, 28 de octubre de 2022

Alba llegó a la consulta a las tres de la tarde. Dos horas antes de la cita con Ricardo.

Necesitaba prepararse.

Limpió todo dos veces. Aunque ya estaba limpio. Pasó la aspiradora. Limpió el polvo inexistente. Alineó los libros en las estanterías.

Preparó té. Manzanilla. La misma que usaría con Ricardo más tarde.

Pero esta vez sin nada más. Solo té. Porque hoy era solo la primera sesión. Hoy solo era conocerse.

Las drogas vendrían después.

Cuando hubiera ganado su confianza.

Cuando creyera que ella estaba ahí para ayudarlo.

A las cuatro y media, se sentó en su butaca y practicó.

"Hola, Ricardo. Soy la doctora Montes. Adelante, siéntate donde quieras."

Otra vez.

"Hola, Ricardo. Adelante."

Y otra.

Hasta que su voz sonó perfectamente neutral. Profesional. Ni demasiado cálida ni demasiado fría.

Como si él fuera un paciente cualquiera.

Como si no fuera el hombre que la había violado.

Como si Alba no hubiera pasado los últimos seis años planeando su destrucción.

A las cinco menos cinco, Alba se miró en el espejo del baño una última vez.

Camisa blanca. Pantalones negros. Maquillaje discreto. Pelo perfectamente peinado.

Doctora Alba Montes. Treinta y dos años. Psiquiatra especializada en trauma. Profesional. Competente. Compasiva.

Nadie vería a la otra Alba.

La que había sintetizado Rohypnol en su cocina.

La que había pasado meses practicando con jeringas hasta poder clavar una aguja en una vena sin temblar.

La que tenía un cuaderno secreto lleno de planes sobre cómo destruir a un hombre.

Esa Alba estaba escondida.

Pero siempre presente.

El timbre sonó exactamente a las cinco.

Alba fue a abrir.

Y ahí estaba.

Ricardo Solís.

Más viejo que en sus recuerdos. Cuarenta y cinco años ahora. Algunas canas en las sienes. Líneas alrededor de los ojos. Pero todavía atractivo. Todavía con esa presencia que hacía que la gente lo mirara.

Vestía bien. Traje gris oscuro. Sin corbata. Zapatos caros.

Y sus ojos...

Sus ojos la miraron directamente. Sin reconocimiento. Sin un destello de memoria.

Nada.

Para él, Alba era una desconocida.

Una doctora que podría ayudarlo.

Nada más.

Algo frío y duro se asentó en el pecho de Alba. No era rabia. Era algo más puro.

Era certeza.

—¿Doctor Montes? —dijo Ricardo, extendiendo la mano.

—Doctora —corrigió Alba suavemente, estrechando su mano —. Pero llámeme Alba si lo prefiere. Adelante.

La mano de Ricardo era cálida. Firme. El tipo de apretón de manos que transmitía confianza.

Alba tuvo que concentrarse para no apartarla bruscamente.

Ricardo entró a la consulta. Miró alrededor con la familiaridad de alguien acostumbrado a evaluar espacios.

—Bonita consulta.

—Gracias. Siéntese donde se sienta cómodo.

Ricardo eligió el sofá. Se sentó en el centro, no en los extremos. Una posición de apertura. De alguien que quería parecer relajado aunque no lo estuviera.

Alba se sentó en su butaca frente a él. Cruzó las piernas. Sonrió profesionalmente.

—Bueno, Ricardo. Cuénteme. ¿Qué le trae aquí?

Ricardo se frotó las manos nerviosamente.

—No estoy seguro por dónde empezar. Nunca he... no he hecho esto antes. Terapia, quiero decir.

—No hay una forma correcta de empezar. Dígame lo que le parezca importante.

—Está bien. —Ricardo respiró hondo—. He estado... teniendo episodios. Lagunas de memoria. A veces pierdo horas enteras y no sé dónde he estado o qué he hecho. Mi mujer está preocupada. Mi hija está asustada. Y yo... yo también estoy asustado, si soy honesto.

—¿Cuándo empezaron estos episodios?

—Hace unos tres meses. Al principio eran pequeños. Perdía cinco, diez minutos. Pensé que era estrés, falta de sueño. Pero han

empeorado. La semana pasada perdí casi dos horas. Me encontré en mi coche sin recordar cómo había llegado ahí.

Alba tomó notas en su cuaderno oficial.

—¿Ha consultado a un médico? ¿Le han hecho pruebas neurológicas?

—Sí. Resonancia magnética, análisis de sangre, todo. Dicen que físicamente estoy bien. Que probablemente es psicológico.

—¿Y qué más ha notado? ¿Otros síntomas?

Ricardo vaciló.

—Problemas para dormir. Ansiedad. Y... —Se detuvo.

—Puede decirme lo que sea, Ricardo. Este es un espacio confidencial.

—Problemas sexuales. No puedo... no funciono. Hace semanas.

Alba mantuvo su expresión neutral. Profesional. Compasiva.

Por dentro, algo cantaba.

Ya estaba empezando. Y ella ni siquiera había hecho nada todavía.

El karma, quizá. O culpa inconsciente. O el cerebro de Ricardo comenzando a desmoronarse bajo el peso de lo que había hecho.

Fuera lo que fuera, Alba lo usaría.

—Eso debe ser muy estresante —dijo con voz suave—. ¿Cómo se siente su pareja al respecto?

—Cree que tengo una aventura. O que ya no la deseo. He intentado explicárselo pero... es complicado.

—Lo imagino. ¿Y los sueños? ¿Ha tenido pesadillas o sueños recurrentes?

Ricardo se tensó visiblemente.

—Sí. ¿Cómo lo sabe?

—Es común en casos de amnesia disociativa. El cerebro intenta procesar algo durante el sueño que no puede procesar despierto.

—Es siempre el mismo sueño. Hay una mujer. Está llorando. Y yo... creo que yo le hice algo. Pero no puedo ver bien. Todo está borroso.

Alba escribió en su cuaderno. Mantuvo la voz neutra.

—¿Reconoce a la mujer?

—No. Es solo... una silueta. Una sensación.

—¿Y cómo se siente cuando se despierta?

—Culpable. Como si hubiera hecho algo terrible.

—Interesante. ¿Hay algo en su pasado que pudiera generar ese sentimiento de culpa?

Ricardo la miró fijamente durante tres segundos completos.

Alba sostuvo su mirada. Sin pestañear. Sin delatar nada.

—No lo sé —dijo finalmente—. Si lo hay, no lo recuerdo.

—El cerebro a veces oculta memorias traumáticas. Tanto si el trauma le pasó a usted como si usted fue quien lo causó. Es un mecanismo de protección.

—¿Está diciendo que hice algo malo y mi cerebro lo bloqueó?

—Estoy diciendo que es una posibilidad. Pero no saltemos a conclusiones. Necesitamos trabajar esto despacio. ¿Estaría dispuesto a hacer sesiones regulares? ¿Dos veces por semana para empezar?

—Sí. Lo que haga falta. Necesito entender qué me está pasando.

—Perfecto. Vamos a trabajar juntos en esto. Le prometo que llegaremos al fondo del asunto. —Alba le ofreció su sonrisa más tranquilizadora—. ¿Qué le parece si empezamos con martes y viernes? ¿Le vienen bien?

—Perfecto.

—Estupendo. Y Ricardo... quiero que sepa que este es un espacio seguro. Lo que hablemos aquí no sale de aquí. Puede confiar en mí.

Ricardo asintió, visiblemente aliviado.

—Gracias, doctora. No sabe cuánto significa eso.

Oh, pero sí sabía.

Sabía exactamente cuánto significaba.

Porque la confianza era lo primero que necesitaba ganar.

Y luego rompería.

Como él había roto la de ella.

Cuando Ricardo se fue, cincuenta minutos después, Alba cerró la puerta y se quedó de pie en el centro de su consulta.

Acababa de pasar cincuenta minutos en la misma habitación que el hombre que la había violado.

Había hablado con él. Le había sonreído. Había fingido compasión.

Y él no tenía ni idea.

Alba fue al baño y se miró en el espejo.

Esperaba sentir... algo. Rabia. Satisfacción. Miedo.

Pero solo sentía calma.

Fría. Absoluta. Imperturbable.

Había esperado seis años por esto.

Seis años de transformación.

De convertirse en alguien que Ricardo Solís nunca reconocería.

De aprender exactamente cómo destruir a alguien desde dentro.

Y ahora había empezado.

Alba volvió a su escritorio. Abrió el cajón secreto. Sacó el cuaderno negro.

Escribió:

SESIÓN 1 – RICARDO SOLÍS – 28 DE OCTUBRE DE 2022

Observaciones:

- No me reconoce. Ni siquiera un destello. La transformación es completa.

- Ya presenta síntomas sin mi intervención: amnesia, disfunción sexual, culpa.
- Su propio cerebro está empezando a traicionarlo. Perfecto.
- Sueños recurrentes con "mujer llorando". Su inconsciente sabe lo que hizo.
- Es vulnerable. Confiado. Desesperado por ayuda.
- Confía en mí.

Plan:

- Primeras 10 sesiones: establecer confianza total. Ser la terapeuta perfecta.
- Sesión 11: introducir "té relajante". Dosificación mínima. Solo 5mg.
- Aumentar gradualmente.
- Objetivo: que dependa de mí completamente antes de empezar la destrucción real.

Nota personal: He estado en la misma habitación que él. He tocado su mano. He escuchado su voz. Y no he sentido nada. Eso debería preocuparme. No lo hace. Significa que estoy lista.

Alba cerró el cuaderno y lo guardó bajo llave.

Se pesó: 54,0 kilos. Perfecto.

Preparó su cena: ensalada, 200 calorías exactas.

Hizo yoga durante una hora.

Se duchó.

Se acostó.

Y por primera vez en seis años, durmió profundamente.

Sin pesadillas.

Sin terrores nocturnos.

Sin despertarse gritando.

Porque finalmente, después de seis años, Alba tenía control.

Control sobre su cuerpo.
Control sobre su mente.
Y pronto, control sobre Ricardo Solís.
La araña había tejido su red.
Y la presa acababa de entrar.
Voluntariamente.

CAPÍTULO 15

Presente - 21 de mayo de 2024 Sesión 80

Ricardo Solís llegó veinticinco minutos tarde a su sesión.

Alba lo esperaba en su butaca, con el cuaderno oficial sobre el regazo y una taza de té frío a su lado. No estaba preocupada. Sabía que llegaría. Siempre llegaban. Especialmente cuando estaban tan rotos que ya no sabían cómo funcionar sin ella.

Cuando finalmente sonó el timbre, Alba contó hasta diez antes de levantarse. No podía parecer ansiosa. Tenía que mantener la apariencia de serenidad profesional. De que ella estaba bien. De que él era el que necesitaba ayuda.

Abrió la puerta.

Ricardo estaba apoyado contra la pared del rellano. El traje —el mismo Armani que había usado durante meses— le colgaba como si fuera dos tallas más grande. El rostro grisáceo. Los ojos hundidos con ojeras que parecían moretones. Temblaba ligeramente.

—Doctora. Lo siento. No... no encontraba el coche. Estaba en el aparcamiento pero no recordaba dónde lo había dejado. Tardé... no sé cuánto. ¿Media hora?

—No pasa nada, Ricardo. Ven. Siéntate.

Lo guió dentro. Ricardo caminaba con pasos inseguros, agarrándose a los muebles para mantener el equilibrio. Se dejó caer en el diván —ya ni siquiera se sentaba en el sofá; no tenía fuerzas para mantener la apariencia de control.

Alba lo observó desde su butaca.

Dieciocho meses. Sesenta y una semanas. Ciento veintiuna sesiones si contaba las que Ricardo no recordaba porque estaba inconsciente.

Y los resultados eran... perfectos.

Ricardo había perdido catorce kilos. Su función sexual era inexistente. Tenía lagunas de memoria cada hora. No podía trabajar. Apenas podía funcionar. Carmen estaba a punto de dejarlo. Lucía lloraba todas las noches.

Su vida se desmoronaba.

Exactamente como debía.

—¿Cómo ha ido la semana? —preguntó Alba con voz suave.

Ricardo soltó una risa que sonó más a sollozo.

—¿Qué semana? No recuerdo casi nada. Carmen dice que el lunes tuve un episodio en medio de la calle. Que me encontró sentado en una acera sin saber cómo había llegado ahí. El miércoles... creo que el miércoles no salí de la cama. O quizá fue el jueves. Ya no lo sé.

—Los episodios están empeorando.

—Sí. —Ricardo se frotó la cara con ambas manos—. Y los sueños... Dios, los sueños son cada vez más claros.

Alba se inclinó ligeramente hacia delante. Esta era la parte importante.

—Cuéntame sobre los sueños.

—Es siempre lo mismo. Pero ahora veo más detalles. La mujer... ya no es solo una silueta. Puedo ver... puedo ver que lleva un vestido. Azul. O marino. Está apartada. Sola. Y yo... —Se detuvo, respirando con dificultad—. Yo la observo. Como si fuera... como si fuera una presa.

—¿Una presa?

—Sí. Esa es la palabra que me viene. Como si estuviera cazando.

Alba escribió en su cuaderno. Su mano se mantuvo firme.

—¿Y qué pasa después?

—Le hablo. Le ofrezco algo. ¿Vino? Creo que es vino. Y ella... ella acepta. Porque es educada. Porque no sabe decir que no. Y yo...

—La voz de Ricardo se quebró—. Yo lo sé. Sé que no sabe decir que no. Por eso la elegí.

Silencio.

Alba dejó que se asentara. Contó cinco segundos antes de hablar.

—¿Por qué crees que la elegiste?

Ricardo levantó la vista. Tenía lágrimas en los ojos.

—Porque no era atractiva. Porque nadie la miraría dos veces. Porque si algo pasaba, nadie la creería.

Ahí estaba.

La verdad.

Cruda. Horrible. Honesta.

Alba sintió algo frío recorrerle la columna vertebral. No era rabia. Era algo más puro. Más claro.

Era validación.

Después de ocho años preguntándose si había sido su culpa. Si había hecho algo para provocarlo. Si de alguna forma lo había merecido.

Aquí estaba Ricardo Solís, diciéndole —sin saber que le hablaba a ella— exactamente por qué la había elegido.

Porque era fácil.

Porque nadie la creería.

Porque era invisible.

—¿Qué sientes cuando recuerdas eso? —preguntó Alba con voz neutra.

—Asco. Odio a mí mismo. Porque siento que es real. No es solo un sueño. Es... un recuerdo.

—¿Crees que lastimaste a alguien?

—Sí. —La palabra salió como un susurro—. Creo que lastimé a alguien. Quizá a varias.

Quizá a varias.

Alba cerró los ojos brevemente. Cuando los abrió, su expresión era perfectamente compuesta.

—Cuéntame sobre ellas.

Ricardo la miró con una expresión de absoluta desolación.

—No puedo verles las caras. Solo fragmentos. Una mujer con pelo rizado. Otra muy joven, casi una niña. Otra con un vestido rojo. Y la del vestido azul. Siempre vuelvo a ella. Es como si... como si hubiera sido la primera. O quizá la peor.

La peor.

Alba tuvo que concentrarse en mantener la respiración constante.

—¿Qué crees que les hiciste?

—Creo que... —Ricardo se tapó la cara con las manos—. Creo que las violé. Creo que soy un violador.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire de la consulta como humo tóxico.

Alba se levantó con calma y fue a la cocina. Preparó dos tés. Uno para Ricardo —con 18mg de Rohypnol, el más alto hasta ahora — y uno para ella, puro.

Volvió y le entregó la taza a Ricardo.

—Bebe. Te ayudará a calmarte.

Ricardo obedeció sin cuestionar. Bebió como un niño obediente. Como alguien que había entregado todo el control a otra persona.

A ella.

Alba volvió a su butaca y esperó.

—Ricardo, lo que estás experimentando es muy difícil. Memorias reprimidas que emergen. Culpa por acciones que tu mente consciente había bloqueado. Pero el hecho de que sientas culpa es importante. Significa que tienes conciencia moral.

—¿Y eso importa? Si violé a mujeres, ¿importa que me sienta mal por ello?

—Importa para tu proceso de sanación. No puedes cambiar el pasado. Pero puedes enfrentarlo. Aceptarlo. Y encontrar una forma de vivir con ello.

—No sé si quiero vivir con ello.

Los ojos de Ricardo estaban vidriosos. El Rohypnol empezaba a hacer efecto.

—¿Has pensado en hacerte daño?

—A veces. Pero no podría hacerle eso a Lucía. Ya le he hecho suficiente daño.

—Lucía te quiere. Eso no va a cambiar.

—¿Cómo puede quererme si soy un monstruo?

—No eres un monstruo. Eres una persona que hizo cosas terribles. Son cosas diferentes.

Alba no estaba segura de creer sus propias palabras. Pero sonaban bien. Terapéuticas. Compasivas.

Ricardo terminó el té. Su cabeza empezó a caer hacia delante.

—Me siento... mareado...

—Es el cansancio acumulado. Túmbate. Descansa.

Ricardo se tumbó en el diván sin resistencia. En menos de dos minutos estaba completamente inconsciente.

Alba esperó treinta segundos más. Luego se puso los guantes de nitrex, sacó su bolsa de lona del cajón y empezó a trabajar.

Tensiómetro: 108/68. Pulso: 48 ppm. Más bajo que la última vez. Preocupante pero no peligroso. Todavía.

Inyección de bromuro de pancuronio. 2mg.

Inyección de midazolam. 5mg.

Fotografías. Esta vez se centró en su rostro. Los ojos cerrados. La boca entreabierta. La absoluta vulnerabilidad.

Se agachó junto a él y le habló, aunque sabía que no podía oírla.

—Me elegiste porque era fácil. Porque nadie me creería. Tenías razón en eso. Nadie me creyó.

Se levantó y sacó su cuaderno secreto.

—Pero te equivocaste en una cosa. Pensaste que podías destruirme y no habría consecuencias. Que yo simplemente... desaparecería. Como si nunca hubiera existido.

Pasó las páginas del cuaderno. Meses de notas. De observaciones. De degradación meticulosamente documentada.

—Pero no desaparecí. Me transformé. En algo que tú creaste. En algo que debería darte terror.

Se inclinó de nuevo, cerca de su oído.

—Y todavía no me reconoces. Ni siquiera ahora, cuando estás describiendo exactamente lo que me hiciste, conectas que la mujer del vestido azul está sentada frente a ti. Que ha estado sentada frente a ti durante dieciocho meses. Que ha estado destruyéndote tan lentamente que ni siquiera lo notaste hasta que fue demasiado tarde.

Se apartó.

Guardó las herramientas. Limpió las superficies. Borró toda evidencia.

Se quitó los guantes y los tiró.

Se sentó en su butaca y esperó.

A los cuarenta y dos minutos, Ricardo empezó a moverse.

Alba abrió su cuaderno oficial y fingió escribir.

—¿Doctora? —La voz de Ricardo sonaba pastosa, confusa.

—Hola, Ricardo. Te quedaste dormido. Has estado descansando durante cuarenta minutos.

—No... no recuerdo...

—Estabas exhausto. Tu cuerpo necesitaba descansar.

Ricardo se incorporó con dificultad. Miró alrededor como si no reconociera la habitación.

—¿He dicho algo? ¿Mientras dormía?

—Nada importante. Solo murmullos.

—Tengo la boca seca.

—Es normal. Aquí. —Alba le pasó un vaso de agua.

Ricardo bebió. Sus manos temblaban tanto que derramó un poco.

—Doctora, yo... necesito preguntarle algo.

—Por supuesto.

—Las cosas que recuerdo. Los sueños. ¿Cree que son reales? ¿Cree que realmente violé a esas mujeres?

Alba lo miró directamente a los ojos.

—Creo que tu mente está procesando algo muy doloroso. Si es real o no, eso es algo que solo tú puedes responder.

—Pero usted tiene una opinión.

—Mi opinión no importa. Lo que importa es cómo te sientes tú. ¿Crees que lo hiciste?

Ricardo cerró los ojos.

—Sí. En lo más profundo, sí. Creo que lo hice.

—Entonces quizá sea hora de empezar a explorar cómo vives con esa verdad.

—No sé si puedo.

—Puedes. Y yo voy a ayudarte. Para eso estoy aquí.

Ricardo asintió, aunque no parecía convencido.

Se levantó para irse. Tambaleándose. Agarrándose a los muebles.

En la puerta, se giró.

—Gracias, doctora. Por no juzgarme. Por... estar aquí.

—Es mi trabajo, Ricardo. Nos vemos el jueves.

Cuando se fue, Alba cerró la puerta y se quedó de pie en el centro de su consulta.

Acababa de escuchar a Ricardo Solís confesar.

No ante un juez. No ante la policía. No ante nadie que importara legalmente.

Pero ante ella.

Ante la mujer que había violado.

Y todavía no lo sabía.

Alba fue a su escritorio y abrió el cuaderno secreto.

SESIÓN 80 – 21 DE MAYO DE 2024

Progreso significativo: Ricardo ha confesado. Sin presión directa. Sin leading questions. Él mismo ha llegado a la conclusión de que es un violador.

Ha descrito exactamente por qué me eligió: "No era atractiva. Nadie la creería."

Ha admitido que probablemente hay más víctimas.

Todavía no me reconoce.

Estado físico: Deterioro evidente. Pérdida de peso aproximada: 16kg desde inicio. Tensión arterial baja: 108/68. Pulso: 48 ppm. Función cognitiva severamente comprometida. Lagunas de memoria cada hora aproximadamente.

Estado psicológico: Culpa abrumadora. Ideación suicida pasiva (no activa todavía). Dependencia total de la terapia/de mí.

Evaluación: Estamos cerca. Muy cerca. Dos, quizá tres semanas más y estará completamente roto.

Entonces será el momento de revelar quién soy.

Entonces entenderá.

Entonces habrá justicia.

Nota personal: Hoy he sentido algo. Por primera vez en dieciocho meses, he sentido algo más que satisfacción fría. He sentido... no sé cómo llamarlo. ¿Poder? ¿Validación? ¿Cierre?

Me ha confesado. El sistema nunca me dio eso. El juez nunca me dio eso. Pero él me lo ha dado. Sin saber que me lo daba.

Eso debería ser suficiente.

¿Lo es?

No lo sé.

Alba cerró el cuaderno.

Se pesó: 54,2 kilos.
Doscientos gramos más que esta mañana.
Un pequeño destello de pánico.
Luego lo apartó.
Doscientos gramos no importaban.
Nada importaba excepto terminar lo que había empezado.
Se preparó su cena. Ensalada. Doscientas calorías exactas.
Hizo yoga durante una hora.
Se duchó.
Se acostó.
Y esa noche, por primera vez en semanas, soñó.
No con la sala de almacenamiento.
No con Ricardo violándola.
Soñó con él en el diván de su consulta.
Inconsciente. Vulnerable. Indefenso.
Y ella de pie sobre él, con una jeringa en la mano, diciendo:
"Ahora tú eres el que no tiene control. ¿Cómo se siente?"
Despertó a las cuatro de la mañana.
No sudando.
No gritando.
Solo... despierta.
Calmada.
Fría.
Lista para lo que venía después.

CAPÍTULO 16

Jueves, 23 de mayo de 2024

Lucía llegó a las seis en punto. Exactamente puntual. Como siempre.

Alba la vio desde la ventana de la consulta: saliendo del metro, caminando con la cabeza ligeramente agachada, los auriculares puestos, la mochila del instituto colgada de un hombro. Sudadera gris con capucha. Vaqueros. Converse desgastadas.

Diecisiete años y completamente invisible para el mundo.

Igual que Alba a los veintiséis.

Cuando Lucía entró a la consulta, traía esa expresión que Alba había aprendido a reconocer: el rostro de alguien que ha llorado recientemente pero se ha limpiado bien las lágrimas y espera que no se note.

Se notaba.

—Hola —dijo Lucía con voz pequeña.

—Hola, cariño. Siéntate. ¿Quieres agua? ¿Café?

—Agua está bien.

Alba le trajo un vaso y se sentó frente a ella. No en la butaca —demasiado formal para estas sesiones— sino en el sofá, dejando espacio entre ambas pero lo suficientemente cerca como para crear intimidad.

—¿Cómo ha ido la semana?

Lucía bebió agua despacio, como si necesitara tiempo para ordenar sus pensamientos.

—Mal. Muy mal. Mi padre está... no sé cómo explicarlo. Es como si estuviera desapareciendo. Ayer tuvimos que ir a buscarlo

porque llamó desde una parada de metro sin saber cómo había llegado ahí. No recordaba haber salido de casa.

Alba asintió con expresión preocupada.

—Debe ser muy difícil para ti. Ver a tu padre así.

—Lo es. Y mi madre... —Lucía se detuvo, mordiéndose el labio—. Mi madre está furiosa todo el tiempo. No lo dice, pero lo veo. Está enfadada con él. Como si fuera su culpa estar enfermo.

—¿Y tú? ¿Estás enfadada con él?

—No. Estoy asustada. Tengo miedo de que... de que no vuelva. De que un día desaparezca y eso sea todo.

—Ese miedo es muy real y muy válido.

Lucía dejó el vaso sobre la mesita. Se abrazó las rodillas contra el pecho.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro.

—¿Va a mejorar? De verdad. No la respuesta que le das a mi padre o a mi madre. La verdad.

Alba sostuvo su mirada.

—Honestamente, no lo sé. Tu padre está trabajando en cosas muy difíciles. Traumas del pasado que su mente había bloqueado. A veces, antes de mejorar, las cosas empeoran. Pero sí, creo que puede mejorar. Eventualmente.

—¿Y mientras tanto? ¿Qué hago yo?

—Lo que estás haciendo. Estar ahí. Apoyarlo. Y cuidarte a ti misma también. No puedes ayudarlo si tú misma te desmoronas.

Lucía asintió lentamente. Luego dijo, casi en un susurro:

—A veces deseo que simplemente... que se vaya. Que desaparezca y podamos seguir con nuestras vidas. Y luego me siento horrible por pensarlo.

—Es normal desear que el dolor termine. Eso no te hace mala persona. Te hace humana.

—No me siento humana. Me siento como... como un monstruo. Por desear que mi padre desaparezca.

Alba se inclinó ligeramente hacia delante.

—Lucía, mírame. No eres un monstruo. Eres una chica de diecisiete años que está pasando por algo increíblemente difícil. Y estás manejándolo mejor de lo que la mayoría de la gente manejaría. Te mereces crédito por eso.

Los ojos de Lucía se llenaron de lágrimas.

—No siento que me lo merezca. No siento que merezca nada.

—¿Por qué dices eso?

Lucía apartó la mirada.

—Porque... porque mírame. Soy gorda. Soy fea. Ningún chico me mira. No tengo amigas de verdad, solo gente que me tolera. Mi padre se está desmoronando y ni siquiera puedo ayudarlo. Soy... soy inútil.

Algo se retorció en el pecho de Alba.

Conocía esas palabras.

Las había pensado ella misma. Miles de veces. A los veintiséis años. A los veintisiete. Hasta que dejó de pensarlas porque se convirtió en alguien diferente.

Alguien que ya no era invisible.

—Lucía. —Alba esperó hasta que la chica la mirara—. Escúchame muy bien. No eres gorda. No eres fea. Y definitivamente no eres inútil.

—Entonces, ¿por qué nadie me ve?

—Porque eres invisible porque eliges serlo.

Lucía parpadeó, confundida.

—¿Qué?

Alba eligió sus palabras con cuidado.

—No quiero decir que sea tu culpa. Lo que quiero decir es que has construido una armadura. Ropa holgada. Sin maquillaje. La cabeza siempre agachada. Auriculares puestos. Todo diseñado para que la gente no te mire. Y funciona. Pero no porque seas fea. Sino porque les has dicho, sin palabras, que no quieres ser vista.

—Pero es que... no quiero ser vista. No así.

—¿Cómo quieres ser vista?

Lucía se quedó callada durante un largo rato.

—No lo sé. Como alguien que importa, supongo. Como alguien que... que existe.

—Ya existes. Ya importas. El problema es que tú no lo crees.

—¿Y cómo se supone que empiece a creerlo?

Alba sonrió.

—Actuando como si lo creyeras. Hasta que se vuelva verdad.

—No entiendo.

—Mira, la confianza no es algo que tienes o no tienes. Es algo que practicas. Como un músculo. Empiezas con cosas pequeñas. Levantar la cabeza cuando caminas. Hacer contacto visual. Vestirte de forma que te haga sentir bien, no de forma que te haga desaparecer. Y poco a poco, esas cosas pequeñas se vuelven grandes.

Lucía la miraba con una mezcla de esperanza y escepticismo.

—¿De verdad crees que funcionaría?

—Sé que funciona. Lo he visto. En mí misma. En otros pacientes.

—¿En ti misma? —Lucía se incorporó ligeramente—. ¿Tú también eras...?

—¿Invisible? Sí. Durante mucho tiempo.

—Pero eres... —Lucía hizo un gesto vago hacia Alba—. Eres delgada. Y guapa. Y la gente te escucha.

—Ahora. Pero no siempre fue así. Tuve que transformarme. Y fue duro. Pero valió la pena.

—¿Cómo lo hiciste?

Alba vaciló. Esta era la línea. Podía quedarse en el lado terapéutico —hablar de autoestima, de ejercicio saludable, de amor propio— o podía cruzarla.

Podía empezar a plantar semillas.

—Decidí que ya no quería ser la persona que todo el mundo ignoraba. Cambié mi aspecto. Mi forma de caminar. Mi forma de hablar. Me volví alguien que la gente notaba. Y luego, una vez que me notaban, me aseguré de que recordaran haberme visto.

—¿Y eso te hizo feliz?

La pregunta aterrizó como una piedra.

Alba se detuvo.

¿La había hecho feliz?

No.

Pero le había dado poder.

Y el poder era mejor que la felicidad.

—Me hizo sentir en control —dijo finalmente—. Y eso era lo que necesitaba.

Lucía asintió lentamente, absorbiendo la información.

—¿Crees que yo podría hacer eso? ¿Transformarme?

—Sé que podrías. Si quieres.

—¿Y si... y si cambio y sigo siendo invisible?

—No lo serás. Te lo prometo.

Era una promesa peligrosa.

Una promesa que Alba no debería hacer.

Pero la hizo de todas formas.

Porque parte de ella —una parte que no quería examinar demasiado de cerca— quería que Lucía tuviera lo que ella nunca tuvo.

Quería que Lucía fuera vista. Validada. Poderosa.

Incluso si eso significaba...

No.

Alba cortó ese pensamiento antes de que pudiera completarse.

—Hagamos algo —dijo, cambiando de tema—. La próxima semana, quiero que hagas un experimento. Algo pequeño. Solo para probar.

—¿Qué tipo de experimento?

—Elige un día. Cualquier día. Y sal de tu zona de confort. Solo un poco. Ponte algo que normalmente no te pondrías. Habla con alguien que normalmente ignorarías. Levanta la mano en clase. Lo que sea. Solo algo que te haga sentir... visible.

Lucía lo consideró.

—Está bien. Lo intentaré.

—Perfecto. Y luego me cuentas cómo fue.

Pasaron el resto de la sesión hablando de cosas más ligeras. El instituto. Una serie que Lucía estaba viendo. Un libro que Alba le recomendó.

Cuando terminó la hora, Lucía se levantó para irse. En la puerta, se giró.

—Alba... gracias. Por no tratarme como una niña. Por hablarme con honestidad.

—De nada. Eres más madura de lo que crees. Y más fuerte.

Lucía sonrió. Una sonrisa pequeña pero genuina.

—Nos vemos la semana que viene.

Cuando se fue, Alba cerró la puerta y se quedó de pie en el centro de su consulta.

Las manos le temblaban ligeramente.

¿Qué acababa de hacer?

¿Había ayudado a Lucía?

¿O había empezado a manipularla?

La línea era tan delgada que Alba no estaba segura de cuál lado estaba.

Parte de ella quería genuinamente ayudar a Lucía. Verla florecer. Convertirse en alguien seguro y fuerte.

Pero otra parte...

Otra parte veía a Lucía como una pieza. Una forma de lastimar a Ricardo de una manera que las drogas nunca podrían.

¿Qué sería peor para Ricardo? ¿Perder su mente? ¿O perder a su hija?

No físicamente. Alba nunca le haría daño físico a Lucía.

Pero si Lucía se transformara. Si se volviera visible. Si llamara la atención del tipo equivocado de persona...

No.

Alba apartó el pensamiento.

No iba a hacerle eso a Lucía.

No podía.

Lucía era inocente.

Lucía no había hecho nada malo.

Pero Ricardo sí.

Y usar a Lucía para destruirlo sería...

¿Justicia? ¿Venganza? ¿Ambas?

Alba no lo sabía.

Jueves, 30 de mayo de 2024

Lucía llegó radiante.

Alba lo notó inmediatamente. Había algo diferente en la forma en que caminaba. La cabeza un poco más alta. Sin auriculares. Incluso una ligera sonrisa.

—¿Qué pasó? —preguntó Alba en cuanto se sentaron.

—Hice el experimento. Lo que dijiste. Salir de mi zona de confort.

—¿Y?

—Y funcionó. Bueno, un poco. El lunes me puse una camiseta ajustada. Nada loco, solo... algo que no fuera dos tallas más grande. Y un chico de mi clase me dijo que me veía bien.

—Eso es genial.

—Lo sé. Sé que es tonto. Es solo un chico diciendo algo agradable. Pero... nadie me había dicho algo así antes. Nunca.

La alegría en el rostro de Lucía era tan pura, tan genuina, que Alba sintió algo retorcerse en su pecho.

—No es tonto. Es importante. Alguien te vio. De verdad te vio.

—Sí. Y se sintió... bien. Me hizo querer intentar más cosas.

—¿Cómo qué?

—No sé. Quizá ir a esa fiesta que mi amiga Martina mencionó. Normalmente digo que no. Pero quizá esta vez diga que sí.

Algo frío recorrió la columna de Alba.

Una fiesta.

Con chicos.

Con alcohol probablemente.

Con...

No.

Para.

—¿Qué tipo de fiesta? —preguntó Alba, manteniendo la voz neutral.

—De la universidad. El hermano de Martina estudia en la Pompeu Fabra. Va a haber una fiesta en su piso este sábado. Martina dice que puedo ir con ella.

—¿Tus padres saben?

—Mi madre no le importa. Está demasiado ocupada con mi padre. Y mi padre... bueno, él ni siquiera sabe qué día es la mitad del tiempo.

—Lucía...

—Lo sé. Sé que suena mal. Pero tengo diecisiete años. Casi dieciocho. Y nunca he ido a una fiesta de verdad. Nunca he... vivido. Siempre he sido la chica invisible que se queda en casa. Quiero cambiar eso. Tú dijiste que podía.

—Dije que podías trabajar en tu confianza. No dije que tuvieras que ir a fiestas con desconocidos.

—Pero es parte de lo mismo, ¿no? De no ser invisible. De arriesgarme.

Alba se quedó callada.

Lucía tenía razón.

Era exactamente lo que Alba había sugerido.

Y ahora Lucía lo estaba aplicando.

¿No era eso bueno?

¿No era exactamente lo que una terapeuta querría?

Que su paciente tomara riesgos saludables. Saliera de su zona de confort. Viviera.

Entonces, ¿por qué Alba sentía este nudo en el estómago?

—Solo... ten cuidado —dijo finalmente—. Las fiestas pueden ser... complicadas. Especialmente si hay alcohol.

—No voy a emborracharme. Solo quiero ir. Estar ahí. Ver qué se siente.

—Está bien. Pero prométeme algo. Si te sientes incómoda, si algo no te parece bien, te vas. Inmediatamente. No importa lo que diga tu amiga. No importa si parece de maleducada. Te vas. ¿Entendido?

—Entendido.

—Y mantén tu bebida contigo en todo momento. No aceptes bebidas que no hayas visto preparar. No dejes tu vaso sin vigilancia.

Lucía la miró con expresión extraña.

—Hablas como si fuera peligroso.

—Puede serlo. No digo que vaya a pasar nada malo. Solo digo que es mejor estar preparada.

—¿Te pasó algo a ti? ¿En una fiesta?

Alba vaciló.

—Sí. Hace tiempo. Y no quiero que te pase a ti.

Lucía asintió lentamente.

—Está bien. Tendré cuidado. Lo prometo.

Pero Alba podía ver en sus ojos la emoción. La anticipación.

Lucía iba a ir a esa fiesta.

E iba a estar vulnerable.

Exactamente como Alba había estado.

Exactamente como todas las mujeres que Ricardo había violado.

Esa noche, Alba se quedó despierta hasta las cuatro de la mañana.

Sentada en su sofá. Mirando el techo. Pensando.

Podía advertir a Lucía más explícitamente. Podía decirle que no fuera.

Podía llamar a Carmen. Decirle que su hija estaba planeando ir a una fiesta sin supervisión.

Podía...

¿Qué?

¿Proteger a Lucía?

¿O usarla?

Porque si algo le pasaba a Lucía en esa fiesta —si alguien se aprovechaba de ella, si alguien la lastimaba— sería devastador para Ricardo.

Más devastador que las drogas.

Más devastador que la pérdida de memoria.

Sería perder a su hija. No físicamente. Pero sí emocionalmente. Espiritualmente.

De la misma forma que él había destruido a Alba.

Ojo por ojo.

Hija por hija.

Futuro por futuro.

Era perfecto.

Demasiado perfecto.

Y Alba lo odiaba.

Odiaba que estuviera considerándolo.

Odiaba que una parte de ella —una parte oscura y fría que había nacido en aquella sala de almacenamiento— estuviera calculando cómo podría hacer que pasara.

Qué fiesta exactamente. Qué chico. Cómo asegurarse de que Lucía estuviera en el lugar equivocado en el momento equivocado.

Cómo recrear exactamente lo que le había pasado a ella.

Pero con la hija de Ricardo.

Alba fue al baño y vomitó.

Se quedó arrodillada en el suelo, con la frente apoyada contra la porcelana fría.

¿En qué se había convertido?

¿En qué la había convertido Ricardo?

En alguien que consideraría sacrificar a una chica inocente de diecisiete años para vengarse de su padre.

En alguien que podría hacer eso y llamarlo justicia.

En un monstruo.

Ricardo tenía razón.

Se limpió la boca y se miró en el espejo.

La mujer que le devolvió la mirada era delgada. Rubia. Hermosa en su frialdad.

Pero tenía los ojos muertos.

Como si algo esencial se hubiera apagado hace mucho tiempo y nunca volviera a encenderse.

Alba volvió a la cama pero no durmió.

Solo se quedó tumbada, mirando el techo, enfrentando la verdad que había estado evitando durante dieciocho meses.

No podía hacerle esto a Lucía.

No importaba cuánto odiara a Ricardo.

No importaba cuánto quisiera que sufriera.

Lucía era inocente.

Y Alba no podía —no lo haría— convertirse en la persona que Ricardo había sido.

El depredador.
El que veía a alguien vulnerable y decidía destruirla.
Si hacía eso, habría perdido.
Ricardo habría ganado.
Porque habría demostrado que tenía razón.
Que Alba no era nada importante.
Solo otra persona rota que pasaba el dolor adelante.
No.
Alba se incorporó en la cama.
Iba a proteger a Lucía.
No porque fuera lo estratégico.
Sino porque era lo correcto.
Y quizá —solo quizá— todavía quedaba algo humano en ella.
Algo que Ricardo no había podido matar del todo.

CAPÍTULO 17

Viernes, 31 de mayo de 2024

Alba entró a la consulta esa mañana con una resolución clara: iba a proteger a Lucía.

Le enviaría un mensaje. Le diría que la fiesta era mala idea. Que esperara. Que construyera su confianza de formas más seguras.

Abrió WhatsApp.

Escribió: *"Hola Lucía, he estado pensando en nuestra conversación de ayer..."*

Borró.

Escribió: *"Buenos días. Quería hablarte sobre la fiesta del sábado..."*

Borró.

¿Qué podía decir que no sonara controladora? ¿Que no revelara demasiado?

Dejó el teléfono sobre el escritorio.

Primero atendería a su paciente de las diez. Luego pensaría en Lucía.

La paciente de las diez era Mercedes. La profesora que había escapado de su marido maltratador.

Llegó con una sonrisa genuina. La primera que Alba le veía en meses.

—Doctora, tengo buenas noticias. Me han concedido la orden de alejamiento permanente. Tres años. Y he encontrado un piso. Pequeño, pero mío.

Alba sintió algo cálido en el pecho. Algo que casi había olvidado que podía sentir.

—Mercedes, eso es maravilloso. ¿Cómo te sientes?

—Asustada. Emocionada. Libre. Todo a la vez.

Pasaron la sesión hablando de la nueva vida de Mercedes. El piso. El trabajo. Los planes para el futuro.

Cuando Mercedes se fue, abrazó a Alba.

—Gracias. Por creer en mí cuando ni yo misma creía.

—Tú hiciste el trabajo difícil. Yo solo estuve aquí.

Cuando la puerta se cerró, Alba se quedó de pie en el centro de su consulta.

Esto. Esto era lo que debía hacer.

Ayudar a gente.

No destruirla.

Sacó el teléfono y escribió a Lucía:

"Hola Lucía. Sobre la fiesta de mañana - solo quiero que tengas mucho cuidado. Si necesitas algo, lo que sea, llámame. A cualquier hora."

Envió.

Un minuto después, Lucía respondió:

"Gracias Alba. Estaré bien. Te prometo que tendré cuidado."

Alba dejó el teléfono.

Bien.

Había hecho lo correcto.

Ricardo llegó a las cinco.

Peor que nunca.

Apenas podía caminar. Alba tuvo que ayudarlo a entrar. Lo sentó en el diván porque ya ni siquiera podía mantenerse erguido en el sofá.

—Doctora... —Su voz era un susurro ronco—. No sé cuánto más puedo aguantar.

—¿Qué ha pasado?

—Carmen me ha dejado. Bueno, no oficialmente. Pero se ha ido. Está en casa de su hermana. Dice que necesita espacio. Que no

puede verme así.

—Lo siento, Ricardo.

—Y Lucía... —Se le quebró la voz—. Lucía me mira como si tuviera miedo de mí. Como si fuera un extraño peligroso.

—¿Por qué crees que tiene miedo?

—Porque sabe. No conscientemente. Pero sabe que hice algo terrible. Los niños siempre saben.

Alba escribió en su cuaderno.

—¿Has recordado algo más?

—Sí. Más fragmentos. Más mujeres. Creo que... —Se frotó la cara—. Creo que llevo haciéndolo años. Desde antes de conocer a Carmen. Quizá después también. No lo sé. Todo es confuso.

—¿Cuántas mujeres crees que fueron?

—No lo sé. ¿Cinco? ¿Diez? ¿Más? No puedo... no puedo verlas a todas con claridad.

Cinco. Diez. Más.

Alba sintió que algo se endurecía en su pecho.

No una. No dos.

Diez o más.

Diez o más mujeres como ella.

Diez o más vidas destrozadas.

Y él seguía aquí. Libre. Con una familia. Con una vida.

Hasta que Alba se la quitó.

—Y lo peor —continuó Ricardo— es que parte de mí... parte de mí no se siente culpable. Sé que debería. Sé que lo que hice es imperdonable. Pero cuando lo recuerdo, cuando veo esas imágenes, también siento... —Se detuvo.

—¿Qué sientes?

—Poder. Como si en ese momento yo controlara todo. Como si ellas fueran... objetos. Cosas que podía usar.

Las palabras cayeron como piedras en agua estancada.

Alba se quedó muy quieta.

—¿Y ahora? ¿Cómo te sientes ahora sobre ello?

—Asco. Odio a mí mismo. Pero esa otra parte... esa parte que disfrutó del poder... todavía está ahí. Y eso es lo que más me aterroriza. Que incluso sabiendo lo que hice, incluso viendo el daño que causé, una parte de mí todavía lo recuerda como... —Su voz se volvió un susurro—. Como algo bueno.

Alba cerró el cuaderno.

Se levantó.

Fue a preparar el té.

Las manos no le temblaban.

Debían temblar. Debía sentir algo. Rabia. Horror. Algo.

Pero no sentía nada.

Solo ese frío cristalino.

Esa claridad perfecta.

Ricardo Solís no merecía redención.

No merecía terapia.

No merecía una segunda oportunidad.

Merecía exactamente lo que Alba le estaba haciendo.

Y merecía más.

Merecía perder todo.

Su mente. Su esposa. Su salud.

Y su hija.

El pensamiento llegó tan claro, tan simple, que Alba casi se rió.

Su hija.

Lucía.

La única cosa que Ricardo todavía amaba de verdad.

La única cosa pura en su vida de mierda.

Si Alba le quitaba eso...

No.

Había decidido que no.

Había decidido proteger a Lucía.

Había decidido no convertirse en el monstruo.

Pero...

¿Por qué?

¿Por qué debería proteger a la hija del hombre que la había violado?

¿Por qué debería Lucía tener un futuro cuando Alba no lo tuvo?

¿Dónde estaba la justicia en eso?

Alba miró el vial de Rohypnol en su mano.

Veinte miligramos. Más de lo que había usado nunca.

Suficiente para mantener a Ricardo inconsciente durante dos horas.

Suficiente para...

¿Qué?

¿Matarlo?

No. Eso sería demasiado fácil.

Demasiado rápido.

Demasiado misericordioso.

Ricardo merecía vivir.

Vivir con el conocimiento de lo que era.

Vivir con la pérdida de todo lo que amaba.

Vivir sabiendo que su hija había sufrido lo mismo que sus víctimas.

Por su culpa.

Porque él la había creado vulnerable.

Porque él había sido el modelo de hombre que ella aprendió a temer.

Y porque Alba había estado ahí para darle el último empujón.

La idea se formó completa en la mente de Alba.

Cristalina. Perfecta. Horrible.

Conocía a alguien.

Marcos Delgado.

Habían estudiado juntos en la facultad de medicina. Él había dejado la carrera en cuarto año. Rumores de conducta inapropiada con pacientes. Nunca probado. Nunca castigado.

Alba lo había visto en un bar hace seis meses. Habían charlado. Intercambiado números.

Marcos había preguntado si Alba quería "tomar algo en privado".

Alba había dicho no.

Pero se había guardado el número.

Porque nunca se sabía cuándo algo podría ser útil.

Marcos Delgado era exactamente el tipo de hombre que Ricardo había sido.

El tipo de hombre que veía a una chica vulnerable y veía una oportunidad.

El tipo de hombre que tenía Rohypnol en su piso.

El tipo de hombre que nunca había enfrentado consecuencias.

Alba podría...

No.

¿Qué estaba pensando?

Esto era una locura.

Esto era cruzar una línea de la que no habría retorno.

Preparó el té. Ambas tazas. Una con Rohypnol. Una sin.

Volvió a la consulta.

Ricardo la miró con ojos de perro apaleado.

—Gracias, doctora. Por escucharme. Por no juzgarme.

Alba le entregó el té.

—No te juzgo, Ricardo. Solo intento ayudarte a entender.

Él bebió.

Y mientras bebía, mientras el Rohypnol empezaba a hacer efecto, Alba tomó una decisión.

Una decisión terrible.

Una decisión de la que sabía que se arrepentiría.

O quizá no.

Quizá era incapaz de arrepentirse ya.

Cuando Ricardo se desplomó en el diván, inconsciente, Alba sacó su móvil.

Buscó el contacto.

Marcos Delgado.

Escribió:

"Hola Marcos. Soy Alba. ¿Te acuerdas de mí? Tenemos que ponernos al día. ¿Quedamos para un café?"

Envió.

La respuesta llegó en dos minutos.

"Alba!! Claro que me acuerdo. Pensé que nunca me escribirías. ¿Cuándo quedamos?"

Alba miró a Ricardo inconsciente en el diván.

Luego escribió:

"¿Qué tal hoy? Estoy libre esta noche."

Se reunieron en un bar de Gràcia.

Marcos había envejecido bien. Cuarenta años, pero parecía treinta y cinco. Sonrisa de vendedor. Ojos que evaluaban cada mujer que pasaba.

Pidieron cervezas.

Hablaron de la facultad. De viejos profesores. De compañeros que habían seguido caminos diferentes.

Marcos se inclinó más cerca.

—No puedo creer que finalmente hayas aceptado salir conmigo. Pensé que me ibas a hacer ghosting para siempre.

—He estado ocupada. Abrí mi propia consulta de psiquiatría.

—Impresionante. Yo también estoy en el sector salud. Bueno, tangencialmente. Vendo equipo médico. Paga bien. Muchos viajes.

—Suena interesante.

No lo era. Pero Alba sonrió de todas formas.

Marcos bebió más cerveza. Sus ojos recorrieron el cuerpo de Alba con descaro apenas disimulado.

—Estás increíble, por cierto. Te ves muy diferente a la facultad.

—Gracias. Cambié bastante.

—Ya lo veo. Para mejor, definitivamente.

Alba dejó que la conversación fluyera. Marcos hablaba sobre sí mismo. Sus viajes. Su piso en Poblenou. Las fiestas a las que iba.

—De hecho —dijo, pidiéndole otra cerveza al camarero—, hay una fiesta mañana. En la Pompeu Fabra. Un amigo está organizándola. Estudiantes universitarios, algunos mayores. Muy relajado. ¿Quieres venir?

Algo se conectó en la mente de Alba.

Pompeu Fabra.

La misma universidad que había mencionado Lucía.

—¿Pompeu Fabra? ¿En qué piso?

—Ah, no recuerdo la dirección exacta. Pero es en el Raval. Mi amigo Dani está organizándola. ¿Por qué? ¿Conoces a alguien ahí?

Alba vaciló solo un segundo.

—No. Solo curiosidad.

Pero la semilla estaba plantada.

La misma fiesta.

Era demasiada coincidencia.

O quizá no.

Barcelona era grande pero los círculos universitarios eran pequeños.

Y si Marcos iba a estar en esa fiesta...

Y Lucía también...

Alba podía...

No.

Paró ese pensamiento.

No iba a hacer esto.

Pero su boca siguió hablando.

—Suena divertido. Quizá vaya.

—Genial. Te mando la dirección. —Marcos le tocó la mano—. Podríamos ir juntos. Si quieres.

Alba sonrió.

—Veré cómo me siento mañana. He estado muy cansada últimamente.

—Entiendo. Pero espero que vengas. Podríamos... conocernos mejor.

El significado era claro.

Marcos quería acostarse con ella.

Y si Alba hubiera sido otra persona —la persona que era antes de transformarse— habría dicho no y se habría ido.

Pero no era esa persona.

Era alguien más frío. Más calculador.

Alguien que podía usar a Marcos.

—Quizá —dijo, dejando la posibilidad abierta.

Terminaron las cervezas.

Marcos pagó. Insistió.

En la calle, intentó besarla.

Alba se apartó suavemente.

—No tan rápido. Apenas nos estamos conociendo de nuevo.

—Tienes razón. Lo siento. Me emociono. —Sonrió sin arrepentimiento genuino—. ¿Te llevo a casa?

—No, está bien. Vivo cerca. Puedo caminar.

—Está bien. Te escribo mañana con la dirección de la fiesta.

—Perfecto.

Se despidieron.

Alba caminó a casa por las calles oscuras de Gràcia.

No sentía miedo. Ya no sentía miedo caminando sola de noche.

Porque lo peor que podía pasarle ya le había pasado.

Y había sobrevivido.

Se había transformado.

En algo que quizá era peor que lo que la había atacado.

En su piso, Alba se sentó frente al ordenador.

Abrió una ventana de incógnito.

Buscó: "Marcos Delgado Barcelona"

Encontró su LinkedIn. Su Facebook. Su Instagram.

Fotos en fiestas. Con mujeres diferentes. Siempre mujeres jóvenes. Siempre en situaciones con alcohol.

Algunas de las fotos tenían comentarios.

"Marcos eres un cerdo"

"Deberían denunciarte"

"Todos sabemos lo que hiciste"

Pero nada concreto. Nada que se pudiera usar.

Alba siguió buscando.

Encontró un foro anónimo. Una conversación de hace tres años.

Una mujer describiendo una agresión en una fiesta. Sin nombres. Pero los detalles...

Rohypnol. Una bebida aceptada de un hombre amable. Despertar en un piso que no reconocía. Sin recuerdos pero con el cuerpo dolorido.

Otro comentario en el mismo hilo: "Si fue en Poblenou, probablemente fue Marcos D. Lo hace todo el tiempo. Pero nunca lo denuncian porque no tienen pruebas."

Alba cerró el ordenador.

Marcos Delgado era un depredador.

Igual que Ricardo Solís.

Y nunca había enfrentado consecuencias.

Igual que Ricardo Solís.
Hasta ahora.
Alba podría detenerlo.
Podría advertir a todas las mujeres.
Podría denunciarlo.
O podría...
Usarlo.
Una vez.
Para una cosa.
Para Lucía.
Ojo por ojo.
Hija por hija.
Alba fue a la cocina. Se pesó: 54,1 kilos.
Preparó su cena pero no comió.
No tenía hambre.
Se quedó sentada en el sofá hasta las tres de la mañana.
Pensando.
Calculando.
Justificando.
Ricardo había violado a diez o más mujeres.
Había destrozado sus vidas.
Había robado sus futuros.
Y nunca había pagado.
Ni una sola consecuencia real.
Hasta Alba.
Pero no era suficiente.
Quitarle la mente no era suficiente.
Tenía que perder lo que más amaba.
Tenía que sentir lo que sintieron los padres de sus víctimas.
El horror. La impotencia. La culpa.
"Si hubiera protegido mejor a mi hija..."

"Si no la hubiera dejado ir..."

"Si hubiera estado ahí..."

Todas las cosas que los padres de Alba no habían podido decir porque ella era adulta cuando pasó.

Pero Lucía tenía diecisiete.

Y Ricardo sabría.

Sabría que había fallado en protegerla.

Sabría que su hija sufrió por su culpa.

Por los genes que le dio.

Por el mundo que creó.

Por ser el tipo de hombre que era.

Alba sacó su móvil.

Escribió a Marcos:

"¿Sabes qué? Sí iré mañana. ¿Me mandas la dirección?"

La respuesta llegó inmediatamente. Estaba despierto a las tres de la mañana también.

"Excelente! Calle Robadors 23, 3º. A partir de las 23:00. Te veo ahí ;)"

Alba guardó la dirección.

Luego escribió a Lucía:

"Hola Lucía. No puedo dormir y estaba pensando... sobre la fiesta de mañana. ¿Ya sabes a cuál vas exactamente?"

Lucía no respondió. Eran las tres de la mañana. Estaría durmiendo.

Alba dejó el teléfono.

Podía parar esto.

Todavía podía parar.

Solo tenía que no hacer nada.

No contactar a Marcos de nuevo.

No decirle nada sobre Lucía.

Dejar que la noche se desarrollara naturalmente.

O no.

Alba fue al cajón de su escritorio.

Sacó el cuaderno secreto.

Escribió:

PLAN FINAL

Objetivo: Completar la destrucción de Ricardo Solís haciéndole perder lo que más ama.

Método: Marcos Delgado + Lucía Solís + Fiesta Pompeu Fabra.

Justificación: Ricardo tomó mi cuerpo. Mi futuro. Mi capacidad de tener hijos. Ojo por ojo. Cuerpo por cuerpo. Hija por hija.

No es crueldad. Es equilibrio. Es justicia.

Pasos:

1. Confirmar que Lucía va a la fiesta en Robadors 23.
2. Dar información a Marcos de forma sutil.
3. Asegurarme de que estén en el mismo lugar.
4. Dejar que la naturaleza (la naturaleza de Marcos) siga su curso.

Nota: Lucía no morirá. No tendrá daño permanente físico. Solo... entenderá. Entenderá lo que es ser vulnerable. Entenderá lo que su padre hizo a otras mujeres. Y Ricardo entenderá. Entenderá finalmente. Lo que les hizo a todas.

Alba cerró el cuaderno.

Se miró en el espejo.

La mujer que le devolvió la mirada tenía los ojos muertos.

Completamente muertos.

Y Alba supo, en ese momento, que había cruzado una línea.

No cuando empezó a drogar a Ricardo.

No cuando planeó su destrucción.

Sino ahora.

En este momento.

Cuando decidió sacrificar a una chica inocente de diecisiete años para completar su venganza.

Había cruzado la línea.

Y no había vuelta atrás.

Se había convertido exactamente en lo que Ricardo era.

Un depredador.

Alguien que veía a una persona vulnerable y decidía usarla.

Por sus propios fines.

Sin importar el daño.

Alba fue al baño.

Vomitó.

Se lavó la cara.

Se miró en el espejo de nuevo.

Y supo que lo haría de todas formas.

Porque había llegado demasiado lejos.

Había invertido demasiado.

Había perdido demasiado de sí misma.

Y necesitaba que todo significara algo.

Necesitaba que Ricardo pagara completamente.

Aunque eso significara convertirse en el monstruo.

Aunque eso significara perder el último fragmento de su humanidad.

Aunque eso significara que él habría ganado al final.

Porque la había convertido en él.

Alba volvió a la cama.

Y esta vez durmió.

Profundamente.

Sin sueños.

Sin culpa.

Sin nada.
Solo el vacío frío donde solía estar su alma.

CAPÍTULO 18

Sábado, 1 de junio de 2024

Alba se despertó a las seis de la mañana con el teléfono vibrando.

Mensaje de Lucía:

"Buenos días! Sobre lo que preguntaste ayer - sí, la fiesta es en el Raval. Calle Robadors. Martina me pasó la dirección. ¿Por qué? ¿Conoces a alguien ahí?"

Alba se quedó mirando el mensaje durante cinco minutos completos.

Robadors 23.

La misma dirección que Marcos le había dado.

La misma fiesta.

No era coincidencia. Era confirmación.

El universo —o el karma, o lo que fuera— había puesto a Lucía y a Marcos en el mismo lugar.

Alba solo tenía que... no hacer nada.

Dejar que pasara.

O podía hacer algo.

Podía advertir a Lucía. Decirle que no fuera. Inventar una emergencia. Llamar a Carmen.

Sus dedos se movieron sobre el teclado.

"Solo curiosidad. Ten cuidado esta noche. Llámame si necesitas cualquier cosa."

Envió.

No era suficiente. Lo sabía. Pero tampoco era nada.

Era el punto medio. La cobardía disfrazada de neutralidad.

Alba se levantó. Se pesó: 54,0 kilos exactos.

Se duchó. Se vistió. Desayunó su yogur con granola.

Todo automático. Todo normal.

Como si este fuera un día cualquiera.

Como si no estuviera planeando —o al menos permitiendo— que una chica de diecisiete años fuera agredida sexualmente.

A las diez de la mañana, su teléfono sonó.

Marcos.

—¿Alba? Buenos días. Solo confirmaba para esta noche. ¿Sigues viniendo?

—Estoy... no estoy segura. Quizá. Depende de cómo me sienta.

—Vamos, será divertido. Música buena. Gente interesante. Y yo estaré ahí. —Se rió—. ¿Qué más necesitas?

Alba cerró los ojos.

—Marcos, déjame preguntarte algo. Estas fiestas... ¿qué tipo de gente va?

—De todo. Universitarios mayormente. Algunos profesionales jóvenes. ¿Por qué?

—¿Van chicas jóvenes? ¿De instituto?

Una pausa. Luego:

—A veces. Si tienen amigos en la universidad. ¿Por qué preguntas?

—Solo curiosidad. Quiero saber si voy a ser la mayor ahí.

Marcos se rió.

—Tranquila. Hay de todas las edades. Aunque sí, algunas chicas jóvenes vienen. —Su tono cambió ligeramente—. ¿Por qué? ¿Eso te molesta?

—No. Solo... quiero saber a qué voy.

—Vas a una fiesta divertida. Nada más. —Otra pausa—. Oye, Alba, ¿estás bien? Suenas rara.

—Estoy bien. Solo cansada.

—Está bien. Bueno, espero verte esta noche. Pero si no vienes, no pasa nada. Aunque me decepcionarás.

—Lo sé. Ya veremos.

Colgó.

Alba se quedó sentada con el teléfono en la mano.

¿Qué estaba haciendo?

¿De verdad iba a hacer esto?

A las dos de la tarde, Alba fue al gimnasio.

Necesitaba moverse. Quemar la energía nerviosa que le corría por las venas.

Corrió en la cinta durante una hora. Más rápido de lo habitual. Hasta que le ardían los pulmones y las piernas le temblaban.

No ayudó.

La culpa seguía ahí.

La culpa y algo más.

Anticipación.

Parte de ella —una parte oscura que odiaba reconocer— quería ver qué pasaría.

Quería ver a Ricardo destruido completamente.

Quería que sufriera como ella había sufrido.

Y si eso significaba sacrificar a Lucía...

No.

Para.

Lucía era inocente.

Alba se bajó de la cinta. Fue a los vestuarios. Se miró en el espejo.

Sudorosa. Despeinada. Ojos demasiado brillantes.

Se parecía a como se veía después de aquella noche hace ocho años.

Rota por dentro pero fingiendo estar entera por fuera.

¿Cuándo se había convertido en esto?

¿En alguien que consideraría arruinar la vida de una chica para vengarse de su padre?

Supo la respuesta.

El momento exacto.

15 de julio de 2016.

En una sala de almacenamiento.

Cuando Ricardo Solís tomó algo de ella que nunca podría recuperar.

No solo su cuerpo. No solo su futuro.

Sino su capacidad de ser buena.

De confiar. De amar. De perdonar.

La había convertido en esto.

En un monstruo.

Y ahora el monstruo quería reproducirse.

Quería crear más dolor. Más trauma. Más víctimas.

Porque si ella no podía tener paz, nadie podía.

Especialmente no la hija del hombre que la había destruido.

Alba vomitó en el lavabo del vestuario.

Una mujer mayor la miró con preocupación.

—¿Estás bien, hija?

—Sí. Solo... mareada. He corrido demasiado.

—Ten cuidado. No te esfuerces tanto.

La mujer se fue.

Alba se lavó la cara. Se enjuagó la boca.

Se obligó a mirar su reflejo.

—No vas a hacerlo —se dijo en voz baja—. No vas a arruinar la vida de una chica inocente. No vas a convertirte en lo que él es.

Pero su reflejo no respondió.

Solo la miraba con ojos fríos y muertos.

Los ojos de alguien que ya había cruzado demasiadas líneas para detenerse ahora.

A las seis de la tarde, Alba estaba en su piso.

Había preparado su ropa para la noche. Vestido negro ajustado. Tacones. Maquillaje más dramático de lo habitual.

Ropa para una fiesta.

Ropa para ser vista.

Pero no estaba segura de si realmente iría.

Se sentó en el sofá con el teléfono en la mano.

Podía llamar a Lucía. Decirle que no fuera. Inventar una emergencia familiar. Lo que fuera.

O podía llamar a Carmen. Advertirle. Decirle que su hija estaba en peligro.

O podía no hacer nada.

Y ver qué pasaba.

El teléfono vibró.

Mensaje de Lucía:

"Alba, estoy nerviosa. No sé qué ponerme. ¿Puedo enviarte fotos y me dices qué te parece?"

Alba cerró los ojos.

Lucía confiaba en ella.

Completamente.

La veía como mentora. Como guía. Como alguien seguro.

Y Alba estaba considerando...

"Claro. Envíame lo que estés pensando."

Tres fotos llegaron.

Primera: Lucía con vaqueros y camiseta. Lo que usaba siempre. Seguro. Invisible.

Segunda: Lucía con un vestido floral holgado. Bonito pero no atrevido.

Tercera: Lucía con vaqueros ajustados y una blusa negra ceñida. Mostrando su figura. Visible.

Alba miró las fotos durante mucho tiempo.

Podía decirle que usara la primera opción. Vaqueros holgados y camiseta. Lo que hacía invisible.

Lo que la protegería.

O podía decirle que usara la tercera. Ajustada. Llamativa.

Lo que la haría visible.

Lo que la pondría en peligro.

Sus dedos se movieron.

"La segunda opción. El vestido floral. Es bonito y te verás bien sin... exagerar. Para la primera fiesta, mejor ir con algo cómodo."

Envió.

No era protección completa. Pero tampoco era empujarla al peligro.

Era de nuevo el punto medio.

La cobardía.

Lucía respondió:

"Tienes razón. Gracias! Me siento mejor ahora. Te cuento cómo va mañana. Wish me luck!"

"Buena suerte. Y recuerda: cualquier cosa, llámame."

Alba dejó el teléfono.

Bien.

Había hecho lo correcto.

¿Verdad?

Había aconsejado a Lucía de forma segura.

Le había dado su número para emergencias.

Eso era suficiente.

No tenía que hacer más.

No tenía que llamar a Marcos y decirle: "Habrá una chica con vestido floral. Pelo castaño. Diecisiete años. Insegura. Vulnerable. Perfecta para ti."

No tenía que hacer eso.

Entonces, ¿por qué tenía el teléfono en la mano?

¿Por qué estaba buscando el contacto de Marcos?

¿Por qué sus dedos escribían un mensaje?

"Oye, creo que sí voy a ir esta noche. ¿A qué hora llegas?"

Marcos respondió inmediatamente:

"Excelente!! Sobre las 23:30. Llegaré un poco tarde, pero luego me quedo. ¿Nos vemos ahí?"

"Sí. Nos vemos."

Alba dejó el teléfono.

No había dicho nada sobre Lucía.

No había dado información.

Solo había confirmado que iría.

Eso no era hacer nada malo.

¿Verdad?

Podía ir a la fiesta. Ver cómo estaba Lucía. Asegurarse de que estuviera bien.

Protegerla si era necesario.

Sí. Eso es lo que haría.

Iría a proteger a Lucía.

No a... lo otro.

A las diez de la noche, Alba estaba vestida.

Vestido negro. Tacones. Maquillaje perfecto.

Se miró en el espejo.

Irreconocible de quien había sido hace ocho años.

Se preguntó si Ricardo la reconocería ahora.

Probablemente no.

Nunca la había mirado realmente.

Ni entonces. Ni ahora.

Para él, ella siempre había sido invisible.

Un objeto. Una cosa. No una persona.

Igual que Lucía era invisible para el mundo.

Hasta que Alba la había ayudado a ser vista.

¿Y ahora qué?

¿La estaba ayudando?

¿O la estaba preparando para el matadero?

Alba salió de su piso a las diez y media.

Tomó el metro hasta el Raval.

Caminó por las calles oscuras hasta Robadors 23.

Un edificio viejo. Pintada en las paredes. Basura en la entrada.

Música sonaba desde el tercer piso.

Alba subió las escaleras.

La puerta del piso estaba abierta. Gente entraba y salía libremente.

Entró.

El piso era grande. Cuatro habitaciones. Salón amplio lleno de gente. Música a todo volumen. Olor a cerveza y sudor y perfume barato.

Universitarios mayormente. Algunos más jóvenes. Algunos mayores.

Alba se movió por el piso. Buscando.

En el salón, encontró a Marcos.

Hablando con dos chicas. Jóvenes. Dieciocho, quizá diecinueve.

Las chicas reían. Bebían de vasos rojos de plástico. Marcos les rellenaba las bebidas.

Alba observó desde la distancia.

Marcos vio a Alba y sonrió. Le hizo señas para que se acercara.

—¡Alba! Viniste. —La abrazó. Olía a cerveza y a esa colonia dulzona que usan los hombres que intentan demasiado—. Estas son Carla y Bea. Estudiantes de primero.

Las chicas la miraron con esa mezcla de admiración e inseguridad que las chicas jóvenes tienen con mujeres mayores

atractivas.

—Hola —dijeron al unísono.

—Hola. Encantada.

Marcos le pasó una cerveza a Alba. Ella la aceptó pero no bebió.

—¿Has visto el piso? Es enorme. Cuatro habitaciones. Dani tiene suerte de vivir aquí.

—Está bien.

Alba siguió buscando con la mirada.

Y entonces la vio.

En la esquina del salón. Junto a otra chica —Martina, probablemente.

Lucía.

Con el vestido floral que Alba le había recomendado.

Pelo suelto. Un poco de maquillaje. No mucho.

Se veía bonita. Joven. Vulnerable.

Y completamente fuera de lugar.

Sostenía un vaso de plástico con ambas manos. Como un salvavidas.

Miraba alrededor nerviosamente.

Alba sintió algo retorcerse en su pecho.

Lucía la vio.

Sus ojos se abrieron con sorpresa. Luego con alivio.

Empezó a caminar hacia Alba.

No.

No podía dejar que Lucía se acercara.

No mientras estaba con Marcos.

No mientras...

Pero ya era tarde.

—¿Alba? —Lucía llegó a su lado—. No sabía que estarías aquí.

Marcos miró a Lucía. Luego a Alba.

—¿Se conocen?

Alba vaciló solo un segundo.

—Lucía es... una amiga. De la familia.

—Qué pequeño es el mundo. —Marcos sonrió a Lucía—. ¿Quieres algo de beber? Estoy sirviendo.

—Yo... ya tengo. —Lucía levantó su vaso—. Gracias.

—¿Qué es?

—Coca-Cola.

—¿Solo Coca-Cola? Qué aburrido. Déjame prepararte algo mejor. ¿Te gusta el ron?

—No bebo. Tengo diecisiete.

Las palabras cayeron como piedras.

Marcos parpadeó.

—Ah. Bueno. Coca-Cola está bien entonces. —Miró a Alba con una expresión que Alba no pudo descifrar. ¿Decepción? ¿Cálculo? ¿Ajuste de planes?

Lucía se acercó más a Alba.

—No sabía que vendrías. ¿Conoces a esta gente?

—A algunos. No mucho.

—Estoy... un poco asustada. Hay mucha gente. Y no conozco a nadie excepto a Martina. Y ella está... —Señaló hacia donde Martina estaba besándose con un chico en un sofá—. Ocupada.

Alba miró a Lucía.

Diecisiete años. Asustada. Vulnerable. Buscando protección.

En el peor lugar posible.

Con el peor tipo de gente.

Y Alba había...

¿Qué había hecho exactamente?

¿La había protegido?

¿O la había llevado aquí?

—Quédate conmigo —dijo Alba—. No te separes.

—¿De verdad?

—Sí. Quédate cerca.

Lucía asintió, visiblemente aliviada.

Marcos observaba la interacción con interés.

—¿Cómo se conocen exactamente?

—Trabajo con su familia —dijo Alba.

—Ah. ¿Eres doctora, verdad? ¿Qué tipo de doctora?

—Psiquiatra.

—Interesante. —Marcos miró a Lucía de nuevo—. ¿Tu familia te conoce bien entonces?

—Sí. Alba es... es muy importante para nosotros.

Marcos asintió lentamente.

Alba podía ver las ruedas girando en su cabeza.

Lucía era menor. Pero si Alba la conocía... si confiaba en Alba... quizá eso podía usarse.

No.

Alba se interpuso ligeramente entre Marcos y Lucía.

—Marcos, ¿puedo hablar contigo? Un segundo. En privado.

—Claro.

Se apartaron hacia la cocina. Lucía se quedó en el salón, mirando su teléfono nerviosamente.

En la cocina, Alba se giró hacia Marcos.

—Lucía es menor. Diecisiete. Y es vulnerable. No... no la toques.

Marcos levantó las manos.

—Tranquila. No iba a hacer nada. Solo estaba siendo amable.

—Lo digo en serio.

—Te escucho. No la tocaré. —Sonrió—. Hay muchas otras chicas aquí.

Pero la forma en que lo dijo...

La forma en que miró hacia el salón...

Alba supo que no podía confiar en él.

Claro que no podía.

Era un depredador.

Como Ricardo.

Vería a Lucía —joven, insegura, sola— y vería una oportunidad.

No esta noche. No con Alba vigilando.

Pero quizá en otra fiesta. Con otras circunstancias.

Los Marcos del mundo siempre encontraban a las Lucías.

Igual que los Ricardo encontraban a las Albas.

A menos que alguien los detuviera.

Alba miró a Marcos.

Luego tomó una decisión.

No la que había planeado.

Sino otra diferente.

—Marcos, déjame preguntarte algo. ¿Has oído hablar del Rohypnol?

Su expresión cambió. Solo un segundo. Pero fue suficiente.

—¿Por qué preguntas?

—Porque eres exactamente el tipo de persona que lo usaría. He visto tu historial. Las denuncias. Los rumores. Todo.

Marcos dio un paso atrás.

—No sé de qué hablas.

—Sí sabes. Y voy a hacer algo que debí hacer antes. Voy a asegurarme de que nunca más puedas hacer lo que haces.

—¿Me estás amenazando?

—Te estoy advirtiendo. Si te vuelvo a ver cerca de Lucía —o de cualquier chica vulnerable—, voy a la policía con todo lo que tengo. Y créeme, tengo mucho.

No era verdad. No tenía nada concreto. Pero Marcos no lo sabía.

—Estás loca.

—Probablemente. Pero soy una loca con contactos. Y con motivación. Aléjate de Lucía. Aléjate de chicas como ella. O te destruiré.

Marcos la miró con odio puro.

—Vete a la mierda.

Salió de la cocina y del piso. Portazo.

Alba respiró hondo.

Bien.

Marcos se había ido.

Lucía estaba a salvo.

Por ahora.

Volvió al salón.

Lucía seguía ahí, pero ahora parecía más incómoda. Dos chicos se habían acercado. Le hablaban. Ella sonreía educadamente pero su lenguaje corporal gritaba incomodidad.

Alba se acercó.

—Lucía. Vámonos.

—¿Ya?

—Sí. Esto no es... esto no es para ti. Todavía no.

—Pero Martina...

—Martina está bien. Tú no. Vámonos.

Lucía asintió, visiblemente aliviada.

Salieron del piso juntas.

En la calle, Lucía respiró hondo.

—Gracias. No sabía cómo salir de ahí.

—De nada.

—¿Por qué viniste? A la fiesta.

Alba vaciló.

—Para asegurarme de que estuvieras bien.

—¿Sabías que estaría aquí?

—...Sí.

—¿Y viniste para protegerme?

Alba no respondió inmediatamente.

Había venido para...

¿Qué exactamente?

¿Protegerla?

¿Usarla?

¿Ambas cosas?

—Sí —dijo finalmente—. Vine para protegerte.

No era toda la verdad.

Pero tampoco era mentira.

Al final, había elegido protegerla.

Había elegido no convertirse en el monstruo.

Había elegido detener a Marcos en lugar de usarlo.

Quizá eso contaba.

—Eres la mejor —dijo Lucía, abrazándola.

Alba le devolvió el abrazo.

Y sintió algo.

No la satisfacción fría que había sentido atormentando a Ricardo.

Sino algo más cálido.

Algo parecido a... alivio.

Acompañó a Lucía hasta el metro.

Se aseguró de que tomara el tren correcto.

Se quedó en el andén hasta que el metro desapareció.

Luego caminó a casa.

Lentamente.

Pensando.

Había estado tan cerca.

Tan cerca de cruzar la línea final.

De sacrificar a Lucía para destruir a Ricardo.

De convertirse en lo que él era.

Pero no lo había hecho.

En el último momento, había elegido diferente.

¿Eso la hacía buena persona?

No.

Seguía siendo alguien que había torturado a un hombre durante dieciocho meses.

Alguien que había planeado —aunque fuera brevemente— orquestar la agresión de una adolescente.

Pero no lo había hecho.

Había detenido a Marcos.

Había protegido a Lucía.

Quizá eso significaba que todavía quedaba algo humano en ella.

Un fragmento.

Pequeño. Dañado. Casi inexistente.

Pero ahí.

En su piso, Alba se pesó: 54,3 kilos.

Trescientos gramos más que por la mañana.

Normalmente eso la habría enviado a una espiral de pánico.

Pero esa noche no le importó.

Se preparó para dormir.

Y cuando cerró los ojos, por primera vez en semanas, no tuvo pesadillas.

Soñó con Lucía.

Sana. Salva. Sonriendo.

Y cuando despertó, supo que había tomado la decisión correcta.

No por Ricardo.

Sino por sí misma.

Porque si destruía a Lucía para destruir a Ricardo, habría perdido todo.

La última parte de ella que valía salvar.
Y eso, al final, era lo único que importaba.

CAPÍTULO 19

Domingo, 2 de junio de 2024

Alba se despertó a las nueve de la mañana con un mensaje de Lucía.

"Buenos días! Gracias de nuevo por lo de anoche. De verdad. Creo que me salvaste. Esa fiesta era... rara. No me sentí cómoda. Pero me alegro de haber ido porque aprendí algo: no todas las experiencias nuevas son buenas. Y está bien decir que no. Gracias por enseñarme eso también."

Alba leyó el mensaje tres veces.

Lucía había aprendido. Había salido de la experiencia más fuerte, no más rota.

Y Alba había elegido eso.

En lugar de destrucción, había elegido protección.

Respondió:

"De nada, cariño. Me alegro de que estés bien. Y tienes razón - saber cuándo decir no es tan importante como saber cuándo decir sí. Estoy orgullosa de ti."

Envió el mensaje y se quedó mirando la pantalla.

"Estoy orgullosa de ti."

¿Cuándo fue la última vez que había sentido orgullo por algo?

No orgullo por su transformación física. Eso era vanidad mezclada con supervivencia.

No orgullo por su plan de venganza contra Ricardo. Eso era... otra cosa.

Sino orgullo genuino por haber hecho lo correcto.

Por haber protegido a alguien vulnerable en lugar de usarla.

Se levantó y fue a la cocina. Preparó café. Desayunó su yogur con granola.

Todo normal. Todo rutinario.

Pero algo había cambiado.

Algo sutil pero fundamental.

Por primera vez en ocho años, Alba no se sentía completamente vacía.

Había una pequeña chispa. Un fragmento de calidez.

No era felicidad. Todavía no.

Pero era... algo.

Algo que no fuera el frío cristalino que había dominado su vida desde aquella noche en la galería.

Se pesó: 54,2 kilos.

Doscientos gramos más que ayer por la mañana.

Esperó a que llegara el pánico. La necesidad de compensar. De saltarse el desayuno. De hacer dos horas de ejercicio.

No llegó.

En su lugar, pensó: "Doscientos gramos no importan. Estoy bien."

Y se lo creyó.

A las once, sonó el teléfono.

Número desconocido.

—¿Sí?

—¿Doctora Montes? Soy Carmen Vidal. La esposa de Ricardo Solís.

Alba se tensó.

—Hola, Carmen. ¿Está todo bien?

—No. No está bien. Ricardo está... está muy mal. Peor que nunca. Ayer tuvo un episodio terrible. Se despertó gritando. Decía que había hecho cosas horribles. Que era un monstruo. Intenté calmarlo pero... —Su voz se quebró—. No pude. Tuve que llamar a una ambulancia.

—¿Está en el hospital?

—Sí. En el Clínic. Observación psiquiátrica. Dicen que tiene ideación suicida activa. Que no pueden dejarlo ir.

Algo frío recorrió la columna de Alba.

Ideación suicida activa.

Eso significaba que Ricardo había expresado un plan concreto para matarse.

Eso significaba que estaba al borde.

Exactamente donde Alba lo había querido.

Pero ahora, escuchando la voz rota de Carmen, sintió... no satisfacción.

Sino algo más complicado.

—¿Puedo ir a verlo? —preguntó Alba—. Como su terapeuta, puedo solicitar acceso.

—Por favor. Quizá usted pueda... no sé. Ayudarlo. Porque yo no puedo. Ya no puedo más.

—Entiendo. Voy para allá.

—Doctora... —Carmen vaciló—. ¿Qué le pasa a mi marido? De verdad. No me dé la versión suave. Necesito saber.

Alba cerró los ojos.

—Creo que está enfrentando cosas de su pasado. Cosas que su mente había bloqueado. Y ahora que están emergiendo, no sabe cómo vivir con ellas.

—¿Qué tipo de cosas?

—Eso es algo que Ricardo tiene que contarle. No yo.

—Pero usted lo sabe.

—Sé algunas cosas. Sí.

—¿Es... es algo que debería saber? ¿Algo que me afecta a mí? ¿A Lucía?

Alba pensó en cómo responder.

—Creo que eventualmente, sí. Deberá saberlo. Pero no ahora. Primero necesitamos estabilizar a Ricardo. Luego podemos hablar

de... el resto.

Carmen suspiró.

—Está bien. Estaré en el hospital. Habitación 412.

Colgó.

Alba se quedó sentada en su sofá.

Ricardo estaba en el hospital.

Con ideación suicida.

Porque Alba lo había llevado ahí.

Sistemáticamente. Metódicamente. Durante dieciocho meses.

Había funcionado.

Su plan había funcionado.

Ricardo estaba roto.

Entonces, ¿por qué no se sentía victoriosa?

El Hospital Clínic era el mismo donde Alba había hecho su residencia.

Donde la habían operado después de la violación.

Donde le habían dicho que nunca podría tener hijos.

Entrar por las puertas automáticas fue como viajar en el tiempo.

Los mismos pasillos. El mismo olor a desinfectante y enfermedad. Las mismas luces fluorescentes.

Subió a la cuarta planta. Psiquiatría.

Habló con la enfermera de guardia. Explicó que era la terapeuta privada de Ricardo Solís. Mostró sus credenciales.

—Habitación 412. Está sedado pero puede visitarlo. Su esposa está ahí también.

Alba caminó por el pasillo hasta la 412.

La puerta estaba entreabierta.

Dentro, Carmen estaba sentada en una silla junto a la cama. Lucía estaba de pie junto a la ventana, mirando hacia afuera.

Y en la cama, conectado a monitores, estaba Ricardo.

Pálido. Demacrado. Dormido o inconsciente, Alba no estaba segura.

Carmen levantó la vista cuando Alba entró.

—Gracias por venir.

—¿Cómo está?

—Sedado. Le dieron algo para calmarlo. El psiquiatra de guardia dice que necesita evaluación completa. Que quizá tenga que quedarse ingresado varias semanas.

Lucía se giró desde la ventana. Sus ojos estaban rojos.

—Alba. No sabía que vendrías.

—Tu madre me llamó.

Lucía se acercó y abrazó a Alba. Fuerte. Desesperada.

—Está muy mal. Nunca lo había visto así. Tengo miedo de que... de que haga algo.

—No lo hará. Está en el lugar correcto. Aquí pueden ayudarlo.

Pero incluso mientras lo decía, Alba se preguntaba si era verdad.

¿Podían ayudarlo?

¿Debían ayudarlo?

¿Se merecía ayuda?

Carmen se levantó.

—Voy a buscar café. Lucía, ¿vienes?

—Sí. —Lucía miró a Alba—. ¿Te quedas con él?

—Sí. Me quedo.

Salieron de la habitación.

Alba se quedó sola con Ricardo.

Se acercó a la cama.

Lo miró.

Este hombre.

Este hombre que la había violado.

Que había violado a diez o más mujeres.

Que había construido una vida sobre cuerpos destrozados.

Que nunca había enfrentado consecuencias.

Hasta ahora.

Ahora estaba aquí. Roto. Sedado. Al borde del suicidio.

Por culpa de Alba.

Debería sentirse bien.

Debería sentirse victoriosa.

Pero mirándolo ahora —tan vulnerable, tan destruido—, Alba solo sentía...

Cansancio.

Un cansancio profundo. De huesos. De alma.

Cansancio de odiar.

Cansancio de planear.

Cansancio de ser el monstruo.

Se sentó en la silla que Carmen había dejado.

—Me has convertido en esto —dijo en voz baja—. Me has convertido en alguien que puede hacer lo que te he hecho. Alguien que puede drogar a una persona inconsciente. Fotografiarla. Torturarla psicológicamente durante meses. Alguien que casi... —Se detuvo.

Casi había sacrificado a Lucía.

Casi se había convertido exactamente en lo que Ricardo era.

Un depredador.

—Pero no lo hice —continuó—. Elegí diferente. Salvé a tu hija. Aunque tú no salvaste a nadie. Nunca.

Ricardo no respondió. Seguía dormido.

Alba se inclinó hacia delante.

—¿Sabes quién soy? ¿De verdad no me reconoces? Después de todo este tiempo, ¿ni siquiera una vez has mirado mi cara y has pensado: 'La conozco'?

Nada.

—Soy la mujer del vestido azul. La de la galería. Hace ocho años. La que dijiste que era fácil. La que violaste en una sala de almacenamiento. La que denunció y no le creyeron. La que perdió su futuro porque tú decidiste que mi cuerpo era tuyo para tomar.

Su voz se quebró ligeramente.

—Pasé seis años transformándome. Convirtiéndome en alguien que tú nunca reconocerías. Aprendiendo farmacología. Síntesis química. Psicología del trauma. Todo para poder hacer esto. Para poder destruirte de la forma en que tú me destruiste.

Se limpió los ojos. No había llorado. Pero casi.

—Y funcionó. Mírate. Estás roto. Tu esposa está a punto de dejarte. Tu hija tiene miedo de ti. Tu mente se está desmoronando. Has perdido todo. Exactamente como yo perdí todo.

Se levantó.

—Debería sentirme bien por ello. Debería sentir que esto es justicia. Pero no lo siento. Solo me siento... vacía. Porque al hacer esto, al destruirte, también me destruí yo. Me convertí en algo que odio. En algo que tú creaste.

Miró hacia la puerta. Carmen y Lucía todavía no volvían.

—No sé qué hacer ahora. Si te dejo aquí, probablemente te recuperarás. Eventualmente. Con ayuda real. Sin mis drogas. Sin mi manipulación. Y volverás a tu vida. No recordarás lo que te hice. No sabrás que fui yo. Y vivirás. Mientras yo sigo rota.

Se acercó más.

—O podría terminar lo que empecé. Podría revelar quién soy. Decirte exactamente lo que te hice. Hacerte entender. Hacerte sufrir el conocimiento de que tu víctima te torturó durante dieciocho meses y nunca lo supiste.

Ricardo se movió ligeramente. Sus párpados temblaron.

—¿Qué hago? —susurró Alba—. ¿Qué hago contigo?

Los ojos de Ricardo se abrieron.

Lentamente. Confusos. Nublados por la sedación.

Miró alrededor. Luego vio a Alba.

—¿Doctora?

Su voz era pastosa. Débil.

—Estoy aquí, Ricardo.

—¿Dónde... dónde estoy?

—En el hospital. Tuviste un episodio. Te trajeron aquí.

—No... no recuerdo.

—Lo sé.

Ricardo la miró con ojos llenos de dolor.

—He hecho cosas terribles. ¿Verdad? No es solo mi imaginación.

Alba vaciló.

Este era el momento.

Podía decírselo.

Podía revelar todo.

"Sí, hiciste cosas terribles. Y yo soy una de ellas. Soy la mujer que violaste. Y he estado destruyéndote durante dieciocho meses. Cada droga. Cada laguna de memoria. Cada síntoma. Todo fui yo. Vengándome."

Las palabras estaban ahí. En la punta de su lengua.

Pero no salieron.

Porque Alba se dio cuenta de algo.

Si se lo decía ahora, Ricardo moriría.

No físicamente. Bueno, quizá sí físicamente también. Estaba tan frágil que el shock podría matarlo.

Pero definitivamente moriría psicológicamente.

Se desmoronaría completamente.

Y parte de Alba —la parte que había orquestado todo esto— quería eso.

Quería verlo destruido por el conocimiento.

Pero otra parte...

Otra parte recordaba a Lucía abrazándola esta mañana.

Recordaba a Mercedes, la profesora maltratada, reconstruyendo su vida.

Recordaba a Jordi, luchando contra su pánico para recuperar su normalidad.

Recordaba que era terapeuta.

Que ayudaba a gente.

Que era buena en ello.

Y que si destruía completamente a Ricardo ahora, también destruiría a Carmen. Y a Lucía.

Ellas eran inocentes.

No merecían perder a esposo y padre así.

Aunque él no mereciera salvarse.

—Sí —dijo finalmente—. Creo que hiciste cosas terribles. Pero ahora tienes que decidir cómo vivir con ello.

—No puedo. No sé cómo.

—Entonces aprenderás. Con ayuda. Ayuda real. No de mí.

Ricardo la miró confundido.

—¿No de usted? Pero usted es mi terapeuta.

—Ya no. Voy a transferir tu caso. A alguien mejor. Alguien que pueda ayudarte realmente.

—¿Por qué?

Porque ya no puedo seguir haciendo esto. Porque he ido demasiado lejos. Porque casi perdí lo último de mi humanidad. Porque si sigo, me convertiré completamente en el monstruo. Y no quiero eso. Ya no.

—Porque has llegado a un punto donde necesitas tratamiento más intensivo de lo que puedo ofrecer en consulta privada. Necesitas hospitalización. Terapia diaria. Psiquiatras especializados en trauma. Yo solo... ya no soy la persona adecuada para ti.

—Pero confío en usted.

Esas palabras fueron un puñal.

Porque Ricardo confiaba en ella.

Completamente.

Y Alba había usado esa confianza para torturarlo.

—Lo sé. Pero aun así. Es lo mejor.

La puerta se abrió. Carmen y Lucía entraron con cafés.

Carmen miró a Alba.

—¿Está despierto?

—Sí. Acaba de despertar.

Carmen se acercó a la cama.

—Ricardo. ¿Cómo te sientes?

—Confundido. Cansado. Lo siento, Carmen. Por todo.

Carmen tomó su mano.

—Ya hablaremos de eso. Ahora descansa.

Alba se levantó.

—Voy a hablar con el psiquiatra de guardia. Ver qué plan de tratamiento recomiendan.

Salió de la habitación.

En el pasillo, se apoyó contra la pared y respiró hondo.

Había tomado una decisión.

Se retiraría.

Transferiría el caso de Ricardo a otro terapeuta.

No le diría quién era ella.

No completaría su venganza.

Dejaría que Ricardo se recuperara. Si podía.

Dejaría que viviera con su culpa. Su conocimiento de lo que había hecho.

Pero sin el conocimiento de lo que Alba le había hecho a él.

Era misericordia.

Misericordia que él no merecía.

Pero que Alba necesitaba dar.

Porque si no, perdería completamente la guerra.

Ricardo habría ganado.

No porque la violara.

Sino porque la habría convertido en él.

Y Alba no podía permitir eso.

No después de haber salvado a Lucía.

No después de haber visto que todavía quedaba algo humano en ella.

Encontró al psiquiatra de guardia. Dr. Ramírez. Cuarenta y tantos. Expresión seria pero amable.

—Doctor Ramírez, soy Alba Montes. Terapeuta privada de Ricardo Solís.

—Ah, sí. Su nombre está en el historial. ¿Quiere hablar sobre su paciente?

—Sí. Y quiero transferir su caso. Creo que ha alcanzado un nivel de complejidad que requiere hospitalización prolongada y tratamiento especializado que yo no puedo proporcionar.

—Entiendo. ¿Puede darme contexto sobre su historia?

Alba vaciló.

Podía decir la verdad. Que Ricardo era un violador en serie que estaba empezando a recordar sus crímenes.

O podía...

—Trauma reprimido. Posiblemente relacionado con conductas sexuales inapropiadas en el pasado. Amnesia disociativa. Ideación suicida emergente. Necesita evaluación completa y tratamiento a largo plazo.

No era toda la verdad.

Pero era suficiente.

—De acuerdo. Lo mantendremos en observación esta semana. Haremos evaluación completa. Luego determinaremos si necesita hospitalización prolongada o tratamiento ambulatorio intensivo.

—Gracias. Les enviaré todas mis notas. —Las oficiales, no las secretas—. Por email.

—Perfecto. ¿Algo más que deba saber?

Alba pensó en todo lo que sabía.

En las drogas. Las fotografías. Los dieciocho meses de tortura psicológica.

En que ella era su víctima y se había vengado de la forma más cruel posible.

—No —dijo—. Eso es todo.

Alba salió del hospital y caminó sin rumbo durante horas.

Por el Eixample. Por Gràcia. Por el Raval.

Pensando.

Había pasado ocho años de su vida obsesionada con Ricardo Solís.

Dos años planeando.

Seis años transformándose.

Dieciocho meses ejecutando.

Y ahora... se retiraba.

Sin completar la venganza.

Sin la satisfacción de verlo entender lo que ella le había hecho.

Sin justicia completa.

Solo... parando.

¿Era debilidad?

¿O era fortaleza?

No estaba segura.

Pero sabía que no podía continuar.

No sin perder lo último de sí misma.

A las seis de la tarde, llegó a su piso.

Se pesó: 54,5 kilos.

Quinientos gramos más que por la mañana.

Y no le importó.

Se preparó su cena. Comió.

Lavó los platos una vez. No dos.

Se duchó.

Se miró en el espejo.

La mujer que le devolvió la mirada tenía algo diferente en los ojos.

No calidez. Todavía no.

Pero tampoco ese frío cristalino.

Algo intermedio.

Algo humano.

Alba fue a su escritorio.

Abrió el cajón secreto.

Sacó el cuaderno negro. El de sus notas sobre Ricardo.

Las doscientas páginas de observaciones. Dosificaciones. Fotografías. Planes.

Ocho años de su vida resumidos en doscientas páginas.

Lo llevó a la cocina.

Encendió el fogón.

Y página por página, lo quemó.

Vio cómo las palabras se ennegrecían. Se retorcían. Desaparecían.

Todo el registro de lo que había hecho.

Desapareciendo.

Cuando la última página se convirtió en ceniza, Alba las echó por el desagüe.

Luego fue al cajón de nuevo.

Sacó los viales de Rohypnol. El bromuro de pancuronio. El midazolam.

Las jeringas. Las fotografías.

Todo.

Lo metió en una bolsa de basura.

Bajó al contenedor de la calle.

Lo tiró.

Todo.

Volvió a su piso.

Se sentó en el sofá.

Y por primera vez en ocho años, lloró.

No lágrimas de rabia.

No lágrimas de desesperación.

Sino lágrimas de... liberación.

De dejar ir.

De aceptar que nunca tendría la justicia que quería.

Que nunca tendría el cierre que merecía.

Que Ricardo nunca sabría lo que ella le había hecho.

Que nunca entendería completamente.

Pero que quizá eso estaba bien.

Porque si continuaba, perdería más de lo que ganaría.

Perdería la última parte de sí misma que valía salvar.

Y eso no lo valía.

Ninguna venganza lo valía.

Lloró durante una hora.

Cuando paró, se sintió... diferente.

Más ligera.

Como si hubiera dejado algo muy pesado que había estado cargando durante años.

Se acostó.

Y durmió.

Sin pesadillas.

Sin sueños.

Solo oscuridad.

Pacífica. Silenciosa. Vacía.

Y cuando despertó la mañana siguiente, algo había cambiado.

No había perdonado a Ricardo.

Probablemente nunca lo haría.

Pero había decidido dejar de permitir que su odio hacia él definiera su vida.

Había decidido ser algo más que su víctima.

Y algo más que su torturadora.

Había decidido ser... Alba.

Solo Alba.

No la mujer del vestido azul.

No la vengadora.

Solo una mujer tratando de reconstruir algo parecido a una vida.

Era un comienzo.

Pequeño. Frágil. Imperfecto.

Pero era algo.

Y por ahora, era suficiente.

CAPÍTULO 20

Lunes, 3 de junio de 2024

Alba llegó a su consulta a las nueve de la mañana con una sensación extraña en el pecho.

Algo parecido a la ligereza.

Había dormido siete horas. Sin despertarse. Sin pesadillas.

Se había pesado: 54,4 kilos. Y no le había importado.

Había desayunado sin contar calorías exactas.

Pequeños cambios. Insignificantes para cualquier otra persona.

Pero para Alba, eran sísmicos.

Abrió su ordenador y redactó un email al Dr. Ramírez del Hospital Clínic.

Estimado Dr. Ramírez:

Adjunto las notas clínicas del paciente Ricardo Solís correspondientes a sus sesiones de terapia conmigo durante los últimos dieciocho meses. Como discutimos, estoy transfiriendo su caso debido a la complejidad de su condición actual.

El paciente presenta trauma reprimido, amnesia disociativa severa, ansiedad generalizada y disfunción sexual. Los episodios de amnesia han aumentado en frecuencia e intensidad durante el tratamiento.

Recomiendo evaluación neuropsiquiátrica completa y tratamiento hospitalario prolongado.

Quedo a su disposición para cualquier consulta adicional.

Atentamente, Dra. Alba Montes

Adjuntó sus notas oficiales. Las limpias. Las que no mencionaban drogas ni tortura psicológica.

Solo observaciones clínicas estándar de un paciente deteriorándose.

Envió el email.

Y con ese clic, cerró el capítulo.

Ricardo Solís ya no era su paciente.

Ya no era su proyecto.

Ya no era su obsesión.

Era solo... un hombre enfermo que necesitaba ayuda.

Ayuda real. De gente que no estaba envenenándolo.

Alba cerró el ordenador.

Su primer paciente del día llegaba en treinta minutos.

Mercedes. La profesora que había escapado de su maltratador.

Alba se preparó. Ordenó la consulta. Preparó té.

Solo té. Sin nada más.

Nunca más añadiría nada a la bebida de nadie.

Cuando Mercedes llegó, traía buenas noticias.

—He empezado a salir con alguien. Alguien bueno. Amable. Paciente.

—Eso es maravilloso, Mercedes. ¿Cómo te sientes al respecto?

—Asustada. Pero también... emocionada. Es raro sentir que alguien puede ser amable sin querer algo a cambio.

—No es raro. Es sanación.

Pasaron la hora hablando sobre relaciones sanas. Sobre límites. Sobre permitirse confiar de nuevo.

Cuando Mercedes se fue, Alba sintió esa calidez de nuevo.

Satisfacción genuina por ayudar a alguien.

No destruirlos. Ayudarlos.

Eso era lo que se suponía que debía hacer.

Eso era quién se suponía que debía ser.

A las tres de la tarde, sonó su teléfono.

Dr. Ramírez.

—Doctora Montes, gracias por sus notas. Muy completas.

—De nada. ¿Cómo está el paciente?

—Estable. Todavía sedado pero mejorando. Hemos empezado evaluación completa. Hay algo interesante que quería comentarle.

Algo frío recorrió la columna de Alba.

—¿Qué?

—Los análisis de sangre muestran trazas de benzodiacepinas en su sistema. Niveles más altos de lo que explicarían las dosis que le dimos aquí. ¿Le recetó usted benzodiacepinas en algún momento?

Alba sintió que el suelo se movía bajo sus pies.

—No. Nunca le receté medicación. Solo psicoterapia.

—Curioso. Porque los niveles sugieren uso regular. No reciente, sino acumulativo. Como si hubiera estado tomando benzodiacepinas durante meses.

—Quizá se automedicaba. Es común en pacientes con ansiedad severa.

—Quizá. Vamos a investigar más. También hay algunos marcadores hepáticos alterados. Consistentes con metabolización de sustancias a largo plazo.

—Entiendo. Manténgame informada si encuentra algo relevante.

—Por supuesto. Ah, y otra cosa. El paciente ha estado hablando durante la sedación. Murmullos, mayormente incoherentes. Pero repite un nombre. "Alba". ¿Le dice algo?

El corazón de Alba se detuvo.

—Alba es... es mi nombre. Soy su terapeuta. Probablemente me está llamando.

—Ah, tiene sentido. Bueno, le dejo trabajar. Hablamos pronto.

Colgó.

Alba se quedó sentada con el teléfono en la mano.

Benzodiacepinas en su sistema.

Niveles altos. Uso prolongado.

Estaban investigando.

Y Ricardo repetía su nombre.

Mierda.

Mierda mierda mierda.

Alba había tirado las drogas. Quemado las notas. Borrado toda evidencia de su piso.

Pero no podía borrar lo que había puesto dentro del cuerpo de Ricardo.

El Rohypnol se metabolizaba rápidamente. Por eso lo había usado. Se suponía que desaparecería sin dejar rastro.

Pero dieciocho meses de uso. Dosis cada vez más altas. Quizá había dejado marcadores.

Quizá había sido descuidada.

Quizá...

Para. Respira.

Los niveles de benzodiacepinas no probaban nada.

Ricardo podía haberlas obtenido de cualquier parte. Mercado negro. Internet. Otro médico.

No había forma de rastrearlas hasta Alba.

No había recetas. No había registros.

Solo paranoia.

Alba respiró hondo.

Estaba bien.

Todo estaba bien.

Había borrado las evidencias a tiempo.

Nadie sabía.

Nadie lo sabría nunca.

Pero esa noche, Alba no pudo dormir.

Se quedó tumbada en la cama, mirando el techo, reproduciendo la conversación con el Dr. Ramírez una y otra vez.

"Niveles altos. Uso prolongado."

"Marcadores hepáticos alterados."

"Repite un nombre. Alba."

¿Y si investigaban más profundamente?

¿Y si hacían pruebas más específicas?

¿Y si encontraban no solo benzodiacepinas sino también bromuro de pancuronio? ¿Midazolam?

¿Y si revisaban su historial médico y encontraban que su terapeuta era la única persona con acceso regular a él?

¿Y si Carmen o Lucía mencionaban el té que Alba siempre le preparaba?

¿Y si...?

Para.

Para de pensar así.

No había evidencia.

Alba había sido cuidadosa.

Meticulosa.

Casi perfecta.

Casi.

Pero "casi" podía ser suficiente para destruirla.

A las tres de la mañana, se levantó.

Fue a la cocina. Revisó todo. El armario donde había guardado las drogas. La encimera donde las había preparado.

Todo limpio. Normal. Inocente.

Fue al escritorio. Revisó el cajón donde había guardado el cuaderno secreto.

Vacío. Lo había quemado todo.

No quedaba nada.

Excepto...

Las fotografías.

Las había tirado al contenedor anoche.

Pero los contenedores no se vaciaban todos los días.

¿Y si alguien las encontraba?

¿Y si el contenedor aún estaba ahí, con las fotos de Ricardo inconsciente en su consulta?

Alba se vistió rápidamente. Vaqueros. Sudadera. Gorra.

Bajó a la calle. Eran las tres y media de la madrugada.

Las calles estaban vacías. Solo algún borracho tardío. Una pareja discutiendo en la distancia.

Fue al contenedor.

Levantó la tapa.

Buscó la bolsa que había tirado.

No estaba.

El contenedor estaba casi vacío. Diferente a como lo recordaba.

Lo habían vaciado.

Las fotografías se habían ido.

A algún vertedero. A ser quemadas. A desaparecer.

Alba cerró el contenedor y respiró.

Bien.

Se habían ido.

Ya no podían usarse como evidencia.

Volvió a su piso.

Se duchó. Como si pudiera lavarse la paranoia.

Se acostó de nuevo.

Esta vez durmió. Pero no bien.

Soñó con juicios. Con policías en su puerta. Con Ricardo despertando y diciendo: "Fue ella. Mi terapeuta. Me envenenó."

Despertó a las seis, empapada en sudor.

Martes, 4 de junio

Lucía llegó a su sesión de las seis con una sonrisa.

—Tengo buenas noticias. Mi padre está mejor. Menos sedado. Hablando con coherencia. Dice que los médicos del hospital son muy buenos.

—Me alegro mucho, Lucía.

—Dice que tú lo transferiste. Que ya no eres su terapeuta.

—Es cierto. Necesita tratamiento más especializado de lo que puedo ofrecer.

—Entiendo. —Lucía se mordió el labio—. ¿Puedo preguntarte algo?

—Claro.

—¿Mi padre va a estar bien? De verdad.

Alba vaciló.

—No lo sé. Depende de muchas cosas. De si acepta el tratamiento. De si enfrenta lo que necesita enfrentar. De si...

—¿De si qué?

—De si puede vivir con lo que ha hecho.

Lucía frunció el ceño.

—¿Qué ha hecho? Todos hablan como si hubiera cometido algún crimen terrible. Pero nadie me dice qué.

Alba eligió sus palabras con cuidado.

—Tu padre tiene secretos. Cosas de su pasado que no ha procesado. No me corresponde a mí revelártelas. Él tendrá que hacerlo. Eventualmente.

—¿Son cosas malas?

—Sí.

—¿Muy malas?

—Sí.

Lucía asimiló esto en silencio.

—¿Debería tener miedo de él?

—No. No creo que te haría daño a ti. Pero... cuando te enteres, va a doler. Va a cambiar cómo ves a tu padre.

—Ya veo a mi padre diferente. Ya no es el hombre que conocí.

—Lo sé. Y lo siento.

Lucía se limpió los ojos.

—¿Tú sabías? ¿Desde el principio? ¿Qué tipo de persona era?

Otra pregunta peligrosa.

—Sospechaba. Sí.

—¿Y por qué no dijiste nada?

—Porque no es mi secreto para contar. Y porque... porque tu padre necesitaba llegar a ese conocimiento por sí mismo.

—Eso no tiene sentido.

—Lo sé. Pero es así como funciona la terapia a veces. No puedo forzar a la gente a enfrentar cosas. Solo puedo ayudarles cuando están listos.

Lucía asintió, aunque no parecía convencida.

Pasaron el resto de la sesión hablando de cosas más ligeras. El instituto. Los exámenes finales que se acercaban. Los planes de verano.

Cuando Lucía se fue, Alba se quedó sentada en su butaca durante mucho tiempo.

Había mentido.

No había "ayudado" a Ricardo a llegar al conocimiento.

Lo había forzado. Con drogas. Con manipulación. Con tortura psicológica.

Y ahora Lucía preguntaba si debía tener miedo de su padre.

Cuando la persona de quien realmente debería tener miedo era Alba.

Jueves, 6 de junio

Dr. Ramírez llamó de nuevo.

—Doctora Montes, tengo una actualización sobre Ricardo Solís.

—Dígame.

—Hemos hecho más pruebas. Los niveles de benzodiacepinas eran de flunitrazepam. Rohypnol.

El mundo se detuvo.

—¿Rohypnol?

—Sí. En cantidades consistentes con uso frecuente durante meses. Quizá un año o más.

—Eso es... inusual.

—Muy inusual. Rohypnol no se receta legalmente en España. Es una droga controlada. Se usa principalmente para... bueno, para incapacitar a gente. Violación facilitada por drogas.

La ironía era tan perfecta que Alba casi se rió.

Había usado la misma droga que Ricardo había usado en ella.

Y ahora lo descubrían.

—¿Ha preguntado al paciente de dónde las obtuvo?

—Sí. Dice que no recuerda haberlas tomado. Pero dado su estado mental, eso no es concluyente.

—¿Qué van a hacer?

—Hemos informado a la policía. Es protocolo cuando encontramos drogas controladas en un paciente. Especialmente Rohypnol dado su... perfil.

—Entiendo.

—También hay algo más. He estado revisando sus notas. Menciona que el paciente tenía lagunas de memoria crecientes durante el tratamiento con usted. ¿Nunca sospechó que podía estar siendo drogado?

La pregunta fue como un puñal.

—No. Asumí que era psicológico. Amnesia disociativa relacionada con trauma. Es común en estos casos.

—Por supuesto. Solo preguntaba. —Una pausa—. ¿Alguna vez el paciente mencionó tomar sustancias? ¿Algo que pudiera haber pasado por alto?

—No. Nunca mencionó nada así.

—De acuerdo. Bueno, la investigación policial determinará qué pasó. Gracias por su ayuda.

Colgó.

Alba se quedó sentada.

La policía estaba investigando.

Investigando cómo Ricardo había acabado con Rohypnol en su sistema.

Buscarían fuentes. Contactos. Compras.

No encontrarían nada.

Porque Alba había comprado los precursores en la dark web. Desde cuentas anónimas. Con Bitcoin. Desde direcciones diferentes.

No había rastro que llevara a ella.

¿Verdad?

Pero las preguntas del Dr. Ramírez...

"¿Nunca sospechó?"

"¿Alguna vez mencionó sustancias?"

Estaba empezando a sospechar.

No directamente. No todavía.

Pero las semillas estaban ahí.

Y si investigaban más...

Si hablaban con Carmen sobre las sesiones...

Si Lucía mencionaba el té...

Si Ricardo, al recuperarse, recordaba fragmentos...

Alba se levantó y caminó hacia la ventana.

Había creído que podía retirarse limpiamente.

Quemar las evidencias. Tirar las drogas. Transferir el caso.

Y seguir con su vida como si nada.

Pero no podía.

Las consecuencias de lo que había hecho no desaparecían solo porque ella lo decidiera.

Seguían ahí.

En el cuerpo de Ricardo.

En la memoria del hospital.

En las preguntas que empezaban a hacerse.

Y eventualmente, inevitablemente, esas preguntas llegarían a ella.

Alba apoyó la frente contra el cristal frío.

Había dos opciones.

Esperar. Ver si la investigación llegaba a ella. Rezar porque no.

O adelantarse.

Confesar. Antes de que la descubrieran.

Contar todo. La violación. La venganza. Las drogas. Los dieciocho meses.

Enfrentar las consecuencias.

Perder su licencia. Probablemente ir a la cárcel. Destruir su vida.

Pero al menos sería en sus términos.

Al menos sería honesto.

Al menos sería...

¿Qué?

¿Justicia?

No había justicia en ninguna de las opciones.

Solo diferentes tipos de destrucción.

Alba miró Barcelona desde su ventana.

La ciudad donde había sido violada.

La ciudad donde se había transformado.

La ciudad donde había cometido sus propios crímenes.

La ciudad que quizá pronto la condenaría.

No sabía qué hacer.

Por primera vez en ocho años, no tenía un plan.

Solo incertidumbre.

Y miedo.

Miedo de ser descubierta.

Miedo de las consecuencias.

Miedo de que todo —la transformación, la venganza, la redención parcial— hubiera sido para nada.

Su teléfono vibró.

Mensaje de un número desconocido.

"Dra. Montes, soy la agente Mònica Torres de los Mossos d'Esquadra. Necesito hablar con usted sobre un antiguo paciente suyo, Ricardo Solís. ¿Podría venir a comisaría mañana a las 10:00?"

Alba leyó el mensaje tres veces.

La policía.

Querían hablar con ella.

Mañana.

Las paredes se cerraban.

Más rápido de lo que había pensado.

Mucho más rápido.

Escribió una respuesta:

"Por supuesto. Estaré ahí."

Envió.

Luego se sentó en el suelo de su consulta.

Y esperó.

A que llegara mañana.

A que llegara el final.

A que finalmente, después de ocho años, hubiera consecuencias.

No para Ricardo.

Para ella.

CAPÍTULO 21

Viernes, 7 de junio de 2024

Alba no durmió esa noche.

Se quedó sentada en su sofá, con las luces apagadas, mirando las horas pasar en el reloj digital de la cocina.

3:47 AM 4:23 AM 5:16 AM

A las seis se levantó. Se duchó. Se vistió con cuidado.

Pantalones de vestir negros. Camisa blanca. Blazer gris. El uniforme de la profesional respetable.

La Dra. Alba Montes. Psiquiatra. Sin nada que ocultar.

Se maquilló con más cuidado de lo habitual. Cubrir las ojeras. Dar color a las mejillas pálidas. Parecer descansada. En control.

Se miró en el espejo.

La mujer que le devolvió la mirada parecía calmada. Compuesta. Profesional.

Por dentro, estaba aterrorizada.

La comisaría de los Mossos d'Esquadra en Les Corts era la misma donde había denunciado hace ocho años.

Alba no había vuelto desde entonces.

Entrar por esas puertas fue como atravesar un portal en el tiempo.

Las mismas sillas naranjas de plástico en la sala de espera. Los mismos carteles de prevención de delitos. El mismo olor a café malo y sudor nervioso.

Se acercó a recepción.

—Soy la doctora Alba Montes. Tengo cita con la agente Torres a las diez.

La recepcionista —una mujer mayor con gafas de pasta— asintió.

—Sí, está esperándola. Tercer piso. Sala B.

Alba subió las escaleras. Sus tacones repiqueteaban contra los escalones de hormigón.

Cada paso más cerca del final.

O del principio de algo peor.

Tercer piso. Sala B.

Alba llamó a la puerta.

—Adelante.

Abrió.

Y se quedó paralizada.

La agente Mònica Torres.

La misma que había tomado su denuncia ocho años atrás.

Más vieja ahora. Algunas canas. Líneas más profundas alrededor de los ojos.

Pero la misma mujer.

La que había escuchado la historia de Alba. Que había abierto la investigación. Que había estado ahí cuando el caso se archivó.

Torres levantó la vista del ordenador. Sus ojos se encontraron con los de Alba.

Hubo un destello de reconocimiento.

Breve. Pero real.

—Doctora Montes. Gracias por venir. Siéntese, por favor.

Alba se sentó. Las piernas apenas la sostenían.

Torres la miraba con una expresión que Alba no podía descifrar. ¿Curiosidad? ¿Sospecha? ¿Algo más?

—Perdone —dijo Torres lentamente—. Es que... ¿nos conocemos? Su cara me resulta familiar.

Alba había practicado esta respuesta durante horas.

—No creo. Quizá nos hemos cruzado en algún evento profesional. Trabajo en salud mental. A veces colaboramos con la

policía en casos de perfiles psicológicos.

No era verdad. Pero sonaba plausible.

Torres frunció el ceño, como si intentara ubicar el recuerdo.

—Quizá. En fin. —Abrió una carpeta—. Estoy investigando un caso relacionado con su antiguo paciente, Ricardo Solís.

—Entiendo. Aunque debo recordarle que estoy sujeta a confidencialidad médico-paciente. Hay límites sobre lo que puedo revelar.

—Lo sé. Pero en casos donde hay sospecha de actividad criminal, esa confidencialidad tiene excepciones. Especialmente si el paciente representa un peligro para sí mismo o para otros.

—¿Actividad criminal?

Torres sacó unos papeles de la carpeta.

—El Hospital Clínic encontró niveles significativos de flunitrazepam en el sistema de Ricardo Solís. Rohypnol. ¿Sabe lo que es?

Alba mantuvo su expresión neutral.

—Sí. Es una benzodiacepina. Se usa para... incapacitar a personas. Violación facilitada por drogas.

—Exacto. No se receta legalmente en España. Es una sustancia controlada. Y su paciente tenía niveles consistentes con uso regular durante meses. Posiblemente más de un año.

—Eso es... preocupante.

—Lo es. —Torres se inclinó hacia delante—. La pregunta es: ¿cómo llegó esa droga a su sistema?

—No lo sé. No le receté ninguna medicación. Solo hacíamos psicoterapia.

—¿Nunca mencionó tomar sustancias?

—No.

—¿Nunca notó síntomas que pudieran sugerir que estaba siendo drogado?

Alba eligió sus palabras con extremo cuidado.

—Tenía lagunas de memoria. Confusión. Pero lo atribuí a amnesia disociativa. Es común en casos de trauma reprimido.

—¿Y nunca consideró que pudiera ser farmacológico?

—No había razón para considerarlo. El paciente no mencionó tomar nada. No había signos físicos obvios. Los síntomas encajaban con un diagnóstico psicológico.

Torres la observaba con atención. Demasiada atención.

—¿Con qué frecuencia veía al paciente?

—Dos veces por semana. Martes y viernes, generalmente.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Aproximadamente dieciocho meses.

—Eso son... —Torres calculó mentalmente— cerca de ciento cincuenta sesiones. Muchas oportunidades para observar a alguien.

—Sí.

—Y en ninguna de esas ciento cincuenta sesiones pensó: 'Quizá hay algo más que psicología aquí'?

El tono había cambiado. Ligeramente. De inquisitivo a acusatorio.

—La mente es compleja, agente Torres. Los síntomas psicológicos pueden imitar síntomas físicos. Y viceversa.

—Estoy segura. —Torres escribió algo en su cuaderno—. ¿Qué puede decirme sobre el estado mental del paciente? Su... evolución durante el tratamiento.

—Empeoró. Progresivamente. Las lagunas de memoria aumentaron. La ansiedad se intensificó. Desarrolló disfunción sexual. Ideación suicida.

—Todo eso durante su tratamiento.

—Sí.

—¿No le pareció extraño? ¿Que un paciente empeorara tanto bajo su cuidado?

Alba sintió algo frío en el estómago.

—A veces pasa. Especialmente cuando el trauma reprimido empieza a emerger. Las cosas empeoran antes de mejorar.

—¿Y mejoraron? ¿Eventualmente?

—No llegamos a ese punto. Lo transferí al Hospital Clínic cuando quedó claro que necesitaba tratamiento más intensivo.

Torres asintió lentamente.

—¿Por qué lo transfirió exactamente en ese momento? Después de dieciocho meses, ¿por qué entonces?

Porque ya había ido demasiado lejos. Porque estaba a punto de perder lo último de mi humanidad. Porque casi sacrifiqué a su hija y me di cuenta de que me había convertido en un monstruo.

—Porque alcanzó un nivel de crisis que requería hospitalización. No podía manejarlo de forma ambulatoria.

—Conveniente timing.

—¿Perdón?

—Nada. Solo una observación. —Torres pasó una página—. Háble me de sus sesiones típicas. ¿Qué hacían?

—Hablábamos. Terapia conversacional. Exploración de recuerdos. Procesamiento de emociones.

—¿Le daba algo de beber? ¿Té? ¿Café?

El corazón de Alba se saltó un latido.

—A veces. Sí. Té de hierbas. Manzanilla. Es común ofrecer algo a los pacientes. Ayuda a crear un ambiente relajado.

—¿Preparaba el té usted misma?

—Sí.

—¿Él lo bebía? ¿Regularmente?

—A veces. No siempre.

Torres escribió algo más. El silencio se extendió.

Alba esperó. No podía parecer ansiosa. No podía llenar los silencios con información innecesaria.

Técnica de interrogatorio básica: dejar que el silencio haga que la gente hable.

Alba lo sabía. Lo había estudiado.

No caería en ello.

Finalmente, Torres habló.

—¿Sabe que tenemos el expediente de una denuncia de 2016? Una mujer acusó a Ricardo Solís de violación. Con Rohypnol. El caso se archivó por falta de pruebas.

Alba mantuvo su expresión cuidadosamente neutra.

—No. No lo sabía.

—¿Nunca investigó el historial de su paciente? ¿Antecedentes penales? ¿Denuncias?

—No. No es mi práctica habitual. Me centro en lo que el paciente me cuenta, no en investigar su pasado legal.

—Interesante. Porque yo investigaría a alguien antes de tratarlo durante dieciocho meses. Pero bueno. —Torres pasó otra página—. La mujer que denunció en 2016... también había estudiado medicina. También tenía pelo oscuro en ese momento. También pesaba alrededor de ochenta kilos.

El aire se volvió denso.

Alba sintió que el sudor empezaba a acumularse bajo su camisa.

—No sé qué tiene que ver eso conmigo.

—Quizá nada. —Torres la miró directamente a los ojos—. Pero he estado en este trabajo veinte años. Y he aprendido a confiar en mis instintos. Y mis instintos me dicen que la conozco. Que nos hemos visto antes. Y no en un evento profesional.

Alba sostuvo su mirada.

—Con todo respeto, agente, creo que se equivoca.

—Quizá. —Torres cerró la carpeta—. Pero voy a averiguarlo. Voy a revisar el expediente de 2016. Voy a buscar fotos de la denunciante. Voy a compararlas con su foto actual. Y si hay alguna conexión... bueno, eso sería muy interesante. ¿No cree?

Alba se levantó.

—¿Hemos terminado? Tengo pacientes esperando.

—Por ahora. Pero volveremos a hablar, doctora Montes. De eso estoy segura.

Alba salió de la sala. Caminó por el pasillo con pasos medidos. Ni demasiado rápido —eso parecería culpable— ni demasiado lento.

Bajó las escaleras.

Salió del edificio.

Y solo cuando estuvo a dos calles de distancia, se permitió apoyarse contra una pared y respirar.

Torres sospechaba.

No tenía pruebas. Todavía.

Pero sospechaba.

Y estaba investigando.

Revisaría el expediente de 2016.

Vería las fotos de Alba a los veintiséis años.

Las compararía con Alba ahora.

Veinticinco kilos más delgada. Pelo rubio en lugar de oscuro. Rostro más delgado, pómulos marcados.

Diferente.

Pero quizá no lo suficientemente diferente.

Especialmente no para alguien que estaba buscando activamente la conexión.

Alba sacó su teléfono.

Tenía que pensar.

Tenía que planear.

Tenía que decidir.

¿Confesar ahora? ¿Antes de que Torres encontrara la prueba?

¿O esperar? ¿Rezar porque la transformación fuera suficiente? ¿Porque ocho años borraran el parecido?

¿O huir? ¿Desaparecer antes de que las paredes terminaran de cerrarse?

Ninguna opción era buena.

Todas terminaban en destrucción.

Solo diferentes tipos.

Alba volvió a su consulta en piloto automático.

No recordaba el camino. Solo que de repente estaba ahí, en su butaca, mirando la pared.

Su teléfono vibró.

Mensaje de Lucía:

"Alba, mi padre está mucho mejor! Ya no está sedado. Habla con normalidad. Dice que quiere verte. Dice que necesita hablar contigo. ¿Puedes ir al hospital?"

Alba miró el mensaje durante mucho tiempo.

Ricardo quería verla.

¿Por qué?

¿Para agradecerle por transferir su caso?

¿O porque estaba empezando a recordar?

¿Porque las drogas se estaban saliendo de su sistema y los recuerdos bloqueados empezaban a emerger?

¿Porque su cerebro estaba empezando a conectar las piezas?

La terapeuta que lo trataba.

Los tés que bebía.

Las lagunas de memoria después.

Los dieciocho meses de deterioro.

¿Cuánto tardaría en darse cuenta?

En entender que Alba no era su salvadora sino su torturadora.

Que la mujer del vestido azul y la Dra. Alba Montes eran la misma persona.

Alba escribió:

"No puedo ir al hospital. Ya no soy su terapeuta. Sería inapropiado. Dile que le deseo lo mejor en su recuperación."

Envió.

Lucía respondió casi inmediatamente:

"Está bien. Lo entiendo. Pero dice que es importante. Que necesita disculparse. ¿Disculparse por qué?"

Alba miró el mensaje.
¿Disculparse?
¿Ricardo quería disculparse?
¿Con ella?
¿Sabía?
¿O era por otra cosa?
No respondió.
No podía.
Cualquier cosa que dijera podría ser usada en su contra.
Por la policía. Por Torres. Por quien fuera.
Dejó el teléfono sobre el escritorio.
Y se quedó sentada en el silencio de su consulta.
Esperando.
A que cayera la siguiente pieza.
A que Torres encontrara la conexión.
A que Ricardo recordara.
A que todo se desmoronara.
Había pasado ocho años construyendo esto.
La transformación. La venganza. La nueva vida.
Y ahora, en cuestión de días, se estaba deshaciendo.
No por mala suerte.
Sino porque las acciones tienen consecuencias.
Incluso —especialmente— las acciones ocultas.
La verdad siempre emerge.
Eventualmente.
De una forma u otra.
Y la verdad de Alba estaba emergiendo ahora.
Como un cuerpo que flota a la superficie del agua.
Imposible de ignorar.
Imposible de ocultar por más tiempo.
Su teléfono sonó.

Número desconocido.

Alba dudó. Luego contestó.

—¿Sí?

—¿Doctora Alba Montes?

—Sí.

—Soy el inspector Carles Roca de los Mossos d'Esquadra. La agente Torres me ha puesto al tanto de su caso. Necesito que venga a comisaría mañana. Para una entrevista formal.

—¿Una entrevista formal?

—Sí. En relación a la investigación de Ricardo Solís. Y posiblemente otras cuestiones relacionadas. ¿Puede venir mañana a las nueve?

—¿Necesito un abogado?

Una pausa.

—Eso depende, doctora. ¿Cree que necesita uno?

La pregunta era una trampa.

Si decía sí, parecía culpable.

Si decía no, iba desprotegida.

—Voy a consultar con mi abogado y le confirmo.

—Como prefiera. Pero sí necesito que venga. Es importante.

—Estaré ahí.

Colgó.

Alba se quedó con el teléfono en la mano.

Inspector.

No agente. Inspector.

Eso significaba que el caso se había escalado.

Que ya no era solo curiosidad de Torres.

Era una investigación formal.

Con inspector asignado.

Con recursos.

Con tiempo.

Iban a encontrarla.

Era solo cuestión de tiempo.

Alba miró alrededor de su consulta.

Este espacio que había creado.

Esta vida que había construido.

Esta persona que había logrado ser.

Todo a punto de desmoronarse.

Por segunda vez en su vida.

La primera vez, Ricardo se lo había quitado todo.

Esta vez, serían las consecuencias de lo que ella le había hecho a él.

Justicia. De algún tipo retorcido.

Ojo por ojo.

Destrucción por destrucción.

Nadie ganaba.

Solo diferentes tipos de pérdida.

Alba se levantó.

Fue a su escritorio.

Sacó una tarjeta de un cajón.

Javier Ortega. El abogado que la había ayudado hace ocho años.

El que dijo que estaría ahí si lo necesitaba.

Marcó el número.

Tres tonos. Cuatro.

—¿Sí?

—Javier, soy Alba Montes. ¿Te acuerdas de mí?

—Alba. Claro. ¿Cómo estás?

—No muy bien. Necesito un abogado. Urgentemente.

—¿Qué pasó?

—Es... complicado. ¿Podemos vernos?

—Por supuesto. ¿Cuándo?

—Ahora. Si es posible.

Una pausa.

—Está bien. Ven a mi despacho. Te espero.

Alba colgó.

Se puso el abrigo.

Cerró la consulta.

Y fue a ver al único abogado en quien confiaba.

Para contarle la verdad.

O al menos parte de ella.

La suficiente para que pudiera ayudarla.

Si es que todavía había ayuda posible.

Si es que no era demasiado tarde.

Caminó por las calles de Barcelona bajo un cielo gris que amenazaba lluvia.

La ciudad donde había sido violada.

La ciudad donde se había vengado.

La ciudad que ahora la juzgaría.

Por fin.

Después de ocho años.

Justicia.

Retorcida. Imperfecta. Tardía.

Pero justicia al fin.

Solo que no la justicia que Alba había imaginado.

Sino otra.

La que siempre llega.

Eventualmente.

Para todos.

CAPÍTULO 22

El despacho de Javier Ortega estaba en el Eixample, en un edificio de oficinas con ascensor lento y pasillos que olían a café y papel viejo.

Tercera planta. Puerta de cristal esmerilado con su nombre en letras doradas que se estaban despegando.

Alba entró sin llamar. Javier estaba sentado tras un escritorio cubierto de expedientes, con las gafas en la punta de la nariz y expresión de hombre que ha visto demasiado.

Levantó la vista cuando Alba entró.

—Siéntate. Café?

—No. Gracias.

Alba se sentó en la silla frente al escritorio. Javier cerró la carpeta que estaba revisando y le dio toda su atención.

—Bien. Cuéntame qué pasó.

Alba respiró hondo.

—¿Te acuerdas del caso de 2016? La denuncia contra Ricardo Solís.

—Por supuesto. El hijo de puta que te violó y salió sin consecuencias.

—Ese mismo. Bueno... he hecho algo. Algo muy malo.

Javier se quitó las gafas y las dejó sobre el escritorio.

—¿Qué tan malo?

—Muy malo. Iré a la cárcel si lo descubren.

—Mierda. —Javier se frotó la cara—. Está bien. Antes de que me cuentes nada más, necesito dejarte clara una cosa: lo que me

digas aquí está protegido por secreto profesional. Pero si me dices que cometiste un delito, no puedo ayudarte a ocultarlo. Solo puedo defenderte cuando te acusen. ¿Entiendes la diferencia?

—Sí.

—¿Estás segura de que quieres contármelo?

Alba lo pensó. Si se lo contaba, se hacía real. Iría en un expediente. Sería documentado.

Pero si no se lo contaba, iría a la reunión con el inspector mañana sin preparación. Sin defensa. Sola.

—Necesito contártelo. Necesito saber qué opciones tengo.

Javier asintió lentamente.

—Está bien. Cuéntame.

Alba empezó desde el principio.

No desde la violación. Javier ya sabía eso.

Empezó desde el momento en que decidió vengarse.

Le contó sobre la transformación. Los seis años de preparación. Aprender farmacología. Sintetizar Rohypnol. Hacerse terapeuta de Ricardo.

Le contó sobre las drogas. Dieciocho meses de sesiones. El té. Las inyecciones cuando estaba inconsciente. Las fotografías.

Le contó sobre el deterioro sistemático. La pérdida de memoria. La disfunción sexual. La destrucción psicológica.

No le contó sobre Lucía. Sobre lo cerca que había estado de hacer algo imperdonable.

Eso se lo guardaría.

Cuando terminó, Javier se quedó en silencio durante mucho tiempo.

—Joder, Alba.

—Lo sé.

—No, no creo que lo sepas. Lo que me acabas de describir es... —Se detuvo, buscando las palabras—. Agresión.

Envenenamiento. Mala praxis médica. Secuestro. Tortura. Podría seguir. Estamos hablando de diez años de cárcel. Mínimo.

Alba asintió. Ya lo sabía. Pero escucharlo en voz alta era diferente.

—¿Hay alguna defensa? ¿Algo que pueda...?

—¿Algo que pueda qué? ¿Justificarlo? Alba, lo drogaste durante dieciocho meses. Sistemáticamente. Conscientemente. Con premeditación total. No hay defensa de locura temporal. No hay defensa de provocación. No hay nada que pueda hacer que esto parezca menos de lo que es.

—Él me violó.

—Lo sé. Y eso importa. Puede ser un atenuante. Puede ayudar a reducir la sentencia. Pero no elimina la responsabilidad por lo que hiciste.

Alba cerró los ojos.

—Entonces, ¿qué hago?

Javier se recostó en su silla. El cuero crujió.

—Tienes dos opciones. Bueno, tres técnicamente, pero la tercera la descarto inmediatamente.

—¿Cuáles son?

—Opción uno: confesar. Ir mañana a esa reunión con el inspector, llevarme a mí, y contar todo. Voluntariamente. Antes de que tengan todas las pruebas. Eso muestra arrepentimiento. Colaboración. Podría reducir la sentencia de diez años a quizá cinco o seis.

—¿Y la opción dos?

—Opción dos: negar todo. Decir que no sabes nada sobre las drogas. Que Ricardo debe haberlas obtenido de otra fuente. Que tú solo hiciste tu trabajo como terapeuta. Y luego esperar a ver si tienen suficientes pruebas para acusarte.

—¿Y si las tienen?

—Entonces vas a juicio. Con pruebas en tu contra. Sin cooperación por tu parte. La sentencia será más dura. Pero al menos tienes oportunidad de que no puedan probar nada.

—¿Qué probabilidades hay de eso?

Javier la miró con seriedad.

—Depende. ¿Dejaste alguna evidencia? ¿Algo que pueda rastrearse hasta ti?

Alba pensó.

Las drogas las había comprado en la dark web. Con Bitcoin. Sin rastro.

Las había sintetizado en casa. Sin testigos.

El cuaderno lo había quemado. Las fotos las había tirado.

Los viales estaban en un vertedero.

No había recetas. No había registros de compra.

Solo...

—Las sesiones. El té que le preparaba. Si alguien lo menciona...

—¿Quién sabe que le preparabas té?

—Carmen. Su esposa. Lucía. Su hija. Ricardo mismo si lo recuerda.

—Pero preparar té no es evidencia de nada. Millones de terapeutas preparan té para sus pacientes. A menos que haya video de ti echando drogas en el té, o que alguien te viera hacerlo, es circunstancial.

—La agente Torres. Me reconoció. O casi. Dice que va a revisar el expediente de 2016. Va a comparar las fotos.

Javier se inclinó hacia delante.

—¿Cuánto has cambiado?

—Veinticinco kilos menos. Pelo rubio en lugar de oscuro. Corte diferente. Maquillaje.

—¿Cirugía?

—No. Solo peso y pelo.

—Entonces es posible que te reconozca. Especialmente si está buscando la conexión. —Javier tamborileó los dedos sobre el escritorio—. Pero eso no prueba que drogaras a Ricardo. Solo prueba que eras su víctima y que te transformaste. Podrías argumentar que te hiciste terapeuta específicamente para ayudar a víctimas de violación. Que trataste a Ricardo sin saber quién era al principio. Y cuando te diste cuenta, ya era demasiado tarde para transferir el caso sin levantar sospechas.

—¿Eso funcionaría?

—Quizá. Si no tienen otras pruebas. Si no pueden demostrar que compraste precursores químicos. Si no pueden rastrear las drogas hasta ti. Si no hay testigos que te vieran preparando algo sospechoso. Entonces todo lo que tienen es circunstancial. Y circunstancial no siempre es suficiente para condenar.

Alba lo procesó.

—¿Cuál es la opción tres? La que descartaste.

—Huir. Desaparecer antes de que te arresten. Pero eso es admitir culpa. Y vivirás mirando por encima del hombro el resto de tu vida. No lo recomiendo.

—Entiendo.

Javier se levantó y fue a la ventana. Miró hacia la calle.

—Alba, necesito preguntarte algo. Y necesito que seas completamente honesta.

—Está bien.

—¿Vale la pena? Todo lo que hiciste. ¿Valió la pena?

Alba pensó en la pregunta.

Pensó en Ricardo roto en el hospital.

Pensó en Carmen devastada.

Pensó en Lucía asustada de su propio padre.

Pensó en los ocho años de su vida consumidos por odio y venganza.

Pensó en la persona en la que se había convertido.

—No —dijo finalmente—. No valió la pena.

Javier asintió como si esperara esa respuesta.

—Entonces mi consejo es este: confiesa. No porque sea estratégicamente mejor. Sino porque es lo correcto. Enfrenta las consecuencias. Cumple tu tiempo. Y cuando salgas, reconstruye tu vida como alguien que no esté definida por lo que te hicieron. O por lo que hiciste en respuesta.

—¿Y si no quiero ir a la cárcel?

—Nadie quiere ir a la cárcel, Alba. Pero a veces es el precio que pagamos por nuestras decisiones.

Alba se levantó.

—Necesito pensarlo. La reunión es mañana a las nueve.

—Si decides confesar, llámame antes. Iré contigo. Negociaré los mejores términos posibles. Pero si decides negar, también iré. Y haré lo mejor que pueda con lo que tengamos.

—Gracias, Javier.

—No me des las gracias todavía. Esto va a ponerse muy feo antes de mejorar. Si es que mejora.

Alba salió del despacho.

En la calle, la lluvia finalmente había empezado a caer.

Una lluvia fina de junio que olía a asfalto mojado y a escape de coches.

Alba caminó sin paraguas. Dejando que la lluvia la empapara.

Necesitaba decidir.

Confesar o negar.

Aceptar las consecuencias o luchar hasta el final.

Llegó a su piso a las seis de la tarde.

Empapada. Temblando. Exhausta.

Se quitó la ropa mojada y se puso el pijama. Se hizo un té. Esta vez solo té. Sin nada más.

Se sentó en el sofá y encendió el teléfono.

Catorce mensajes sin leer.

Tres de Lucía: *"Alba, mi padre pregunta por ti. Dice que es urgente. Por favor llámame."*

Dos de Carmen: *"Doctora Montes, necesito hablar con usted. Ricardo dice cosas extrañas sobre su terapia. Necesito entender qué está pasando."*

Uno del Hospital Clínic: *"Dra. Montes, el Dr. Ramírez solicita que contacte con él urgentemente respecto al caso de Ricardo Solís."*

Y el resto eran llamadas perdidas de números desconocidos.

Probablemente policía.

O prensa. Si la noticia se había filtrado.

Alba dejó el teléfono sobre la mesita.

No podía lidiar con esto ahora.

Necesitaba pensar.

Necesitaba decidir.

Se acostó en el sofá. Cerró los ojos.

Y sin planear hacerlo, se quedó dormida.

Soñó.

Estaba en la sala de interrogatorio de la comisaría.

Torres estaba ahí. Y Ricardo. Y Lucía.

Todos mirándola.

Torres mostraba fotos. Alba a los veintiséis. Alba ahora. Lado a lado.

"Es la misma persona", decía Torres.

Ricardo se levantaba de la silla.

"Tú", susurraba. "Fuiste tú todo el tiempo."

Lucía lloraba.

"¿Por qué? ¿Por qué nos hiciste esto?"

Y Alba intentaba explicar pero las palabras no salían.

Solo podía mirar mientras todos la juzgaban.

Culpable.

Culpable de todo.

Despertó a las tres de la mañana.

Desorientada. Sudorosa. Con el corazón acelerado.

Se levantó y fue a la cocina. Bebió agua directamente del grifo.

Se miró en el reflejo de la ventana oscura.

Una mujer de treinta y cuatro años. Delgada. Rubia. Con ojos que habían visto demasiado.

Una mujer que había sido violada.

Una mujer que se había vengado.

Una mujer que ahora enfrentaba las consecuencias.

¿Quién era ella realmente?

¿Víctima? ¿Perpetradora? ¿Ambas?

Las categorías ya no parecían claras.

Había sido víctima. Eso era indiscutible.

Pero también había victimizado.

Había usado su trauma como licencia para hacer daño.

Había justificado meses de tortura como "justicia".

Había casi —casi— sacrificado a una chica inocente.

Se había convertido exactamente en lo que odiaba.

Un depredador.

Alguien que veía a otra persona vulnerable y decidía usarla.

Ricardo la había convertido en eso.

Pero ella había elegido continuar siéndolo.

Durante dieciocho meses.

Había elegido cada dosis. Cada sesión. Cada mentira.

No podía culpar solo a Ricardo.

Tenía que aceptar su parte.

Su responsabilidad.

Su culpa.

Alba volvió al sofá.

Sacó su teléfono.

Escribió un mensaje a Javier:

"Voy a confesar. Prepara lo que necesites. Te veo mañana a las 8:30 en tu despacho."

Envió.

No hubo vuelta atrás después de eso.

La decisión estaba tomada.

Alba iba a confesar.

Iba a contar todo.

La violación. La venganza. Las drogas. Los dieciocho meses.

Iba a enfrentar las consecuencias.

Iba a la cárcel.

Probablemente durante años.

Perdería su licencia. Su consulta. Su vida tal como la conocía.

Pero al menos sería honesta.

Al menos no sería la cobarde que huía.

Al menos no sería el monstruo que mentía hasta el final.

Alba se acostó en el sofá.

No intentó dormir. Sabía que no podría.

Solo se quedó tumbada, mirando el techo, esperando a que llegara el amanecer.

Su último amanecer como mujer libre.

Mañana, después de confesar, sería otra cosa.

Presa. Criminal. Torturadora.

Todas las palabras que había evitado durante dieciocho meses.

Todas verdaderas.

Pero también sería algo más.

Alguien que había tenido el coraje de admitir lo que había hecho.

Alguien que había elegido la verdad sobre la cobardía.

Alguien que había decidido enfrentar las consecuencias en lugar de huir de ellas.

Eso tenía que contar para algo.

¿Verdad?

Alba no estaba segura.

Pero era demasiado tarde para cambiar de opinión.

El mensaje estaba enviado.

La decisión estaba tomada.

Y mañana, cuando saliera el sol, Alba Montes confesaría.

Y el mundo sabría.

Todo.

CAPÍTULO 23

Sábado, 8 de junio de 2024 6:47 AM

Alba no había dormido.

Cuando la luz gris del amanecer empezó a filtrarse por la ventana, se levantó del sofá y se duchó.

Agua caliente. Luego fría. Luego caliente de nuevo.

Como si pudiera lavarse lo que vendría.

Se vistió con cuidado. Los mismos pantalones negros de ayer. Camisa blanca limpia. El blazer gris.

Se maquilló mínimamente. Sin intentar parecer mejor de lo que estaba. Sin intentar esconder las ojeras o la palidez.

Hoy no había espacio para máscaras.

Se miró en el espejo una última vez.

Esta mujer. Alba Montes. Treinta y cuatro años. Psiquiatra. Víctima. Perpetradora.

Todas esas cosas a la vez.

Todas verdaderas.

Se pesó por última vez como mujer libre: 54,6 kilos.

No le importó el número.

A las 8:15, Alba salió de su piso.

Las calles de Barcelona estaban medio vacías. Sábado por la mañana. La ciudad todavía desperezándose.

Algunas panaderías abiertas. El olor a pan recién hecho mezclándose con el escape de los autobuses.

Alba caminó por el Eixample hacia el despacho de Javier.

Cada paso la acercaba más al final.

O al principio de algo diferente.

Dependía de cómo se mirara.

Llegó al edificio a las 8:28. Subió las escaleras. Tercera planta.

Javier ya estaba en su despacho. Había café preparado. Dos tazas sobre el escritorio.

—Buenos días —dijo—. ¿Dormiste?

—No.

—No pensé que lo hicieras. —Le pasó una taza—. Bebe. Vas a necesitarlo.

Alba bebió. El café estaba fuerte y amargo. Perfecto.

Javier sacó una carpeta nueva y un bolígrafo.

—Está bien. Antes de ir a comisaría, necesito prepararte. Vamos a repasar exactamente qué vas a decir y qué no vas a decir.

—Pensé que iba a confesar todo.

—Vas a confesar. Pero de forma estratégica. No vamos a darles más de lo necesario. Solo los hechos relevantes para el caso de Ricardo Solís. Nada más.

—¿Qué significa eso?

—Significa que no vas a mencionar nada sobre Lucía. Ni siquiera que consideraste involucrrarla. Eso es otro caso potencial. Otro crimen. No lo necesitan saber.

Alba asintió lentamente.

—¿Qué más?

—Tampoco vas a mencionar a otros pacientes. Tu trabajo legítimo como terapeuta es separado. Solo hablamos de Ricardo. ¿Entendido?

—Entendido.

—Y cuando hables, sé directa. Sin emociones innecesarias. No intentes justificar. No intentes hacer que parezca menos de lo que es. Di los hechos. Admite la culpa. Muestra arrepentimiento genuino. Pero no te desmorones. ¿Puedes hacer eso?

—Puedo intentarlo.

—No. Puedes o no puedes. No hay punto medio. Si te desmoronas, si pareces inestable, usarán eso en tu contra. Necesitan verte como alguien que sabía exactamente lo que hacía y ahora está aceptando la responsabilidad. ¿Está claro?

—Está claro.

Javier bebió su café. Luego miró su reloj.

—Tenemos veinte minutos. Vamos a practicar. Yo seré el inspector. Tú serás tú. Empecemos.

Los siguientes quince minutos, Javier bombardeó a Alba con preguntas.

"¿Por qué lo hiciste?"

"¿Cuántas veces lo drogaste?"

"¿Sabías que podía matarlo?"

"¿Te arrepientes?"

Alba respondió cada una. Directamente. Sin adornos.

Cuando terminaron, Javier asintió con aprobación.

—Bien. Estás lista. Vamos.

La comisaría estaba más llena que ayer. Sábado, pero los crímenes no descansaban.

Javier se acercó a recepción.

—Javier Ortega, abogado. Vengo con mi cliente, la doctora Alba Montes. Tenemos cita con el inspector Roca a las nueve.

La recepcionista los dirigió al tercer piso. Sala C esta vez.

Más grande que la sala donde había hablado con Torres.

Con mesa más larga. Más sillas.

Como si esperaran más gente.

Esperaron cinco minutos en la sala vacía.

Alba se sentó con las manos sobre el regazo. Quieta. Compuesta.

Por dentro, su corazón latía tan fuerte que estaba segura de que Javier podía oírlo.

Finalmente, la puerta se abrió.

El inspector Roca entró primero. Cincuenta y tantos. Barriga prominente. Bigote gris. Expresión de quien ha visto todo y ya nada lo sorprende.

Detrás de él venía la agente Torres. Miró a Alba con una expresión que era mitad triunfo, mitad lástima.

Y detrás de Torres...

Ricardo Solís.

Alba sintió que el aire se escapaba de sus pulmones.

Ricardo estaba ahí. En la sala de interrogatorio. Mirándola.

Se veía mejor que la última vez. Menos gris. Más sólido. Como si días sin sus drogas le hubieran devuelto algo de vida.

Sus ojos se encontraron.

Y Alba vio el momento exacto en que Ricardo lo entendió todo.

Sus ojos se abrieron. Su boca se entreabrió ligeramente.

"Tú", susurró.

El inspector Roca se sentó a la cabeza de la mesa. Torres a su derecha. Ricardo al otro lado.

Javier y Alba frente a ellos.

Como un juicio sin juez.

Roca puso una grabadora sobre la mesa.

—Esta entrevista será grabada. ¿Alguna objeción?

Javier negó con la cabeza.

—Ninguna.

Roca presionó el botón de grabar.

—Ocho de junio de 2024, 9:05 AM. Presentes: Inspector Carles Roca, Agente Mònica Torres, Ricardo Solís como testigo, doctora Alba Montes y su abogado Javier Ortega. —Miró a Alba —. Doctora Montes, ¿entiende por qué está aquí?

—Sí.

—¿Y ha venido voluntariamente?

—Sí.

—Bien. Antes de empezar, quiero informarle de sus derechos. Tiene derecho a permanecer en silencio. Todo lo que diga puede ser usado en su contra. Tiene derecho a un abogado, que ya está presente. ¿Entiende estos derechos?

—Sí.

—¿Desea hacer una declaración?

Alba miró a Javier. Él asintió casi imperceptiblemente.

—Sí. He venido a confesar.

El inspector Roca se recostó en su silla.

—Adelante.

Alba respiró hondo. Una vez. Dos veces.

Y empezó.

—En julio de 2016, fui violada por Ricardo Solís en una galería de arte en Barcelona. Denuncié. El caso fue investigado por la agente Torres y archivado por falta de pruebas.

Torres se tensó en su silla pero no dijo nada.

Ricardo la miraba con los ojos muy abiertos.

—Después de eso, pasé dos años recuperándome físicamente. Tres años transformándome. Perdí peso. Cambié mi apariencia. Me especialicé en psiquiatría. Con un solo objetivo: vengarme de Ricardo Solís.

—¿Cómo? —preguntó Roca.

—En 2022, me hice su terapeuta. Durante los siguientes dieciocho meses, lo droguécon flunitrazepam. Rohypnol. La misma droga que él había usado conmigo. Lo preparaba en té que le servía durante las sesiones. Cuando quedaba inconsciente, le inyectaba otras sustancias para profundizar la sedación y asegurar amnesia.

Roca escribía furiosamente en su cuaderno.

—¿Con qué frecuencia?

—Dos veces por semana. Casi cada sesión durante dieciocho meses.

—¿Cuántas sesiones en total?

—Aproximadamente ciento veinte en las que lo drogué directamente.

—¿Y qué hacía mientras estaba inconsciente?

Alba titubeó solo un segundo.

—Lo fotografiaba. Tomaba muestras de sangre. Documentaba su deterioro. Y... hablaba con él. Aunque no podía oírme. Le contaba lo que me había hecho. Lo que le estaba haciendo yo.

—¿Alguna vez abusó de él sexualmente?

—No. Nunca.

—¿Lo lastimó físicamente de otras formas?

—Solo las inyecciones. Nada más.

—¿Tenía la intención de matarlo?

—No. Tenía la intención de destruirlo psicológicamente. De la misma forma que él me había destruido a mí.

—¿Y funcionó?

—Sí. Funcionó.

Silencio.

Ricardo había empezado a llorar silenciosamente. Las lágrimas le corrían por las mejillas pero no hacía ningún sonido.

Torres lo miraba con una mezcla de asco y pena.

Asco por lo que había hecho hace ocho años.

Pena por lo que Alba le había hecho durante dieciocho meses.

Ambas cosas podían ser verdad al mismo tiempo.

Roca dejó su bolígrafo.

—Doctora Montes, ¿es consciente de que lo que acaba de confesar constituye múltiples delitos graves?

—Sí.

—¿Incluyendo agresión, envenenamiento, secuestro, mala praxis médica y posiblemente tortura?

—Sí.

—¿Y está haciendo esta confesión voluntariamente, con pleno conocimiento de las consecuencias?

—Sí.

Roca miró a Torres. Ella asintió.

—Doctora Montes, queda arrestada por los delitos de agresión agravada, envenenamiento y mala praxis médica contra Ricardo Solís. Tiene derecho a...

Alba dejó de escuchar.

Ya conocía sus derechos.

Los había escuchado hace ocho años cuando denunció a Ricardo.

Ahora los escuchaba de nuevo.

Pero esta vez, ella era la acusada.

Sintió las esposas frías cerrándose alrededor de sus muñecas.

Torres las colocaba con profesionalidad mecánica.

—Lo siento —susurró Torres tan bajo que solo Alba podía oírla—. Siento que el sistema te fallara la primera vez.

Alba asintió. Sabía que Torres lo decía en serio.

Pero eso no cambiaba nada.

Javier se levantó.

—Inspector, solicito que mi clienta sea procesada inmediatamente. Vamos a cooperar completamente con la investigación.

—Eso acelera las cosas. Bien. La llevaremos a los juzgados para la audiencia de fianza. Probablemente esta tarde.

Alba fue guiada hacia la puerta. Pasó junto a Ricardo.

Él levantó la vista. Sus ojos rojos e hinchados se encontraron con los de ella.

—¿Por qué? —susurró—. Si querías destruirme, ¿por qué paraste? ¿Por qué no terminaste?

Alba se detuvo.

—Porque tu hija no merecía perder a su padre. Aunque tú no merecieras tenerla.

Ricardo se cubrió la cara con las manos y sollozó.

Alba fue sacada de la sala.

Por el pasillo. Bajando las escaleras. A través de la comisaría llena de policías que se giraban a mirarla.

La reconocerían en las noticias más tarde.

"Doctora Alba Montes, psiquiatra respetada, arrestada por torturar a paciente durante 18 meses."

Sería un escándalo.

Saldría en todos los periódicos.

Su vida anterior —la profesional, la respetable— se desmoronaría.

Pero Alba había tomado la decisión.

Y ahora la vivía.

La llevaron a una celda de detención provisional. Pequeña. Dos metros por tres. Banco de hormigón. Lavabo de acero. Olor a desinfectante y desesperación.

Alba se sentó en el banco.

Y esperó.

No sabía cuánto tiempo exactamente. Las celdas no tenían relojes.

Pero eventualmente, un guardia vino a buscarla.

—Tiene visita. Su abogado.

La llevaron a una sala pequeña con mesa y dos sillas.

Javier ya estaba ahí, con una carpeta gruesa.

—Siéntate. Tenemos que hablar rápido. La audiencia de fianza es en dos horas.

—¿Qué va a pasar?

—Van a pedir prisión preventiva. Sin fianza. Argumentarán que eres peligrosa, que tienes medios para huir, que puedes destruir evidencia.

—¿Y tú?

—Yo argumentaré que confesaste voluntariamente. Que colaboraste completamente. Que no representas peligro para nadie más. Que tienes arraigo en la comunidad. Que tu licencia médica ya será suspendida de todas formas. Pediré libertad con fianza y medidas cautelares.

—¿Crees que funcione?

Javier vaciló.

—Cincuenta-cincuenta. Depende del juez. Algunos son más comprensivos con víctimas de violencia sexual que se vengan. Otros son más estrictos sobre profesionales médicos que abusan de su posición.

—Entiendo.

—Alba, necesito preguntarte algo más. ¿Hay algo más que no me hayas contado? ¿Algo que pueda salir durante la investigación?

Alba pensó en Lucía. En lo cerca que había estado. En Marcos.

—No —mintió—. Te conté todo lo relevante.

Javier la estudió durante un momento. No parecía convencido. Pero no presionó.

—Está bien. Prepárate. Esto va a ser duro. El fiscal va a pintarte como un monstruo. Yo voy a intentar pintarte como

víctima que fue demasiado lejos. La verdad, como siempre, está en algún punto medio.

—Lo sé.

—¿Estás segura de esto? ¿De confesar? Todavía podrías retractarte. Decir que fue coaccionada. Que estabas confundida.

—No. Esto es lo correcto.

Javier asintió con respeto.

—Entonces vamos a luchar. No para que salgas libre. Eso no va a pasar. Pero para que la sentencia sea lo más justa posible dadas las circunstancias.

El guardia volvió a entrar.

—Se acabó el tiempo.

Javier recogió su carpeta.

—Te veo en la audiencia.

Alba fue devuelta a la celda.

Dos horas más de espera.

Dos horas para pensar en lo que acababa de hacer.

En lo que vendría después.

En los años que pasaría encerrada.

En la vida que había perdido.

Dos vidas, técnicamente.

La que Ricardo le quitó hace ocho años.

Y la que ella misma destruyó con su venganza.

Pero también pensó en Lucía.

Sana. Salva. Sin ser sacrificada en el altar de la venganza de Alba.

Pensó en Mercedes, reconstruyendo su vida.

Pensó en todos los pacientes que había ayudado genuinamente.

Pensó en que, al final, había elegido confesar en lugar de huir.

Había elegido la verdad sobre la cobardía.

Las consecuencias sobre la negación.

Eso tenía que contar para algo.

Tenía que significar algo.

Aunque pasara los próximos cinco años —o diez— en prisión.

Aunque perdiera su licencia, su consulta, su libertad.

Había hecho lo correcto.

Finalmente.

Después de dieciocho meses haciendo todo mal.

Había hecho lo correcto.

Y eso tendría que ser suficiente.

El guardia volvió.

—Es hora. Vamos al juzgado.

Alba se levantó.

Se alisó la camisa. Se pasó los dedos por el pelo.

Y caminó hacia el siguiente capítulo de su vida.

Fuera cual fuera.

Con la cabeza alta.

Sin máscaras.

Sin mentiras.

Solo Alba.

Víctima. Perpetradora. Humana.

Todas esas cosas.

Todo al mismo tiempo.

Y finalmente —finalmente— dispuesta a enfrentar las consecuencias de todas ellas.

CAPÍTULO 24

La sala del juzgado era más pequeña de lo que Alba había imaginado.

Paredes color crema. Ventanas altas. Bancos de madera pulida que olían a cera y a décadas de ansiedades acumuladas.

Alba fue sentada en el banquillo de los acusados. Javier a su lado. Todavía con esposas, aunque le permitieron tenerlas al frente en lugar de la espalda.

Una concesión pequeña. Una cortesía.

El fiscal ocupaba el otro lado de la sala. Mujer joven. Treinta y tantos. Traje azul marino. Expresión de quien ha memorizado los hechos del caso y está lista para presentar un argumento contundente.

En la galería pública, Alba vio rostros conocidos.

Carmen. Sentada en primera fila, con los ojos rojos. Mirándola con una mezcla de ira y confusión.

Lucía no estaba. Gracias a Dios. Alba no habría podido soportar verla ahí.

Algunos reporteros. No muchos todavía. Pero vendrían más cuando la historia se filtrara completamente.

Y en la última fila, casi escondido, Ricardo.

Seguía queriendo presenciarlo. Necesitaba ver esto.

Alba no podía mirarlo directamente. Era demasiado.

La puerta del fondo se abrió y todos se levantaron.

La jueza entró. Sesenta y tantos años. Pelo gris recogido en un moño severo. Gafas de montura metálica. Expresión impenetrable.

Se sentó tras el estrado alto.

—Audiencia de medidas cautelares en el caso del Ministerio Fiscal contra Alba Montes. Por favor, siéntense.

Todos obedecieron.

La jueza revisó los papeles frente a ella.

—Doctora Montes, se le imputan los delitos de lesiones agravadas, administración de sustancias nocivas y mala praxis médica profesional. ¿Es correcta su identificación?

Alba se levantó.

—Sí, Señoría.

—¿Tiene abogado?

—Sí. Javier Ortega.

Javier se levantó brevemente.

—Buenos días, Señoría.

La jueza asintió.

—Bien. Fiscal, exponga su posición sobre las medidas cautelares.

La fiscal se levantó. Abrió su carpeta con un gesto preciso.

—Señoría, el Ministerio Fiscal solicita prisión provisional comunicada y sin fianza para la acusada. Los hechos son de extrema gravedad. Durante dieciocho meses, la doctora Montes administró sistemáticamente sustancias controladas a su paciente, Ricardo Solís, con el objetivo deliberado de causarle daño físico y psicológico. Abusó de su posición como profesional sanitaria para cometer estos actos, violando de manera flagrante el código deontológico y la confianza depositada en ella.

Alba escuchaba sin expresión. Todo era verdad.

—Aunque la acusada ha confesado voluntariamente —continuó la fiscal—, la naturaleza premeditada y prolongada de los hechos demuestra peligrosidad. Además, dado su nivel educativo y recursos, existe riesgo de fuga. Por estas razones, solicitamos prisión preventiva.

Se sentó.

La jueza miró a Javier.

—Defensa, su turno.

Javier se levantó. Tenía esa calma de abogado experimentado que sabe que la batalla está perdida pero lucha

de todas formas.

—Señoría, reconocemos la gravedad de los hechos. Mi clienta no niega nada de lo que hizo. Pero es fundamental contextualizar estas acciones.

—El contexto no excusa el delito, letrado.

—No estoy pidiendo excusa, Señoría. Estoy pidiendo comprensión para determinar las medidas apropiadas. En julio de 2016, Ricardo Solís violó a mi clienta usando la misma droga que ella posteriormente usó con él. Mi clienta denunció. El caso fue archivado por falta de pruebas. El sistema judicial falló en protegerla. —Javier hizo una pausa—. Lo que hizo después está mal. Absolutamente. Pero no fue acto de una criminal habitual sino de una víctima desesperada que buscó justicia por vías equivocadas.

—¿Llama justicia a drogar a alguien durante dieciocho meses?

—Llamo respuesta traumática inadecuada. Llamo fallo del sistema generando vigilante. Llamo víctima convertida en perpetradora porque no tuvo otra forma de procesar su trauma.

La jueza lo miró por encima de sus gafas.

—Suena a justificación.

—No, Señoría. Es explicación. Mi clienta confesó voluntariamente. Podía haber negado todo. Las pruebas eran mayormente circunstanciales. Podría estar libre ahora mismo. Pero eligió enfrentar las consecuencias. Eso demuestra que no es peligrosa, que no huirá, y que está dispuesta a aceptar la responsabilidad por sus actos.

Javier respiró hondo.

—Además, mi clienta tiene arraigo comunitario. Consulta establecida. Pacientes que dependen de ella —aunque esa licencia será suspendida, obviamente. No tiene antecedentes. Ha colaborado plenamente desde el primer momento. Solicitamos libertad con fianza y medidas cautelares: retirada de pasaporte, presentaciones semanales en comisaría, y prohibición de ejercer la medicina.

Se sentó.

La jueza tamborileó los dedos sobre el estrado.

—¿Tiene algo que añadir la acusada?

Alba se levantó. No había planeado hablar. Pero algo la impulsó.

—Señoría, entiendo la gravedad de lo que hice. No busco piedad. Solo quiero que conste que sé que estuve mal. Que lo que hice a Ricardo Solís no fue justicia. Fue venganza. Y la venganza no arregla nada. Solo crea más dolor.

Hizo una pausa. Las palabras salían con dificultad pero necesitaba decirlas.

—He pasado ocho años odiando a Ricardo Solís. Seis años planeando destruirlo. Dieciocho meses ejecutando ese plan. Y al final, cuando tuve oportunidad de completar mi venganza... me di cuenta de que me había convertido en lo que él era. Un depredador. Alguien que veía a gente vulnerable y decidía usarla. Y no pude vivir conmigo misma siendo esa persona.

Su voz se quebró ligeramente pero continuó.

—Así que confieso. No porque sea estratégicamente mejor. Sino porque necesito dejar de ser el monstruo. Necesito enfrentar lo que hice. Y necesito... necesito que haya consecuencias. Porque si no las hay, entonces nada significa nada. Y todo el dolor —el mío, el de Ricardo, el de su familia— no es más que desperdicio.

Se sentó.

Silencio en la sala.

La jueza la observaba con una expresión que Alba no podía descifrar.

—Doctora Montes, aprecio su honestidad. Pero debo aplicar la ley. No mis sentimientos sobre víctimas de violencia sexual ni sobre fallos del sistema judicial. —Se recostó en su silla—. Dicho esto, consideraré ambas posiciones y dictaré resolución en quince minutos.

Golpeó el mazo.

Todos se levantaron mientras la jueza salía.

Alba fue llevada de vuelta a una sala de espera adjunta. Javier la acompañó.

—¿Qué piensas? —preguntó Alba.

—Creo que tu declaración ayudó. Mostró genuino arrepentimiento. Pero es difícil decir. Esta jueza es conocida por ser estricta con profesionales sanitarios que abusan de su posición.

—Entiendo.

—Prepárate para prisión preventiva. Es lo más probable.

Alba asintió. Ya estaba preparada.

Los quince minutos se sintieron como horas.

Finalmente, el guardia vino a buscarlos.

De vuelta en la sala. Todos en sus posiciones. La jueza en su estrado.

—He considerado las posiciones de ambas partes —empezó—. Los hechos son graves. Muy graves. La doctora Montes abusó sistemáticamente de su posición profesional para causar daño a un paciente vulnerable. Independientemente del contexto, esto es inaceptable y debe tener consecuencias severas.

Alba sintió el peso de esas palabras.

—Sin embargo —continuó la jueza—, también tomo en cuenta que la acusada confesó voluntariamente, que colaboró plenamente, que no tiene antecedentes, y que ha mostrado arrepentimiento genuino. Además, el contexto de ser víctima de violación por parte del mismo hombre al que luego agredió, aunque no excusa, sí explica parcialmente la gravedad de su respuesta traumática.

Hizo una pausa.

—Por tanto, dicto las siguientes medidas cautelares: Libertad provisional con fianza de 50.000 euros. Retirada inmediata de pasaporte. Presentaciones dos veces por semana en comisaría. Prohibición absoluta de ejercer la medicina o cualquier profesión sanitaria. Prohibición de acercarse a Ricardo Solís o cualquier miembro de su familia a menos de 500 metros. Y evaluación psicológica obligatoria semanal.

El mazo golpeó.

—Se levanta la sesión.

Alba parpadeó. ¿Había escuchado bien?

Libertad provisional.

No prisión.

Javier le apretó el hombro.

—Tenemos suerte. Mucha suerte.

La fiscal parecía frustrada pero no objetó.

Carmen, en la galería, se levantó bruscamente y salió. Furiosa.

Ricardo permaneció sentado, mirándose las manos.

Dos horas después, Alba salió de los juzgados.

Javier había organizado la fianza. Un préstamo contra su piso. Lo pagaría en cuotas durante años pero valía la pena.

Valía la pena no estar en una celda.

Afuera, la tarde de Barcelona la recibió con luz dorada y aire tibio.

Libertad.

Temporal. Condicional. Frágil.

Pero libertad al fin.

Javier caminaba a su lado.

—Tienes suerte, Alba. Mucha suerte. La jueza pudo fácilmente mandarte a preventiva.

—Lo sé.

—Ahora viene la parte difícil. El juicio será en seis meses aproximadamente. Hasta entonces, necesitas mantenerte fuera de problemas. Absolutamente fuera de problemas. ¿Entendido?

—Entendido.

—Y tu licencia médica será suspendida esta semana. No puedes ver pacientes. No puedes ejercer. Vas a necesitar encontrar otra forma de sobrevivir.

—Lo sé.

—¿Tienes ahorros?

—Algo. Suficiente para unos meses. Luego... no sé.

Javier se detuvo en la esquina.

—Mi despacho está por aquí. Tú vives en la otra dirección. ¿Estarás bien?

—Sí. Gracias, Javier. Por todo.

—Solo hago mi trabajo. —Vaciló—. Pero entre nosotros, creo que hiciste lo correcto. Al confesar. No mucha gente tiene ese coraje.

—No fue coraje. Fue necesidad. No podía seguir siendo lo que me estaba convirtiendo.

—Aun así. —Le dio una tarjeta—. Mi móvil está ahí. Llama si necesitas cualquier cosa. Y prepárate. El juicio será duro. Van a destrozarte en el estrado. Pero lo superaremos.

Se despidieron.

Alba caminó hacia su piso.

Las calles de Barcelona estaban llenas de vida de sábado por la tarde. Gente en terrazas. Niños jugando. Parejas caminando de la mano.

Vida normal.

Vida que Alba ya no podría tener.

Al menos no por un tiempo.

Llegó a su edificio. Subió las escaleras. Abrió la puerta de su piso.

Todo estaba exactamente como lo había dejado esta mañana.

Una vida atrás.

Se quitó los zapatos. La chaqueta. Se quedó en camiseta y pantalones.

Fue al sofá y se sentó.

Su teléfono, que había dejado en casa, tenía 47 mensajes sin leer.

Algunos de números desconocidos. Prensa probablemente.

Algunos de pacientes. Mercedes entre ellos: "Alba, ¿qué está pasando? He visto las noticias. Por favor dime que no es verdad."

Uno de Lucía: "No entiendo nada. Mi madre dice cosas horribles sobre ti. Por favor llámame. Necesito que me

expliques."

Alba no respondió a ninguno.

No podía. No todavía.

En lugar de eso, se preparó un té. Solo té. Sin nada más.

Se sentó junto a la ventana y miró Barcelona bajo la luz del atardecer.

Esta ciudad donde había sido violada.

Esta ciudad donde había estudiado, trabajado, vivido.

Esta ciudad donde había cometido sus propios crímenes.

Esta ciudad que ahora la juzgaría.

No sabía qué vendría después.

El juicio. Probablemente condena. Cárcel eventualmente, a pesar de la libertad provisional.

Pérdida de su licencia permanentemente.

Pérdida de su consulta.

Pérdida de sus pacientes.

Pérdida de la vida que había construido después de la violación.

Todo perdido de nuevo.

Pero esta vez era diferente.

Esta vez, Alba sabía que se lo había hecho a sí misma.

No Ricardo. No el sistema.

Ella.

Sus decisiones. Sus acciones. Sus consecuencias.

Y había algo casi liberador en eso.

En no ser la víctima pasiva.

En ser... responsable. Culpable. Pero responsable.

Su teléfono sonó. Número desconocido.

Casi no contestó. Pero algo la hizo hacerlo.

—¿Sí?

—¿Doctora Montes? Soy Patricia Ruiz. La trabajadora social. ¿Se acuerda de mí?

Alba recordaba. Patricia la había ayudado hace ocho años. Después de la violación. Durante la denuncia.

—Sí. Me acuerdo.

—He visto las noticias. Sé lo que... sé lo que pasó. Ambas cosas. Lo de 2016 y lo de ahora.

—Ah.

—No voy a juzgarte. No es mi lugar. Pero quiero que sepas que entiendo. El sistema te falló. Y respondiste de la única forma que sabías. Estuvo mal. Pero entiendo.

Alba sintió algo aflojarse en su pecho.

—Gracias.

—Si necesitas hablar. Si necesitas ayuda. Estoy aquí. No como profesional. Como... alguien que sabe lo que es que el sistema falle a las víctimas.

—Te lo agradezco. De verdad.

—Cuídate, Alba. Y recuerda: lo que hiciste no define quién eres. Define un momento. Un error. Pero no toda tu vida.

Colgó.

Alba se quedó con el teléfono en la mano.

Un momento. Un error.

Dieciocho meses de error.

Pero quizá Patricia tenía razón.

Quizá no definía todo.

Quizá todavía había espacio para ser algo más.

Algo diferente.

No la víctima.

No la vengadora.

Sino... Alba.

Solo Alba.

Imperfecta. Culpable. Arrepentida.

Pero humana.

Todavía humana.

A pesar de todo.

Se levantó y fue al espejo del baño.

La mujer que le devolvió la mirada ya no tenía ojos muertos.

Tenía ojos cansados. Asustados. Culpables.

Pero vivos.

Finalmente vivos.

Después de ocho años de estar medio muerta.

Alba se lavó la cara. Se cepilló el pelo. Se puso ropa cómoda.

Y se acostó en su cama.

No sabía qué traería mañana.

O la próxima semana.

O los próximos seis meses hasta el juicio.

Pero sabía una cosa.

Había confesado.

Había dicho la verdad.

Había enfrentado las consecuencias.

Y aunque perdiera todo —la libertad, la carrera, la vida que conocía— había ganado algo.

Había ganado su alma de vuelta.

La parte que había perdido en esa sala de almacenamiento hace ocho años.

La parte que había enterrado bajo capas de odio y venganza.

La había recuperado.

No intacta. No sin cicatrices.

Pero recuperada.

Y con eso, podría reconstruir.

Eventualmente.

Cuando cumpliera su tiempo.

Cuando pagara su deuda.

Cuando el mundo le permitiera intentarlo de nuevo.

Podría reconstruir.

No la vida que había perdido.

Sino algo nuevo.

Algo honesto.

Algo real.

Por primera vez en ocho años, Alba durmió.

Profundamente.

Sin pesadillas.

Sin terrores.

Solo oscuridad pacífica.

Y cuando despertó al día siguiente, el sol entraba por la ventana.

Un nuevo día.

El primero del resto de su vida.

Fuera cual fuera esa vida.

La enfrentaría.

Con verdad.

Con coraje.

Con humanidad recuperada.

Porque al final, eso era todo lo que quedaba.

Todo lo que importaba.

Ser humana.

A pesar de todo.

Contra todo pronóstico.

Humana.

CAPÍTULO 25

Dos semanas después 22 de junio de 2024

Alba se despertó a las siete de la mañana, como todos los días desde su confesión.

La rutina había cambiado. Ya no iba a la consulta. No tenía pacientes. Su licencia médica había sido suspendida oficialmente una semana atrás.

En su lugar: presentarse en comisaría martes y viernes. Sesión con la psicóloga asignada por el juzgado los miércoles. Y silencio. Mucho silencio.

Los primeros días, los medios la habían asediado.

"Doctora acusada de drogar a paciente durante 18 meses"

"Psiquiatra confiesa venganza sistemática contra su violador"

"El caso que expone los fallos del sistema: víctima convertida en torturadora"

Titulares en todos los periódicos. Su foto —la actual, la de su web profesional— en portadas. Algunos artículos comprensivos. Muchos condenatorios. Todos curiosos.

El circo mediático había durado cuatro días. Luego otro escándalo ocupó los titulares y Alba desapareció de las noticias.

Pero no de su propia vida.

Esa mañana, mientras desayunaba café solo —ya no pesaba la granola, ya no contaba calorías— sonó el timbre de su piso.

Alba miró el reloj. 7:32 AM. Demasiado temprano para visitas.

Se acercó al interfono con cautela.

—¿Sí?

—¿Doctora Montes? Soy el agente Campos. Tengo una carta para usted. Necesita firmar la recepción.

Alba abrió la puerta.

El agente era joven. Uniforme impecable. Expresión neutral.

Le entregó un sobre manila grande con sello oficial de los juzgados.

Alba firmó el recibo.

—¿Sabe qué es?

—No, señora. Solo soy el mensajero.

Se fue.

Alba cerró la puerta y abrió el sobre.

Dentro había varios documentos. El primero era una notificación oficial:

"Se le informa que el juicio oral por los delitos que se le imputan tendrá lugar el día 15 de octubre de 2024 a las 9:00 horas en la Audiencia Provincial de Barcelona..."

Cuatro meses. El juicio sería en cuatro meses.

Más rápido de lo que Javier había estimado.

Alba siguió leyendo. Procedimientos. Derechos. Testigos que el fiscal pensaba llamar. Carmen Vidal. Lucía Solís. Dr. Ramírez del Hospital Clínic. Varios pacientes de Ricardo. La agente Torres.

Y Ricardo Solís, como testigo principal.

Por supuesto.

El segundo documento la sorprendió.

Era una carta. Manuscrita. En papel con membrete del Hospital Clínic.

Alba reconoció la letra inmediatamente.

Ricardo.

Sus manos temblaron ligeramente mientras la abría.

Doctora Montes:

Sé que no debería escribirle. Sé que hay orden de alejamiento. Pero necesito decir esto y la única forma es a

través de los canales oficiales. Mi abogado ha coordinado esto con el juzgado.

He pasado las últimas dos semanas en el hospital. Ya no sedado. Totalmente consciente. Recordando. O intentando recordar.

Los médicos dicen que las drogas dañaron mi memoria a largo plazo. Hay lagunas que quizá nunca recupere. Pero he recuperado suficiente.

Recuerdo la galería en 2016. Recuerdo su vestido azul. Recuerdo haberla visto y pensar exactamente lo que usted dijo que pensé: que era fácil. Que nadie la creería. Que podía hacer lo que quisiera sin consecuencias.

Y tenía razón.

No hubo consecuencias. Durante ocho años, viví mi vida como si nada. Me casé. Tuve una hija. Construí una carrera. Y usted... usted se destruyó.

No puedo imaginar lo que fue para usted. Ver el caso archivado. Ver que yo seguía libre. Ver que el sistema no la protegió.

Entiendo por qué hizo lo que hizo.

No lo justifico. Pero lo entiendo.

También he recordado otras cosas. Otras mujeres. No todas. Pero suficientes. Cinco que puedo identificar con claridad. Probablemente más que he olvidado o bloqueado.

Soy un violador en serie. Eso es lo que soy. Pasé años negándolo. Enterrándolo. Construyendo una vida "normal" sobre los cuerpos de mujeres que destruí.

Usted no fue la única. Fue una de muchas. Eso no hace mejor ni peor lo que me hizo. Pero contextualiza.

Carmen me ha dejado. Oficialmente. Los papeles de divorcio llegan esta semana. Lucía apenas me habla. Cuando lo hace, me mira con miedo y asco. No la culpo.

Mi vida se ha desmoronado. Como la suya se desmoronó hace ocho años.

Ojo por ojo, ¿verdad?

Pero no me siento mejor sabiendo que usted sufrirá consecuencias legales. No me siento vindicado. Solo me siento... vacío.

Ambos perdimos. Ambos nos destruimos mutuamente. Y al final, ¿qué ganamos? Nada. Solo más dolor.

Le escribo porque necesito que sepa algo: voy a declarar en su juicio. Como testigo. Y voy a contar toda la verdad. No solo lo que usted me hizo. Sino lo que yo le hice primero. Lo que hice a otras mujeres. Todo.

Mi abogado dice que es mala idea. Que me expone a nuevas denuncias. A posibles cargos criminales si alguna de esas mujeres decide presentarse ahora.

No me importa.

Merezco enfrentar consecuencias. Igual que usted.

Ambos deberíamos pagar por lo que hicimos.

Quizá esa sea la única justicia posible en esta situación imposible.

No espero perdón. No espero comprensión. No espero que me responda.

Solo necesitaba que supiera que finalmente entiendo. Finalmente veo.

Ocho años tarde. Pero lo veo.

Ricardo Solís

Alba leyó la carta tres veces.

Luego se sentó en el sofá y se quedó mirando al vacío durante mucho tiempo.

Ricardo iba a confesar. Públicamente. En juicio.

Iba a admitir que la violó. Que violó a otras mujeres.

Iba a exponerse a consecuencias criminales.

¿Por qué?

¿Culpa? ¿Redención? ¿Un intento desesperado de darle sentido a todo?

Alba no estaba segura.

Pero algo en ella se aflojó ligeramente.

No perdón. Todavía no.

Quizá nunca.

Pero... algo.

Un reconocimiento de que Ricardo finalmente veía. Finalmente entendía.

Ocho años tarde.

Pero mejor tarde que nunca.

Su teléfono sonó. Javier.

—Alba, ¿recibiste la notificación del juicio?

—Sí. Acabo de leerla.

—Bien. Necesitamos reunirnos esta semana. Preparar tu testimonio. Y hay algo más. Ricardo Solís ha contactado a la fiscalía. Dice que quiere cambiar su testimonio. Que quiere confesar sus propios crímenes.

—Lo sé. Me escribió.

—¿Te escribió? Alba, hay orden de alejamiento...

—A través de canales oficiales. Una carta coordinada con el juzgado.

—Ah. Está bien entonces. ¿Qué decía?

Alba le resumió el contenido.

Javier silbó por lo bajo.

—Eso cambia las cosas. Si Ricardo confiesa en el estrado que te violó, que violó a otras mujeres, que nunca enfrentó consecuencias... eso te ayuda enormemente. No te libra de responsabilidad. Pero hace que el contexto sea imposible de ignorar.

—¿Crees que afectará la sentencia?

—Sí. Definitivamente. Quizá la diferencia entre cinco años y dos. Quizá más. Depende del juez. Pero sí, ayuda.

Alba no sabía cómo sentirse sobre eso.

—Javier... no quiero que Ricardo vaya a la cárcel por ayudarme.

—No lo hará por ayudarte. Lo hará porque finalmente está enfrentando lo que hizo. Eso es algo bueno, Alba. Para él. Para sus víctimas. Para el sistema.

—Supongo.

—Reúnete conmigo el jueves. Tenemos mucho que preparar.

Colgó.

Alba se quedó con el teléfono en la mano.

Cuatro meses hasta el juicio.

Cuatro meses de limbo.

Y luego... ¿qué?

Prisión probablemente. Dos años. Cinco. Dependiendo.

Pérdida permanente de su licencia.

Una vida completamente diferente al otro lado.

Pero quizá eso estaba bien.

Quizá necesitaba una vida completamente diferente.

Esa tarde, Alba fue a su presentación obligatoria en comisaría.

El agente de turno la hizo firmar el registro. Verificó su dirección. Le recordó sus obligaciones.

Rutina mecánica.

Cuando salía, vio a alguien esperando en la sala de espera.

Lucía.

Alba se detuvo en seco.

Lucía también la vio. Se levantó. Sus ojos estaban rojos e hinchados.

—Alba. He estado esperándote. Sé que tienes que venir aquí dos veces por semana.

—Lucía, no puedo hablar contigo. Hay orden de alejamiento. Tu familia...

—No me importa. Necesito respuestas.

Alba miró alrededor. No había nadie cerca. El agente de turno estaba ocupado con papeleo.

—Cinco minutos —dijo Alba—. Pero afuera. No aquí.

Salieron a la calle. Se pararon bajo un árbol a media manzana de la comisaría.

Lucía la miraba con una mezcla de dolor y confusión.

—¿Es verdad? ¿Todo lo que dicen? ¿Que drogaste a mi padre durante meses?

Alba no podía mentir. No a Lucía.

—Sí. Es verdad.

—¿Por qué? Pensé que... pensé que eras buena. Pensé que nos ayudabas.

—Tu padre me hizo algo terrible hace ocho años. Algo que me rompió. Y busqué venganza de la peor forma posible.

—¿Qué te hizo?

Alba vaciló. ¿Debía decírselo? ¿A una chica de diecisiete años?

Pero Lucía merecía saber la verdad.

—Me violó. En 2016. Denuncié. El caso se archivó. Y yo... no pude superarlo. Así que busqué otra forma de hacerle pagar.

Lucía se quedó muy quieta.

—¿Mi padre es un violador?

—Sí.

—¿Y tú... tú te vengaste drogándolo?

—Sí.

—Entonces ambos sois... —Lucía buscó la palabra— ...monstruos.

La palabra golpeó como un puñetazo.

Pero Alba no podía discutirla.

—Sí. Supongo que sí.

Lucía empezó a llorar.

—Te confiaba. Pensé que eras... pensé que eras alguien seguro. Alguien que me entendía. Y todo era mentira.

—No era mentira, Lucía. Mi cuidado por ti era real. Las sesiones en las que hablábamos, cuando te ayudé a ganar confianza, cuando te protegí en esa fiesta... todo eso era real.

—¿Cómo puedo creerte? ¿Cómo puedo creer algo de lo que dices?

Alba no tenía respuesta para eso.

—No puedes. Tienes razón en no creerme. Te mentí. Usé tu confianza. Y lo siento más de lo que puedo expresar.

—¿Y mi padre? ¿De verdad violó a gente?

—Sí. A mí. Y a otras. Él mismo lo está confesando ahora.

Lucía se limpió los ojos con rabia.

—Entonces mi padre es un monstruo. Y tú eres un monstruo. ¿Y yo qué soy? ¿La hija del monstruo que confió en otro monstruo?

—Eres inocente. Eres la única persona inocente en todo esto.

—No me siento inocente. Me siento sucia. Me siento como si todo en mi vida fuera mentira.

Alba extendió la mano instintivamente pero la detuvo antes de tocar a Lucía. No podía. Orden de alejamiento.

—Lucía, escúchame. Lo que tu padre hizo no te define. Lo que yo hice no te define. Tú eres tu propia persona. Tus decisiones. Tus acciones. No las nuestras.

—Fácil decirlo. Difícil creerlo.

—Lo sé. Pero es verdad. Y algún día, cuando todo esto haya pasado, cuando hayas tenido tiempo de procesar... espero que puedas verlo.

Lucía dio un paso atrás.

—No quiero volver a verte. Nunca.

—Entiendo.

—Y voy a declarar en tu juicio. Van a llamarme como testigo. Y voy a contar todo. Cómo confiaba en ti. Cómo me manipulaste. Cómo usaste mi familia.

Alba asintió.

—Es tu derecho. Y probablemente debas hacerlo.

—¿No vas a intentar convencerme de que no lo haga?

—No. Haz lo que necesites hacer para sanar. Aunque eso signifique testificar contra mí.

Lucía la miró durante un largo momento.

—Quería odiarte. Cuando me enteré de todo, quería odiarte completamente. Pero es más complicado que eso. Porque parte de mí todavía... todavía recuerda a la Alba que me ayudó. Que me protegió. Que me hizo sentir vista por primera vez.

—Esa Alba era real. Sigue siendo real. Solo que también es la Alba que hizo cosas terribles. Ambas cosas son verdad.

—Odio eso. Odio que las cosas sean tan complicadas.

—Yo también.

Lucía se dio la vuelta para irse.

—Espero que te metan en la cárcel. Pero también espero que algún día puedas perdonarte a ti misma. Porque alguien tiene que hacerlo. Y no va a ser yo.

Se fue.

Alba se quedó bajo el árbol, mirándola alejarse.

Diecisiete años. Tan joven. Tan inocente.

Y ahora arrastrando el peso de la verdad sobre su padre. Y sobre Alba.

Un peso que no merecía cargar.

Pero que cargaría de todas formas.

Porque así funcionaban las consecuencias.

Se expandían. Tocaban a inocentes. Dejaban cicatrices en gente que no había hecho nada malo.

Alba empezó a caminar de vuelta a su piso.

Las calles de Barcelona estaban llenas de vida de martes por la tarde.

Turistas. Oficinistas en su pausa de café. Madres con cochecitos. Adolescentes con patinetes.

Vida normal.

Vida que Alba había perdido.

Y que quizá —solo quizá— algún día recuperaría.

De forma diferente.

Pero recuperaría.

Tenía que creerlo.

Porque si no, ¿qué sentido tenía todo?

El dolor. La venganza. La confesión. Las consecuencias.

Tenía que significar algo.

Tenía que llevar a algún lugar.

No a la redención completa.

Eso era demasiado pedir.

Pero quizá a... comprensión.

A aceptación de quién era. Qué había hecho. Por qué.

A vivir con eso sin dejarlo definir cada momento.

A ser algo más que la suma de su trauma y su venganza.

A ser... humana.

Imperfecta. Culpable. Arrepentida.

Pero humana.

Todavía capaz de crecer. Cambiar. Sanar.

Aunque tomara años.

Aunque tomara toda una vida.

Valía la pena intentarlo.

Alba llegó a su piso. Subió las escaleras. Abrió la puerta.

El espacio vacío la recibió.

Sin pacientes que ver. Sin sesiones que preparar. Sin plan de venganza que ejecutar.

Solo ella. Y el silencio. Y el tiempo.

Cuatro meses hasta el juicio.

Cuatro meses para prepararse.

Para hacer las paces con lo que vendría.

Para encontrar alguna forma de vivir con todo.

Se preparó un té. Se sentó junto a la ventana.

Y por primera vez en años, no planeó nada.

No calculó. No controló.

Solo... existió.

En el momento presente.

Con todo su dolor. Su culpa. Su arrepentimiento.

Pero también con algo más.

Una pequeña chispa de esperanza.

De que quizá, después de pagar su deuda.

Después de cumplir su tiempo.

Después de enfrentar todas las consecuencias.

Podría empezar de nuevo.

No como la mujer que fue antes de la violación.

No como la vengadora que se convirtió después.

Sino como alguien nuevo.

Alguien forjado por ambas experiencias pero no definido completamente por ninguna.

Alguien que había caído. Profundamente.

Pero que estaba intentando levantarse.

Lenta. Torpemente. Con cicatrices.

Pero levantándose.
Y eso, por ahora, tenía que ser suficiente.

EPÍLOGO

15 De Abril De 2025 Centro Penitenciario De Wad-Ras, Barcelona

Alba se despertó con el sonido de las puertas de las celdas abriéndose automáticamente.

6:30 AM. Como todos los días durante los últimos seis meses.

Se levantó de la litera inferior —su compañera de celda, María, ya estaba levantada y haciendo su cama con precisión militar— y se preparó para otro día.

Ducharse en los baños comunes. Desayunar en el comedor. Trabajo en la biblioteca de la prisión por la mañana. Clases de carpintería por la tarde. Una hora de patio. Cena. Silencio.

Rutina.

La sentencia había llegado en octubre, después de un juicio que duró tres días.

El fiscal había pedido ocho años. Javier había argumentado por dos con la mayor parte suspendida.

Al final: cuatro años de prisión. Dos en cumplimiento efectivo. Los otros dos suspendidos con libertad condicional si mantenía buen comportamiento.

Más la pérdida permanente de su licencia médica.

Prohibición de ejercer cualquier profesión sanitaria de por vida.

Alba había aceptado el veredicto sin apelar.

Era justo. O tan justo como podía ser dada la complejidad de la situación.

El juicio había sido exactamente tan brutal como Javier advirtió.

La fiscal la había pintado como depredadora calculadora que había abusado sistemáticamente de su posición profesional.

Javier había argumentado víctima de violación que el sistema falló, cuyo trauma la llevó a acciones extremas.

Ambas narrativas eran verdad.

Los testimonios habían sido devastadores.

Carmen, describiendo cómo Alba había destruido a su familia. Cómo Lucía ahora estaba en terapia intensiva. Cómo el divorcio se había completado. Cómo todo se había desmoronado.

Lucía, llorando en el estrado mientras contaba cómo había confiado en Alba. Cómo se había sentido traicionada. Cómo ahora no podía confiar en nadie.

El Dr. Ramírez, detallando el daño físico y psicológico que las drogas habían causado a Ricardo.

Pero luego había llegado el turno de Ricardo.

Y cambió todo.

Se sentó en el estrado —más delgado, más viejo, pero con algo nuevo en los ojos: claridad— y contó toda la verdad.

Cómo había violado a Alba en 2016. Cómo había usado Rohypnol. Cómo ella había denunciado y el caso se archivó.

Cómo había violado a cuatro mujeres más que pudo identificar. Quizá otras que no recordaba.

Cómo había construido una vida sobre esos crímenes.

Cómo nunca enfrentó consecuencias hasta que Alba las impuso.

"Lo que me hizo está mal", había dicho con voz firme. "Pero yo creé las circunstancias. Yo la convertí en lo que se convirtió. No la exculpa. Pero contextualiza."

El silencio en la sala había sido absoluto.

La fiscal había intentado objetar —"El testimonio es inadmisible, está autoinculpándose de crímenes prescritos"— pero el juez permitió que continuara.

Y cuando Ricardo terminó, cuando bajó del estrado, los Mossos d'Esquadra lo arrestaron inmediatamente.

Tres de las mujeres que había mencionado presentaron denuncias formales ese mismo día.

Casos que habían estado archivados. Pero con la confesión pública de Ricardo, se reabrieron.

Ricardo Solís fue juzgado dos meses después de Alba.

Tres cargos de violación. Uno se desestimó por falta de evidencia además de la confesión. Dos prosperaron.

Sentencia: seis años de prisión.

Estaba en el Centro Penitenciario Brians 2. A cuarenta kilómetros de donde Alba cumplía su condena.

Probablemente nunca volverían a verse.

Y eso estaba bien.

Alba terminó su turno en la biblioteca a las dos de la tarde.

Era trabajo simple. Organizar libros. Ayudar a otras internas a encontrar material. Procesar préstamos.

Pero le gustaba. La simplicidad. La quietud. El olor a papel viejo y tinta.

En la hora de patio, se sentó en su banco habitual bajo el único árbol del espacio abierto.

María se sentó a su lado. Cuarenta años. Dentro por fraude fiscal. Buena persona que tomó malas decisiones.

Como todas ahí, en cierto modo.

—Tienes correo —dijo María, pasándole un sobre—. Lo recogí de tu casillero.

Alba miró el sobre. Letra familiar. Patricia Ruiz. La trabajadora social.

La había visitado dos veces desde que entró. Cartas cada mes.

Un ancla al mundo exterior.

Alba abrió el sobre.

Querida Alba:

Espero que estés bien en la medida de lo posible. Sé que no es fácil pero también sé que eres fuerte.

Tengo noticias que pensé que querrías saber. He estado trabajando con un grupo de víctimas de violencia sexual. Estamos presionando para reformas en cómo se procesan las denuncias. Mejor capacitación para policías. Más recursos para víctimas. Cambios en la carga de la prueba.

Tu caso —el de 2016 y lo que vino después— ha sido citado múltiples veces en las discusiones. Como ejemplo de lo que pasa cuando el sistema falla tan completamente que las víctimas toman justicia en sus propias manos.

No te estoy diciendo esto para hacerte sentir responsable. Sino para que sepas que tu historia, por dolorosa que sea, está generando cambio. Está haciendo que la gente preste atención.

Tres mujeres más han presentado denuncias contra Ricardo Solís desde su juicio. Casos viejos que nunca denunciaron por miedo a no ser creídas. Pero ahora, viéndolo condenado, se atreven.

El sistema sigue siendo imperfecto. Pero está mejorando. Lentamente.

Cuando salgas —y saldrás, el tiempo pasará más rápido de lo que piensas— habrá un mundo esperándote. Un mundo que necesita gente como tú. Gente que entiende el trauma. Que entiende cómo falla el sistema. Que puede ayudar desde ese conocimiento.

No como psiquiatra. Esa puerta está cerrada. Pero hay otras puertas.

Trabajadora de víctimas. Activista. Educadora. Testigo experta en juicios.

Tu vida no terminó. Solo cambió de forma.

Cuídate. Te visito el mes que viene.

Con cariño, Patricia

Alba dobló la carta y se la guardó en el bolsillo.

Cambio.

Su caso estaba generando cambio.

No justificaba lo que había hecho. Nada podía.

Pero al menos significaba algo.

Algo más que solo destrucción y dolor.

Esa noche, después de la cena, Alba fue a la pequeña sala común que tenían en su módulo.

Había un televisor encendido. Las noticias.

Y ahí, en la pantalla, una imagen que hizo que Alba se detuviera.

Lucía.

Más mayor de como la recordaba. Casi dieciocho ahora. Pelo cortado a la altura del hombro. Más delgada. Más segura.

Estaba dando una charla. La cámara mostraba un auditorio lleno de adolescentes.

El titular en pantalla: "Lucía Solís habla sobre trauma familiar y reconstrucción en instituto de Barcelona"

Alba subió el volumen.

"...mi padre cometió crímenes terribles", decía Lucía con voz clara. "Y alguien que confiaba también tomó decisiones terribles. Y yo quedé atrapada en medio. Durante mucho tiempo, me sentí

definida por lo que ellos hicieron. Como si su culpa fuera mi culpa. Su vergüenza, mi vergüenza."

Hizo una pausa.

"Pero aprendí algo en terapia. Las acciones de otras personas no me definen. Ni las de mi padre. Ni las de... la persona que confié. Yo soy mis propias decisiones. Mis propias acciones. Y puedo elegir usar este dolor para ayudar a otros en lugar de dejar que me destruya."

Aplausos del auditorio.

La cámara cortó a una entrevistadora.

"Lucía Solís, de diecisiete años, ha comenzado una fundación para hijos de padres encarcelados. Ofrecen grupos de apoyo, recursos, y abogacía..."

Alba sintió algo cálido en el pecho.

Lucía estaba bien.

No curada. Probablemente nunca completamente curada.

Pero estaba convirtiendo su dolor en propósito.

Estaba eligiendo crecer en lugar de romperse.

Alba había salvado a Lucía de una cosa —de ser sacrificada en el altar de su venganza— solo para que Lucía tuviera que salvarse sola de otras.

Pero lo estaba haciendo.

Y eso importaba.

Enormemente.

Una interna se sentó junto a Alba.

—¿La conoces? ¿A esa chica?

Alba pensó en mentir. Luego decidió no hacerlo.

—Sí. La conocí. Antes.

—Es valiente. Estar en televisión hablando de su padre siendo criminal.

—Sí. Es muy valiente.

Más valiente que Alba había sido nunca.

Dos meses después Junio de 2025

Alba recibió visita inesperada un martes por la mañana.

No Patricia. No Javier, que venía mensualmente a revisar su caso.

Alguien que no esperaba ver nunca más.

Mercedes.

Su antigua paciente. La profesora que había escapado de su maltratador.

Se sentaron en la sala de visitas. Separadas por una mesa de plástico. Bajo la mirada aburrida de los guardias.

Mercedes había traído café del exterior en vasos de cartón. No estaba permitido pero el guardia hizo la vista gorda.

—No estaba segura de si vendrías —dijo Alba.

—Casi no vine. He estado... procesando. Lo que hiciste. Quién eras realmente. Quién pensé que eras.

—Entiendo si no quieres...

—Déjame terminar. —Mercedes bebió su café—. He estado yendo a terapia. Con una nueva terapeuta. Muy buena, por cierto. Y hablamos mucho sobre ti. Sobre cómo me ayudaste genuinamente. Cómo las sesiones contigo cambiaron mi vida. Me dieron valor para dejar a mi ex. Para reconstruir.

Alba escuchaba en silencio.

—Y luego me enteré de lo otro. Lo que hiciste a ese hombre. Y me sentí... traicionada. Como si todo hubiera sido mentira.

—No fue mentira, Mercedes. Lo que te ayudé a hacer era real. Yo era real en esas sesiones.

—Lo sé. Ahora lo sé. Tardé meses en entenderlo pero lo entiendo. Eras dos personas. La terapeuta que genuinamente ayudaba. Y la mujer rota buscando venganza. Ambas podían existir al mismo tiempo.

—Sí. Exactamente.

Mercedes sacó algo de su bolso. Un sobre.

—Las otras pacientes —las que seguías viendo cuando te arrestaron— organizamos algo. Una carta. Firmada por doce de nosotras. Testificando que fuiste buena terapeuta para nosotras. Que nos ayudaste. Que merecemos contar también.

Alba abrió el sobre. Dentro había una carta formal. Dirigida al Colegio de Médicos. Argumentando que aunque Alba había perdido su licencia justamente, su trabajo con otras pacientes había sido ejemplar.

—No sé si servirá de algo —dijo Mercedes—. Probablemente no te devolverán la licencia. Pero al menos quedará constancia de que no todo lo que hiciste estuvo mal.

Alba sintió lágrimas quemando detrás de sus ojos.

—Gracias. No merezco...

—No se trata de merecer. Se trata de verdad. La verdad completa. No solo la parte mala. También la buena.

Se quedaron charlando media hora más. Mercedes le contó sobre su vida. Tenía nueva pareja. Alguien amable. Seguro. Estaba considerando casarse de nuevo.

Había sanado. No completamente. Las cicatrices permanecían. Pero había sanado lo suficiente para vivir de nuevo.

Cuando terminó la visita, Mercedes se levantó para irse.

—Alba... no sé si alguna vez podrás perdonarte completamente por lo que hiciste. Pero espero que puedas. Porque

todos merecemos segundas oportunidades. Incluso la gente que tomó decisiones terribles.

—¿Incluso yo?

—Especialmente tú. Porque tú, de todas las personas, entiendes lo que es ser destruida. Y eso te convierte en la persona perfecta para ayudar a otros a no ser destruidos.

Se fue.

Alba volvió a su celda con la carta apretada contra su pecho.

Doce mujeres. Doce vidas que había tocado positivamente.

No borraba lo que le hizo a Ricardo.

Pero tampoco desaparecía por ello.

Ambas cosas eran verdad.

Alba había ayudado.

Y Alba había lastimado.

Ambas.

Simultáneamente.

Y tendría que aprender a vivir con ambas verdades.

Octubre de 2025 Un año después del juicio

Alba estaba en su litera leyendo cuando María entró con noticias.

—Te llaman a la oficina del director. No sé por qué. ¿Hiciste algo?

—No que yo sepa.

Alba fue escoltada a la oficina administrativa. El subdirector —hombre serio de cincuenta y tantos— la esperaba con una carpeta.

—Doctora Montes. Siéntese.

Alba obedeció.

—He revisado su expediente. Comportamiento ejemplar. Trabajo excelente en la biblioteca. Ha completado tres cursos de formación. No ha tenido ni una sola sanción.

—Intento cumplir las reglas.

—Se nota. Y por eso, voy a recomendar su traslado a régimen abierto. Módulo de confianza. Significa que puede empezar a trabajar fuera durante el día. Volver solo a dormir. Es el primer paso hacia la libertad condicional.

Alba parpadeó.

—¿Régimen abierto? ¿Tan pronto?

—Ha cumplido once meses. Con buen comportamiento, es elegible. Y hay una organización que ha solicitado específicamente trabajar contigo. Una asociación de víctimas de violencia sexual. Necesitan administrativa. Alguien que entienda el sistema. Alguien que...

—Alguien que haya sido víctima.

—Sí. Han revisado tu caso. Saben quién eres. Qué hiciste. Y aun así quieren darte oportunidad.

Alba sintió algo quebrarse en su pecho.

Una oportunidad.

Después de todo.

Una forma de usar su experiencia —tanto como víctima como perpetradora— para algo bueno.

—¿Cuándo empiezo?

—Si aceptas, en dos semanas. Trabajarás días laborables. Nueve a seis. Volverás aquí a las ocho de la noche. Fin de semanas aquí también. Es prueba. Si funciona, en seis meses puedes solicitar libertad condicional.

—Acepto. Gracias.

El subdirector cerró la carpeta.

—Doctora Montes... sé lo que hizo. Está en su expediente. Pero también sé que la gente puede cambiar. Puede aprender. Puede ser más que su peor momento. Esta es su oportunidad de demostrarlo.

15 de abril de 2026 Dos años después de entrar en prisión

Alba salió del Centro Penitenciario Wad-Ras por última vez.

Libertad condicional concedida. Un año antes de cumplir su condena completa.

Javier la esperaba en la puerta. Junto a él, Patricia.

—Lista para el mundo real? —preguntó Javier.

—Tan lista como pueda estar.

Fueron a un café cerca. Pidieron desayuno. Alba comió tortilla francesa y pan tostado sin contar calorías. Sin pesarse. Sin rituales de control.

Solo comiendo porque tenía hambre.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó Patricia.

—Seguir trabajando en la asociación. Me han ofrecido posición permanente. Coordinadora de víctimas recientes. Ayudar a navegar el sistema legal. Estar presente en denuncias. Ofrecer apoyo.

—Perfecto para ti.

—Y voy a escribir —añadió Alba—. Un libro. O quizá artículos. Sobre qué pasa cuando el sistema falla tan completamente que las víctimas se convierten en vigilantes. No para justificar. Sino para documentar. Para advertir. Para educar.

—¿Has hablado con algún editor?

—Dos están interesados. Veré qué pasa.

Terminaron el desayuno. Javier se despidió —tenía tribunal a las once.

Patricia caminó con Alba hasta el metro.

—¿Sabes qué es lo más increíble? —dijo Patricia—. Que después de todo —la violación, la venganza, la prisión— sigues aquí. Sigues intentando.

—¿Qué otra opción hay?

—Rendirse. Mucha gente se rendiría. Pero tú no. Sigues eligiendo levantarte. Día tras día. Eso requiere coraje extraordinario.

—No me siento valiente. Me siento cansada.

—El coraje no es ausencia de miedo o cansancio. Es seguir adelante a pesar de ellos.

Se despidieron con un abrazo.

Alba bajó al metro. Tomó la línea hacia su nueva vida.

Había alquilado un piso pequeño en Sants. Estudio. Barato. Suficiente.

No era el Eixample. No era su consulta elegante. No era la vida que había construido.

Era algo diferente.

Algo más humilde. Más honesto. Más real.

Llegó a su edificio. Subió las escaleras. Abrió la puerta.

El espacio casi vacío la recibió. Una cama. Una mesa. Dos sillas. Libros en cajas todavía sin desempacar.

Pero era suyo.

Ganado honestamente esta vez.

Alba puso agua a hervir para té. Se sentó junto a la ventana pequeña que daba a un patio interior.

No era vista de Barcelona. Era vista de paredes de ladrillo y ropa tendida.

Pero era libertad.

Y libertad —después de dos años— era todo.

Su teléfono sonó. Número desconocido.

Casi no contestó. Luego lo hizo.

—¿Sí?

—¿Doctora Montes? Soy el Dr. Ramírez. Del Hospital Clínic.

Alba no había hablado con él desde el juicio.

—Hola.

—Sé que no debería llamar. Pero... pensé que querría saber. Ricardo Solís salió en libertad condicional el mes pasado. Por buen comportamiento. Igual que usted.

Alba sintió algo complejo. No miedo. No rabia. Solo... reconocimiento.

—¿Cómo está?

—Recuperándose. Físicamente mejor. Las drogas hicieron daño permanente a su memoria pero está estable. Psicológicamente... está en terapia intensiva. Trabajando su trauma. Y el trauma que causó.

—Me alegro.

—También quería que supiera... ha contactado con las mujeres que violó. A través de abogados. Ofreciendo disculpas. No buscando perdón. Solo... disculpándose. Reconociendo lo que hizo. Dos aceptaron hablar con él. Tres rechazaron. Es su derecho.

—Sí.

—Y ha empezado a dar charlas. En prisión, antes de salir. Sobre masculinidad tóxica. Sobre violación. Sobre consecuencias. Dicen que es efectivo. Que los internos lo escuchan porque es uno de ellos.

Alba procesó esto.

Ricardo convirtiendo su culpa en educación.

Igual que ella.

Ambos intentando usar su peor momento para prevenir que otros cometieran los mismos errores.

—Gracias por decirme.

—Una última cosa. Ricardo me pidió que le preguntara... si alguna vez estaría dispuesta a hablar con él. No ahora. Quizá nunca. Pero algún día. Dice que necesita... cierre. O algo parecido.

Alba pensó durante mucho tiempo.

—Dile que quizá. Algún día. Cuando ambos hayamos sanado más. Pero no pronto.

—Entiendo. Se lo diré.

Colgó.

Alba se quedó mirando por la ventana.

Ricardo libre también.

Ambos intentando reconstruir.

Ambos cargando consecuencias.

Ambos buscando redención que quizá nunca llegaría completamente.

Pero intentándolo de todas formas.

Porque ¿qué más podían hacer?

Esa noche, Alba sacó un cuaderno nuevo. De tapa negra. Como el que había quemado dos años atrás.

Pero este sería diferente.

No para documentar venganza.

Sino para documentar sanación.

Abrió la primera página y escribió:

DIARIO DE RECONSTRUCCIÓN

15 de abril de 2026

Hoy salí de prisión después de dos años. No sé qué esperaba sentir. ¿Alivio? ¿Alegría? ¿Miedo?

Siento todo eso. Y nada.

Siento que estoy en el borde de algo. No un final. Sino un principio.

He pasado ocho años definida por lo que me hicieron. Luego dos años definida por lo que hice en respuesta. Luego dos años pagando por ello.

Doce años en total. Desde aquella noche en la galería hasta hoy.

Doce años de ser víctima, vengadora, criminal, presa.

Y ahora... ¿qué soy?

No lo sé todavía.

Pero voy a averiguarlo.

No como la mujer del vestido azul.

No como la Dra. Alba Montes, psiquiatra.

Sino como Alba.

Solo Alba.

Imperfecta. Culpable. Pero tratando.

Cada día. Un poco más.

Hasta que ser humana no sea tan difícil.

Hasta que vivir no requiera tanto esfuerzo.

Hasta que pueda mirar al espejo y ver algo más que víctima o monstruo.

Hasta que pueda ver... solo una mujer.

Que cometió errores terribles.

Pero que está intentando ser mejor.

Y quizá eso sea suficiente.

Quizá eso sea todo lo que cualquiera puede hacer.

Intentar.

Día tras día.

Hasta que eventualmente, después de suficiente tiempo y suficiente trabajo...

El intentar se convierte en vivir.

Y vivir se convierte en sanar.

Y sanar se convierte en... algo parecido a la paz.

No perfecta.

Pero suficiente.

Por ahora.

Suficiente.

Alba cerró el cuaderno.

Preparó su té. Sin drogas. Sin secretos. Sin mentiras.

Solo té.

Se sentó junto a la ventana y lo bebió despacio, mirando las luces de Barcelona encenderse una a una en la distancia.

Esta ciudad que había sido testigo de todo.

Su violación. Su transformación. Su venganza. Su caída. Su condena.

Y ahora, su intento de redención.

No sabía si lo lograría.

No sabía si alguna vez sería verdaderamente libre del peso de lo que había hecho. De lo que le habían hecho.

Pero iba a intentarlo.

Y en ese intento —en ese esfuerzo diario de ser mejor, hacer mejor, vivir mejor— había algo parecido a esperanza.

Pequeña. Frágil. Imperfecta.

Pero real.

Y por ahora, después de todo, después de los años de oscuridad...

Era suficiente.

Alba terminó su té.

Se preparó para dormir.

Y cuando cerró los ojos esa noche, en su primera noche de libertad en dos años, soñó.

No con salas de almacenamiento.

No con drogas y venganza.

Sino con algo nuevo.

Con posibilidad.

Con mañanas que vendrían.

Con días que viviría.

Con errores que no repetiría.

Con lecciones que enseñaría.

Con dolor que compartiría para que otros no tuvieran que llevarlo solos.

Con una vida que, aunque nunca sería perfecta, podría ser significativa.

Y cuando despertó al día siguiente, con el sol entrando por su ventana pequeña, Alba se levantó.

Y empezó de nuevo.

Como hacemos todos.

Día tras día.

Hasta que el peso se vuelve más ligero.

Hasta que respirar no duele tanto.

Hasta que vivir se siente menos como sobrevivir y más como... vivir.

Y eso —finalmente, después de todo— era suficiente.